



461

H77



1020028241

607



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Julio A. Munir

1915.

FEDERICO GAMBOA

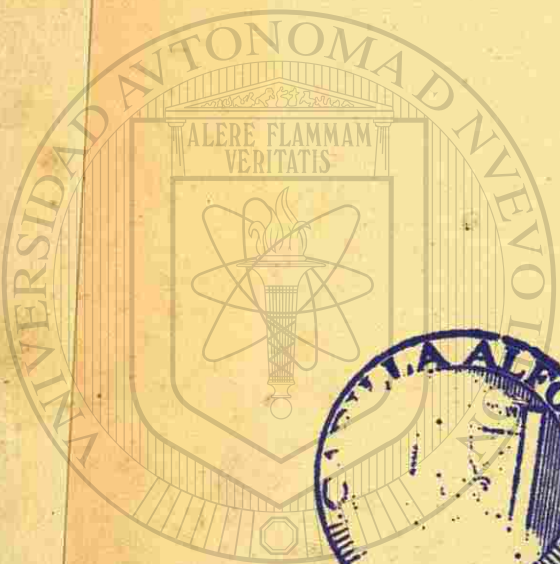
C. de la Real Academia Española

LA  
ENGANZA DE LA GLEBA

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS  
Y EN PROSA

*Habitué à la page docile et muette, qui supporte tout et ne proteste jamais, le romancier—si l'on peut ainsi s'exprimer—s'écoute volontiers écrire. Le dramaturge professionnel, lui, n'écrit pas une réplique sans songer à la réaction instantanée qu'elle produira sur l'auditoire. Écrire une pièce est un effort altruiste. Écrire un roman est un assez égoïste plaisir.*

Marcel Prévost (ROMAN ET THEATRE)



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Administración:

1<sup>a</sup> de Sor Juana Inés de la Cruz, núm. 6

MÉXICO, D. F.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA JUVENIL  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
1006. 1625 MONTERREY, MEXICO

32812



C

1862

G

Pa7297

G3  
v4

*Es propiedad. Queda hecho el depósito que  
marca la ley. Reservados todos los derechos.*

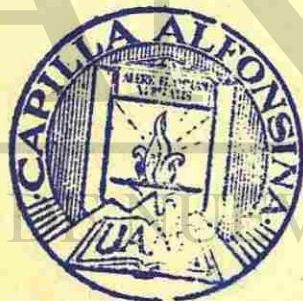
*De esta obra se imprimieron 25 ejemplares en  
papel de lujo, numerados por el autor.*

*The play «LA VENGANZA DE LA GLEBA» is  
entered according to act of Congress, in the year  
1907, by Mr. Federico Gamboa, in the office of the  
Librarian of Congress at Washington, D. C. All  
rights reserved.*

Núm. Clas. MP62.62  
 Núm. Autor 6192v  
 Núm. Adg. 32812  
 Procedencia \_\_\_\_\_  
 Precio \_\_\_\_\_  
 Fecha \_\_\_\_\_  
 Clasificó                       
 Catalogó                     

*Para los ricos de mi tierra*

F. G.



FONDO  
 RICARDO COVARRUBIAS

098987





**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**

**U. A. N. L.:**

## DRAMATIS PERSONAE Y ARTISTAS

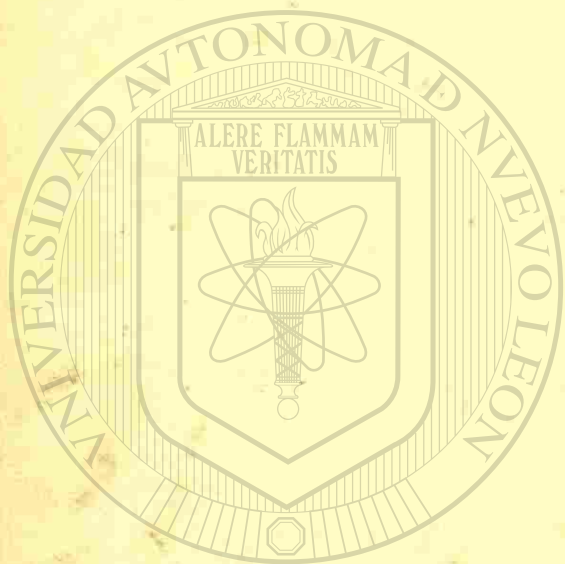
que estrenaron la obra la noche del 14 de octubre de 1905 en el teatro del RENACIMIENTO de la ciudad de México:

Don ANDRÉS DE PEDREGUERA, 70 años.. Sr. GALÉ.  
Doña GUADALUPE ORTO DE PEDREGUERA,  
65 años ..... Sra. del CASTILLO.  
BEATRIZ LUCENA DE PEDREGUERA, 34 años Sra. PALOMERA.  
BLANCA DE PEDREGUERA Y LUCENA,  
16 años ..... Sra. REIG.  
Don FRANCISCO RAYO, administrador de  
la hacienda, soltero, 50 años ..... Sr. HARO.  
MARCOS FUNES, vaquero, 45 años, (es-  
poso de) ..... Sr. CARDONA.  
LORETO, 30 años (madre de)..... Sra. FÁBREGAS.  
DAMIÁN, 18 años, (hijo natural de Javier  
de Pedreguera) ..... Sr. SOLARES.  
FRUCTUOSO, dueño-arrendador de la  
tienda ..... Sr. DE LA ROSA.  
JOAQUÍN, dependiente del despacho,  
oriundo de la capital de la República  
y estudiante que no concluyó sus  
estudios ..... Sr. MAURENS.  
MAYORDOMO ..... Sr. PARDAVÉ.  
MAYORDOMOS DE CAMPO, LECHEROS, PEONES: LOS SIERVOS DE  
LA GLEBA. (Los peones, con sus harapos y sus sombreros  
de petate.)

La escena en una «hacienda» distante seis horas en camino de hierro de la ciudad de México. ®

ÉPOCA ACTUAL  
Derecha é izquierda del espectador

Tipografía Sánchez & de Guise.—Guatemala, C. A.



## TRAJES:

La familia de Pedreguera, el traje europeo que usa la gente acomodada de México.

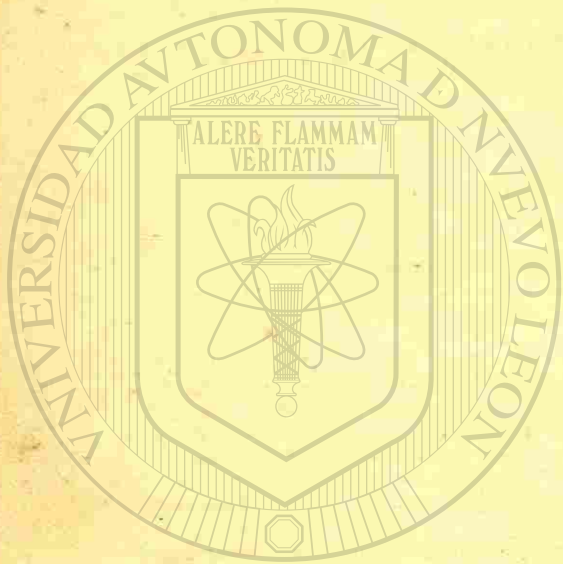
El administrador, saco, chaleco y pantalón nó de montar; sombrero jarano siempre, de fieltro y muy sobrio de galones.

El vaquero, *pantalonera* de cuero, vieja y sucia por el trabajo; zapatos amarillos de vaqueta; blusa y camisa sin almidonar; sombrero de palma usado, muy charro, nó de petate.

Damián, *pantalonera* sin botonadura, de aletón y cachiruleada; sombrero jarano, de fieltro gris, sin galones y con barboquejo de borla; camisa; corbata flotante; chaleco (desabotonado) y chaqueta de casimir burdo.

Loreto, rebozo; saco, con pañuelo de seda al cuello que sujetará en el pecho y le caerá en triángulo por las espaldas; enaguas; calzada; peinado de trenzas y con arracadas de plata en las orejas. ®





## LA VENGANZA DE LA GLEBA

---

### ACTO PRIMERO

El patio de la «hacienda.» Primer término derecha, un costado de la troje, alta, imponente mole de piedra ennegrecida de intemperies y de la inclemencia de siglos, con tosca cruz sin Crucificado rematando el ático triangular de su fachada claustral que ostenta enorme puerta cerrada, de dos batientes; dos ventanas, encima de ésta, defendidas por gruesos barrotes, pero sin maderas ni vidrios para que el viento penetre libremente y se ventilen los granos hacinados en cordilleras de riqueza. En la parte visible del costado de la troje, dos ventanas más, sin simetría ni identidad de tamaños, y siempre sin maderas ni vidrios, siempre con gruesos barrotes. En el alero, volado, nidos de golondrinas.

Segundo término derecha,—simulando alguna distancia de la troje,—la tienda, de tres puertas, que revelará, aunque escasamente, sus interiores: fragmento del mostrador, de la «píquera,» de los artículos que penden del techo emporcado por las moscas: zapatos recios, espuelas ordinarias, lazos, velas de sebo, etc., etc. Afuera, dos poyos de ladrillo, uno en cada uno de los espacios que median entre las tres puertas, resguardados por techo inclinado, de madera, de cuyos sostenes cuelgan poleas giratorias donde atar las

caballerías sin riesgo de que estas se «enreden» ó maneen al volverse y revolverse. Entre el techo y la citarilla, salen, de gárgolas bárbaras, cuatro canales de hojadelata tomada de orín, por las que la azotea escupe las aguas llovedizas.

A la izquierda, primer término, el portal de la casa habitación, amplio, enjalbegado y colgado de jaulas con pájaros; lo hermosea un pretil sobre el que descansan macetas de barro, en flor; en varias de sus columnas lisas, de piedra y desconchadas á trechos, enredaderas y trepadoras, ciñéndolas. Muebles de mimbre,—dentro del portal,—mecedoras, una mesa pequeña, y afuera, poyo de cantería. Dos puertas, la primera, es el despacho, del que algo se vislumbrará al través de la reja de hierro de una ventana; la segunda es el zaguán, cuyo piso en plano inclinado y de guijarros apisonados, sale en una buena parte hasta el escenario.

Más próxima á la troje que al portal,—primer término,—fuente circular, de brocal carcomido aquí y allí, y de chorro enano y grueso, cuyo rumor habrá de percibirse durante los silencios de la escena.

Segundo término izquierda,—harto más distante que la tienda de la troje,—la capilla, ruinoso sin ser ruina; con muchas trepadoras y plantas silvestres que codiciosamente ocultan sus cicatrices y oquedades. Vaga semejanza de su fachada con la de la troje; en vez de tríptico, bajo campanario con esquila.

El fondo, á todo foro, las sementeras, hondonadas y montañas, procurando producir la impresión de infinita grandeza de los campos. Se viene una cosecha pingüe. La tierra, fecundada, promete su generoso rendimiento incansable. Se determinará un trigo lozano, coronado por muchedumbre de espigas de oro.

Al capricho, pero observando la naturalidad más estricta, algún arado, un carro tumbado, con sus varas al aire entre las que guarda la «lomera» y las cadenas; pisones, palas. . .

## ESCENA I

Atardece. Es la hora vespéral y el crepúsculo baña el paisaje de tristísima media tinta.

Pausa. . . .

En la tienda y en el despacho, encienden, lenta y calladamente, sus respectivas lámparas de petróleo.

A tiempo que don Francisco,—que se pasea dentro del despacho,—arroja desde la puerta la colilla de un cigarro que cruza las sombras como luciérnaga enloquecida, escúchase de muy lejos, cual mugir de océano, un canto múltiple,—pianísimo acompañamiento de armonium entre bastidores, que aumentará en intensidad conforme avancen en su procesión trágica rumbo á la capilla, los siervos de la gleba, que, saliendo del hueco que separa la troje de la tienda, cruzarán el escenario diagonal y despaciosamente, esfumados por el crepúsculo, que lo empalidece todo, y entonando El Alabado, después de una jornada de trabajo espantoso, de sol á sol. . . .

D. FRANCISCO—(*dictando*) A Arratia,  
quince cargas! . . . .

De dos en dos, surgen los peones, en lamentable desfile de rebaño humano; al hombro, los pesados instrumentos de labranza; doblegados por ellos y por su miseria social y fisiológica; descubriendo sus cabezas enmalezadas al aproximarse á la capilla. ¡Cantan!

Mientras desfilan, don Francisco ha continuado dictando, habituado á aquello, que lo deja impasible. En la tienda, principian á entrar rancheros que van á beber, mujeres con chiquillos en brazos ó de la mano, que van á compras. Rumor en la tienda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTREY, MEXICO



MARCOS—*(enjugándose la boca con el dorso de la mano que limpia luego en el pantalón, sale de la tienda, meditabundo; alzáse de hombros frente á los peones que desaparecieron dentro de la capilla, y, hosco, se apoya contra el ángulo de la troje, después de recoger la colilla ardiente y encender en ella un cigarro.)*

¡Malhaya el alma!....

LORETO—*(buscándolo)* Te ví, desde lejos, y te hice seña; como ya está oscuro tú no me vistes. ¿Tienes el vale?....

MARCOS—*(sacando un canutero de dentro de la blusa)* Toma el vale....

LORETO—*(que ha extraído el papel enrollado y busca el reflejo de la lámpara del despacho.)* ¿Otra vuelta catalán,

Marcos?....

MARCOS—*(sombrio)* Otra vuelta catalán!

LORETO—*(suplicante)* Marcos! Marcos!.... ¿y si mañana, cuando lleguen los amos, te ven tomado?....

MARCOS—¿Los amos?.... Me echarán, pa allá, pal monte, ó me encerrarán aquí, en la troje ¿qué li hace eso?....

LORETO—¿Pero por qué has bebido ahora, á ver?....

MARCOS—Pus porque vienen los amos y por lo de siempre, que me agarra la sé, en la garganta, y aquí, mira, aquí, *(abriéndose la blusa y mostrando algo de su pecho veloso,)* onde late este toro de corazón que me embiste y me topa como si fuera á largáseme.... porque cuando se mete el sol y yo me quedo sin mi ganado, después de encerrarlo en los corrales, lo mesmo que los becerritos que olfatean á la madre y se le pegan á la ubre, ansina se me pegan en esta maldita cabeza, por dentro, estos pensamientos que desde hace tantos años me arrempujan de tiempo en tiempo hasta el mostrador de la tienda, onde con el catalán de don Frutos como que se me asosiegan y me dejan en paz....

LORETO—¿Y por qué en lugar d'irte á la tienda no coges pa la casa y me dices á mí que yo te los espante *(animándose)* como me lo decías antes, acabados de casar, después de mi desgracia, y yo de vergüenza, á pesar de tu perdón no podía ni pagarte en la boca el beso con que



llegabas dándome las buenas tardes? . . . .  
es que el cariño se ti ha gastado, Marcos,  
con este anda y anda de los días que  
todo lo gasta; y lo que me afiguro (*ba-  
jando la voz*) es que ya ti arrepentiste de  
haberme sacado de la desgracia, cuando  
me querías. . . .

MARCOS—(*echándole el brazo sobre  
los hombros*) De quererte, te quiero! y  
más, desde que me diste á mi hijo, el  
mío, el que se nos jué chiquito dejándome  
prendida una espina tan grande, que cada  
día se me va más adentro sin que me la  
pueda arrancar porque no la veo, ná más  
la siento! . . . .

LORETO—¿Y crees que yo qui alrede  
no quiero hablarte de ésto, no lo lloro en  
la casa cuando tú ti hallas lejos con tus  
animales y Damián trabajando con los  
peones y con las yuntas? ¡Ay Marcos!  
si me miraras entonces más me qui-  
sieras. . . . que tú, como andas libre, el sol te  
quema, el aire te golpea y hasta la yerba  
que tú ganado come y tu *moro* pisotea,  
todito, al querer ó nó, te hace pensar en  
otras cosas, mientras que yo encerrada en  
el cuarto, guisádoles el almuerzo á tí y

á Damián, hasta hablo sola, como si mi  
criatura estuviera allí, en el rincón en que  
dormía, y de ver que es mentira, la vista  
se me ñubla con lo que lloro y más que  
con sal con lágrimas sazono tu comida. . . .  
(*reaccionando*) ¿y á que á mí no me has  
visto beber?

MARCOS—Porque á tí te queda el otro,  
Damián, el que no es mío. . . . nó, no lo  
defiendas, que ni él tiene la culpa ni yo te  
lo he maltratado nunca, ya sabes por qué,  
te lo he dicho hartas veces, porque desde  
antes de que el niño Javier te perdiera, ya  
yo te quería y tú cegada por ese amor  
condenado, me quedabas tan lejos como  
algunas veces, allá en la sierra, carculo  
que nos quedan las nubes que se arremolinan  
en los cielos. . . . porque cuando  
l'amo grande me regaló la cuera nueva  
y me preguntó, ¡los dos solitos!, si me  
quedría yo casar contigo aunque ti hubiera  
sucedido una desgracia, como la desgracia  
yo la sabía ya, dende quiaque, contesté  
que sí, porque desde antes te quería tantí-  
simo que de considerarme tu marido sentía  
yo miedo, mi palabra! como el que sentí  
cuando amansando el bayo del amo, el



bayo y yo rodamos temblando toda la loma de la «Peñuela.» Y lo mismo que le ofrecí al señor san Antonio, mientras iba yo golpiándome el cuerpo barranca abajo, porque me lo sacara con vida, lo mismo le ofrecí cuando por tu querer, l'alma se me golpiaba contra las piedras de tus desdénos.... Los dos milagros de pura plata que le relumbran al santo en la capilla!

LORETO—¡Pobre Damián, que nada sabe y que te quiere á tí más que á mí!

MARCOS—*(que continúa devanando su madeja de recuerdos tristes, pero que advierte la frase final de Loreto)*—Y yo también lo quiero; y hay veces que cuando le digo «hijo,» se me afigura á mí que es más hijo mío que de su padre; pero eso no es verdad, ni que yo lo quiera porque me nazca quererlo; lo quiero, porque nació de tí! *(Desde la mitad de este diálogo han ido saliendo los peones de la capilla é ido á depositar al extremo del fondo del portal sus instrumentos de labranza, marchándose después hacia el tenducho y hacia la noche, adueñada ya de la hacienda, de los campos y de los cielos.)* Y ora más que

nunca me agarraron las ganas de beber, ora que todo el corage que he llevado escondido contra el niño Javier y que algo se me había mochado con tanto no verlo, siento que me güelve á crecer y que me sube hasta las cejas, como esas enredaderas *(señalándolas)* que parece que se mueren con el granizo pero que resucitan con las primeras calores....

LORETO—*(evocando el recuerdo)* ¡Dieciocho años sin venir....!

MARCOS—Qué bien llevas la cuenta! ....y luego dices....

## ESCENA II

*Dichos; D. Francisco que sale del despacho con Joaquín y que por no reconocer el grupo en las sombras, se coloca la palma de la mano sobre las cejas.*

D. FRANCISCO—¿Quién está ahí?

MARCOS—Somos nosotros señor don Pancho, buenas noches dé Dios! *(quítandose el sombrero.)*

D. FRANCISCO—*(quítándose el suyo al escuchar el divino Nombre)* Buenas noches, Marcos ¿con quién conversas?....



MARCOS—Con Loreto, patrón, que se nos ha hecho noche contestando.... ¿mandaba usted algo?....

D. FRANCISCO—(continuando su plática con Joaquín) Sí, el genio es violento pero el fondo buenísimo; aguantándole el arranque, después se amansa solo. Y en el fondo, los quiere á todos, hasta á los peones.... la señora sí que es miel, caritativa y cariñosa y recta, hasta al señor le va á la mano en sus violencias ¡figúrese usted!.... Sólo con el niño Javier doblan las manos los dos, pero me dicen que ahora, la reina de la casa es la niña Blanca....

JOAQUÍN—Que me ha dicho Fructuoso que es preciosa....

D. FRANCISCO—Sí ha de ser, pues desde chiquita pintaba serlo; sin embargo, la última vez que yo la ví, ahora dos años, á su regreso de esa (deletreando con esfuerzo) Europa, la ví desmedradita, como todas las muchachas se ponen al volverse mujeres.... Fructuoso acaba de verla....

MARCOS—(dando vueltas á su sombrero entre las manos) ¿Nada manda usted, señor don Pancho?....

D. FRANCISCO—¿Qué te corre, hombre? ... ¿Ya sabes la noticia de que mañana llegan los amos?.... ¿que tienes que venir á saludarlos cuando vengamos todos los que aquí comemos su pan?....

MARCOS—Yo no podré estar, señor don Pancho, porque mis animalitos, ¡con perdón de usted!, no saben de eso y no se aguantan un día sin comer.... yo m' iré al monte, si Dios quiere, como siempre, en la mañanita, y su mercé le dirá á los amos, que su mercé ve que yo no sé hablar....

D. FRANCISCO—¿Por qué no haces que el ganado te lo arreen los pastores y tú te juntas con los demás, tú que eres de á caballo, para la cabalgata que ha de ir á encontrarlos al tren?.... anda! y te dejo montar mi «Apache,» con silla nueva....

MARCOS—Si su mercé lo manda.... pero yo no sé hablar, don Pancho!.... y luego, que tengo dos vacas malas, ya se lo avisé á su mercé, y sólo yo las curo.



D. FRANCISCO—Pero, hombre, no seas terco, si no se trata de hablar; y las vacas, puedes curarlas al regreso.... ¿quieres ó no quieres ir?....

LORETO—(*bajo á Marcos*) Anda, hombre, ve!....

MARCOS—(*decidido*) Pus si su mercé no me lo manda, yo mejor me voy con mis vacas y mis toros, don Pancho... yo no sé hablar....

D. FRANCISCO—(*volviéndose benévolo á Joaquín*) Si le digo á usted que es para matarlos ó dejarlos, Joaquín, ni á tiros entienden!.... Está bueno, Marcos, no vengas, pero si te me jalas y yo lo sé, te acuerdas de mí, ya me conoces!

MARCOS—(*tirando del rebozo á Loreto*) Pus entonces, patrón, con licencia, y que su mercé descanse.... buenas noches, don Joaquín!....

LORETO—(*siguiendo pasivamente á su hombre*) Buenas noches, don Pancho; buenas noches, don Joaquín....

### ESCENA III

*Dichos, menos Loreto y Marcos que se alejarán discutiendo.*

JOAQUÍN—¡Caramba! señor don Pancho, y qué paciencia tiene Ud. con estos brutos....

D. FRANCISCO—(*reaccionando, dentro de su naturaleza al fin campesina, contra el duro calificativo del hombre de la ciudad*) Nó, no Joaquinito, no son tan brutos, el hombre tiene sus motivos.... digo yo (*al notar la extrañeza de Joaquín*) que tendrá sus motivos, sino que son así, reconcentrados, tragándose sus gustos y sus penas, sobre todo si de los amos se trata.... quiero decir (*atascándose en su propio discurso*) si temen que los amos no tomen á bien lo que hacen ó lo que piensan, sí señor, hasta lo que piensan! que el respeto que hace nacer la tierra por el amo de ella y de uno, comprende hasta el pensamiento....

JOAQUÍN—(*con superioridad de estudiante malo*) ¡Hombre, don Francisco hasta el pensamiento?....



D. FRANCISCO—Hasta el pensamiento, Joaquinito!...Usted no sabe de esto, es usted un muchacho que ha ido á los colegios y que ha vivido en la capital, nunca había visto el campo, por eso se asombra. Pero yo, nacido aquí, aquí mismito, en esta hacienda, aunque por mi fortuna en más alta escala que los vaqueros y los peones, yo que también fui á la escuela, á aprender, para luego venirme al terruño y en él vivir, y morirme, con el favor de Dios! sé de lo que usted sabe y de lo que ignora....¿tiene usted un cerillo?...*(encendiendo un cigarro y sentándose en el poyo)* Si al acabar el cigarro no parece Damián, lo mando á buscar ¡es tan loco, que por eso no me gusta que salga de noche!...Siéntese, Joaquinito, y fume usted, ¿quiere de los míos?...Pues, como le iba diciendo, Joaquinito, es una cosa muy rara la que pasa en el campo con el amo de la tierra y los que lo sirven....muy rara!....*(mirando una bocanada de humo con melancolía)* Los amos, hablo en general ¿eh? que los amos de esta hacienda son de lo mejorcito, ya se lo he dicho!....los

amos no quieren á la gente todo lo que debieran quererla ¡créame usted á mí! ni se duelen de ella, porque no la creen hecha de la misma masa ¿me comprende usted? ....Claro, que en muchas ocasiones no les falta razón, ¡lo justo, justo! Estos *(con ademán amplio y vago, que abarca la hacienda y sus confines)* nacen, se multiplican y se mueren como los animales, pero ¿quién tiene la culpa, ellos que no saben nada de nada ó los amos que diz que saben todo de todo?....¿verdad que digo bien?....

JOAQUÍN—¡Don Pancho, que se vuelve Ud. socialista!....

D. FRANCISCO—¿Socialista? ¿y qué es eso de socialista, me quiere usted dar razón?....

JOAQUÍN—*(atrojado)* Pues, socialista....¡ahora, verá Ud! socialistas son los que pretenden echar abajo....este....este....¡ah, eso es! *(triunfante con el hallazgo de la frase)* los que pretenden echar abajo el orden de cosas....

D. FRANCISCO—¿Qué orden y qué cosas?....



JOAQUÍN—¿Cómo qué orden de cosas? pues el orden bajo el cual vivimos ¡ahí está!... acabar con los ricos y con la religión y con los gobiernos, acabar con lo establecido!....

D. FRANCISCO—Ay, Joaquinito, cuando yo le digo á usted que le falta un tornillo! Esos no se llaman socialistas, hombre de Dios! así me jure usted que lo estudió en la escuela, esos se llaman bandidos, en toda tierra de cristianos; y los que trabajamos la tierra, los que la regamos con nuestro sudor y con nuestras lágrimas, los que con el arado le destrozaamos sus entrañas para que todos comamos, nosotros los de los campos y ustedes los de las ciudades, los que (*levantándose erguido y fuerte*) sobre su seno dormimos, los que la comprendemos y acariciamos, los que vivimos pegados á ella hasta cuando después de muertos el ganado apisona nuestras tumbas que ella, siempre ella, más amante que la madre más amante, ni un día, ni un minuto se olvida de enflorarnos, de echarles pasto encima para que mejor nos cobijemos, nosotros no somos bandidos, somos guerrilleros,

pronunciados, revolucionarios, precisamente para defenderla de los de afuera ó de los de adentro ¡es igual! del que pretende mancillarla ó arrebatárnosla!... ¿Esto qué tiene que ver con los ricos, y la religión, y los gobiernos?... ¡Con los gobiernos malos, si acaso!....

JOAQUÍN—(*temeroso de disgustarlo*) No me explique, señor don Francisco, no me explique! Yo decía, de broma por supuesto, que con las ideas que me iba Ud. soltando tan á favor de los peones, parecía Ud. socialista, de los que quieren que los de abajo suban á donde ahora se hallan los de arriba....

D. FRANCISCO—Pues ese es otro disparate, Joaquín, ¿cómo había yo de querer eso si yo no estoy ni con unos ni con otros, y para lo que me queda de vida la misma me pega que éstos suban ó aquéllos bajen?... Lo que yo decía era que los amos debían preocuparse más de lo que generalmente se preocupan de las gentes que les dan su trabajo....

JOAQUÍN—Permítame Ud., don Pancho, pero, por ejemplo aquí, pues yo no sé de haciendas ¿que más quieren?....



Trabajan, y se les paga su trabajo; una vez al año, vienen misiones á bautizar y confirmar chiquillos, á confesar empecados, á casar novios; cada domingo y cada día de fiesta, viene un cura á decirles su misa, á predicarles lo que ellos pueden entender; se les da casa, es decir, lugar donde duerman y vivan bajo de techo; para los muchachos acaban de abrir una escuela....¿qué más pueden pedir?

D. FRANCISCO—(con desprecio) Nada! Por eso se atragantan, como Marcos....

#### ESCENA IV

*Dichos; Damián que dirá sus primeras palabras desde adentro y entrará cargando una silla vaquera como si acabara de desensillar, la que colocará con miramientos sobre el pretil, en el que, apoyado, se despojará de las espuelas.*

DAMIÁN—¡Déjalo que se revuelque, tú, que viene muy sudado!....(entrando)  
¿Me tardé, don Panchito?.... Con su permiso, voy á dejar aquí mi silla, pa maña-

na....Ah diablo de rosillo, don Pancho, se me pegó una barrida á la bajada del puente, que por nadita me zafa....¡Ah, hijo! (colgando las espuelas en la silla y aproximándose al grupo sin quitarse totalmente su jarano, echándose hacia atrás con la una mano mientras con la otra se rasca la coronilla.) Todo arreglado, patrón; los músicos estarán aquí al clariar y los cuetes ora en la nohecita los entregarán en la tienda; don Arturo el del teliégrafo le mandará avisar á su mercé cuando el tren salga de Ensenada, pa que téngamos tiempo de llegar á la estación, y que vendrá al mole, lo mismo que el jefe, que muchas gracias tenga usted. ¡Buenas noches, don Joaquín!....

JOAQUÍN—¡Buenas noches, Damián! (con superioridad.)

D. FRANCISCO—Pues ni sabes que se te va á acabar el gusto; ya no vas á ir á caballo con nosotros....

DAMIÁN—(interrumpiéndolo afligido)  
¿Qué no iré á caballo, patrón? ¿Y cómo quiere su mercé que vaya?....

D. FRANCISCO—Manejando el coche!



Trabajan, y se les paga su trabajo; una vez al año, vienen misiones á bautizar y confirmar chiquillos, á confesar empecados, á casar novios; cada domingo y cada día de fiesta, viene un cura á decirles su misa, á predicarles lo que ellos pueden entender; se les da casa, es decir, lugar donde duerman y vivan bajo de techo; para los muchachos acaban de abrir una escuela....¿qué más pueden pedir?

D. FRANCISCO—(con desprecio) Nada! Por eso se atragantan, como Marcos....

#### ESCENA IV

*Dichos; Damián que dirá sus primeras palabras desde adentro y entrará cargando una silla vaquera como si acabara de desensillar, la que colocará con miramientos sobre el pretil, en el que, apoyado, se despojará de las espuelas.*

DAMIÁN—¡Déjalo que se revuelque, tú, que viene muy sudado!....(entrando)  
¿Me tardé, don Panchito?.... Con su permiso, voy á dejar aquí mi silla, pa maña-

na....Ah diablo de rosillo, don Pancho, se me pegó una barrida á la bajada del puente, que por nadita me zafa....¡Ah, hijo! (colgando las espuelas en la silla y aproximándose al grupo sin quitarse totalmente su jarano, echándose hacia atrás con la una mano mientras con la otra se rasca la coronilla.) Todo arreglado, patrón; los músicos estarán aquí al clariar y los cuetes ora en la nohecita los entregarán en la tienda; don Arturo el del teliégrafo le mandará avisar á su mercé cuando el tren salga de Ensenada, pa que téngamos tiempo de llegar á la estación, y que vendrá al mole, lo mismo que el jefe, que muchas gracias tenga usted. ¡Buenas noches, don Joaquín!....

JOAQUÍN—¡Buenas noches, Damián! (con superioridad.)

D. FRANCISCO—Pues ni sabes que se te va á acabar el gusto; ya no vas á ir á caballo con nosotros....

DAMIÁN—(interrumpiéndolo afligido)  
¿Qué no iré á caballo, patrón? ¿Y cómo quiere su mercé que vaya?....

D. FRANCISCO—Manejando el coche!



DAMIÁN—(*compungido y casi violento*)  
Pues y Vicente, patrón, que es el co-  
chero?...

D. FRANCISCO—Vicente irá en tu lu-  
gar con nosotros....

DAMIÁN—(*suplicante*) No sea malo,  
patrón! Mire que yo, pie á tierra, no  
sirvo ni la mitá....

D. FRANCISCO—Por eso no estarás  
pie á tierra, sino pie al pescante ¡tonto!

DAMIÁN—Déme licencia de ir á caba-  
llo, don Panchito, ¿qué le cuesta?....

D. FRANCISCO—Ya te dije que nó y  
se ha concluido! Llevarás el coche, para  
la familia, y lo llevarás como si llevaras la  
custodia, que he resuelto poner el tiro de  
grullas y sólo tú las entiendes... ¡mal-  
agradecido!... Conque, muy limpiecito  
mañana y muy peinado, que te peine  
Loreto! y ahora, aunque yo ya las revisé,  
dales una mirada á las guarniciones, á las  
debillas de las riendas y á las paletas de  
las colleras sobre todo.... Ah! registra  
también el «garrote» del coche, y nada  
de locuras mañana ¿lo oyes?.... que la  
señora de todo se asusta....

JOAQUÍN—¿Y yo, señor don Francis-  
co, en qué voy por fin?.... Ya sabe Ud.  
que prefiero el carruaje....

D. FRANCISCO—(*con sorna*) ¡Qué  
ca-rrua-je ni qué hojarascas, Joaquinito,  
Ud. como los hombres, á caballo! Y  
ahora, á descansar tocan, que hay que  
madrugar.... ¡Damián! Me tocarás en  
la ventana, antes de las 4, en cuanto te  
levantes, por si se me pegan las sába-  
nas.... ¡Caramba! pues á qué horas son?  
(*al notar que la tienda se cierra*) ¡Damián!  
grítamele á Frutos!

DAMIÁN—(*subiendo hacia el fondo y  
elevando la voz*) ¡D. Frutuoso, que le  
habla el patrón!....

FRUCTUOSO—(*desde los interiores de la  
tienda*) ¡Oritita voy, don Francisco, no  
más cierro!....

D. FRANCISCO—(*como siguiendo el  
curso de un pensamiento inconfesado*)  
Por poco se me olvida ¡qué atrocidad!....

DAMIÁN—(*que á su regreso escucha lo  
anterior*) ¿El qué, patrón?....

D. FRANCISCO—(*estremeciéndose*)  
¿Eh...? Nó, nada, una cosa que le encar-  
gué á Frutos.... ¿qué te importa?....



DAMIÁN—(riéndose y con zalamería)  
¡A qué l'amo! ¿y por qué se hace el eno-  
jado conmigo?....

D. FRANCISCO—(sonriendo y tratando  
de aparecer muy grave) Quitá! quita!  
y márchate á acostar! no empieces....

JOAQUÍN—D. Francisco, hágame Ud.  
el favor de mandar que me ensillen el  
albino, que es manso, y que me pongan  
una silla buena....

D. FRANCISCO—Ya lo oyes, Damián  
(benévolo), que al señor (con ironía) le  
ensillen el albino con buena silla!

DAMIÁN—D. Joaquín, y por qué no  
aprende á ensillar?....

JOAQUÍN—(con despotismo) Porque ese  
no es mi oficio ni yo he venido á eso.

DAMIÁN—(con socarronería) ¡Ah!...  
Yo decía.... ¡cómo es tan fácil!....

JOAQUÍN—Uds., por regla general, no  
dicen más que desatinos....

D. FRANCISCO—Vaya, Joaquinito, no  
se amostace usted, que no hay motivo; y  
tú (por Damián) á la cama, anda, hasta  
mañana!.... (Váse Damián por el fondo.)

## ESCENA V

Dichos, menos Damián; Fructuoso.

FRUCTUOSO—Mande, don Pancho...  
buenas noches, Joaquín!....

JOAQUÍN—(lastimado con la confianza)  
Buenas noches, Fructuoso! (recalcando.)

D. FRANCISCO—(llevándose á Fruc-  
tuoso hacia el portal y en voz relativamente  
baja para no ser oído de Joaquín, que  
algo malicia) Oigame, Frutos!.... Mar-  
cos estuvo bebiendo ¿verdad?....

FRUCTUOSO—Sí estuvo, temprano, al  
volver con el ganado; pero no mucho, le  
apunté en el vale tres ó cuatro copas, no  
recuerdo.... ¡Pobre de Marcos!....

D. FRANCISCO—¡Pobre, sí, pero es  
menester que no se emborrache de aquí á  
mañana! ¿No han vuelto de su parte  
por más aguardiente?....

FRUCTUOSO—Nó, nadie ha venido; ya  
sabe Ud. que Loreto le va á la mano....

D. FRANCISCO—(volviéndose á Joaquín  
que se aburre) Váyase yendo, Joaquinito,  
que ahí lo alcanzo, en cuanto acabe con  
Frutos....



JOAQUÍN—Con su permiso, entonces, señor don Francisco; buenas noches, Fructuoso! *(volviendo á recalcar el nombre.)*

FRUCTUOSO—*(indiferente)* Que descanse, Joaquín!

*(Váse Joaquín por el zaguán.)*

D. FRANCISCO—Frutos, por el amor de Dios! no vaya á darle de beber á Marcos, que de que la coge la coge y desde ayer no sabe dónde dar con su cabeza...

FRUCTUOSO—Ora ya, ni modo, porque en atrancando yo mis puertas á nadie le abro, don Pancho....

D. FRANCISCO—Ay, Frutos! ya quisiera yo que hubieran pasado estos festejos; estoy que me caigo de rendido, he preparado un programa, como le dice Joaquín, que parece cosa de teatro, y sabe Dios cómo iremos á salir.... ¿Vió el arco?.... ¿quedó bonito, no es cierto?.... ¿y qué me dice de la enramada y del templete?.... ¿ya se asomó á la troje?.... en la enramada será el almuerzo.... No se le olvide, Frutos, mientras mañana andemos nosotros por la estación, que traigan más flores para la capilla y que rieguen todo esto.... Reparta los cohe-

tes, en cuanto salga el sol, y al desembarcar el coche por los álamos, fuego con ellos.... en seguida, el repique.... y al llegar todos, los camarazos, cuidando no más de que las niñas se hayan apeado, por si los animales se espantan.... los hombres, que se agarren!

FRUCTUOSO—Pierda cuidado, don Pancho, que mi mujer es la encargada de esos adornos y yo de la artillería.

D. FRANCISCO—Y acuéstese que ya es trasnoche; hasta mañana....

FRUCTUOSO—Si Dios quiere, D. Pancho! *(sepáranse, sin darse las manos, Fructuoso descubriéndose y volviendo á cubrirse. Ya don Francisco, llegando al zaguán, regresa y alcanza á Fructuoso que á su vez llega ya á la tienda.)*

D. FRANCISCO—Pst!..... pst!.... Frutos!.... aunque venga á tocarle Marcos, ni una gota, Frutos, ni una gota! ...

*(Fructuoso, medio vuelto para escuchar hará seña de que nó, nó le dará ni una gota.)*

D. FRANCISCO—*(para sí)* Lo que mal anda mal acaba! Dios dirá....



*(Mutis por el zaguán que cerrará por sí mismo, dejando oír el ruido de sus trancas, al fijarlas.)*

Gran pausa....

Por unos momentos, sólo se oirá el melancólico rumor del agua de la fuente, su romanza tristemente monorrítmica perdiéndose en el silencio de la finca, en la grandiosa impasibilidad de los campos que duermen en la noche, y en la noche que vela moribunda y sin astros....

## ESCENA VI

*Marcos, recatándose como un gato montés, casi sin ruido, se llega á las puertas de la tienda, á uno de cuyos postigos llamará diversas ocasiones hasta que Fructuoso, despertando, entable con él, desde adentro, el diálogo. Luego, Loreto, que ha extrañado la fuga del marido y se ha venido en su seguimiento al través de sombras y malezas, alarmada y temerosa por lo que suceder pueda, al despuntar el día que no tarda, entre Marcos y el niño Javier, el seductor de ella hace tantos años, pero el amo de ella y de su esposo, hace más años todavía, desde que él no era aún nacido para mandar de vidas y de honras, ni ellos lo eran para soportar, por siervos, tales horrores.*

MARCOS—*(después de dar con el postigo y de llamar en él distintas veces)*  
¡D. Frutos!.... ¡D. Frutos!.... por lo

que más quiera, D. Frutos!.... *(alternando las voces con los llamados en la madera; dejando transcurrir intervalos; pegando el oído á la puerta.)*

FRUCTUOSO—*(desde adentro y malhumorado)* ¿Qué ocurre?.... ¿quién es?....

MARCOS—*(dulcemente)* Soy yo, D. Fructuoso, soy Marcos, no se incomode.... es que Loreto se me ha puesto mala... allá la dejé... quejándose y retorciéndose con los dolores....

FRUCTUOSO—¿Y qué es lo que quieres que yo le haga?.... ¿por qué vienes á tocarme?.... ¡Márchate y déjame dormir!....

MARCOS—Si ya me voy, don Frutos, ya me voy, no se amohine.... aquí le paso el vale, pa que me apunte una botella de catalán con que curar á Loreto; démela, jefe, por el postigo, y aunque me la cobre doble.... hágame la caridá....

FRUCTUOSO—*(adivinando la estratagemata)* Loreto está más buena y sana que tú y que yo... ¡embustero!.... lo que quieres tú es jalarte ¿ó crees que á mí me haces tonto?.... Anda y bebe agua, del



*(Mutis por el zaguán que cerrará por sí mismo, dejando oír el ruido de sus trancas, al fijarlas.)*

Gran pausa....

Por unos momentos, sólo se oirá el melancólico rumor del agua de la fuente, su romanza tristemente monorrítmica perdiéndose en el silencio de la finca, en la grandiosa impasibilidad de los campos que duermen en la noche, y en la noche que vela moribunda y sin astros....

## ESCENA VI

*Marcos, recatándose como un gato montés, casi sin ruido, se llega á las puertas de la tienda, á uno de cuyos postigos llamará diversas ocasiones hasta que Fructuoso, despertando, entable con él, desde adentro, el diálogo. Luego, Loreto, que ha extrañado la fuga del marido y se ha venido en su seguimiento al través de sombras y malezas, alarmada y temerosa por lo que suceder pueda, al despuntar el día que no tarda, entre Marcos y el niño Javier, el seductor de ella hace tantos años, pero el amo de ella y de su esposo, hace más años todavía, desde que él no era aún nacido para mandar de vidas y de honras, ni ellos lo eran para soportar, por siervos, tales horrores.*

MARCOS—*(después de dar con el postigo y de llamar en él distintas veces)*  
¡D. Frutos!.... ¡D. Frutos!.... por lo

que más quiera, D. Frutos!.... *(alternando las voces con los llamados en la madera; dejando transcurrir intervalos; pegando el oído á la puerta.)*

FRUCTUOSO—*(desde adentro y malhumorado)* ¿Qué ocurre?... ¿quién es?....

MARCOS—*(dulcemente)* Soy yo, D. Fructuoso, soy Marcos, no se incomode.... es que Loreto se me ha puesto mala... allá la dejé... quejándose y retorciéndose con los dolores....

FRUCTUOSO—¿Y qué es lo que quieres que yo le haga?... ¿por qué vienes á tocarme?... ¡Márchate y déjame dormir!....

MARCOS—Si ya me voy, don Frutos, ya me voy, no se amohine.... aquí le paso el vale, pa que me apunte una botella de catalán con que curar á Loreto; démela, jefe, por el postigo, y aunque me la cobre doble.... hágame la caridá....

FRUCTUOSO—*(adivinando la estratagemata)* Loreto está más buena y sana que tú y que yo... ¡embustero!.... lo que quieres tú es jalarte ¿ó crees que á mí me haces tonto?... Anda y bebe agua, del



jagüey, y lárgate de la puerta ó te suelto al «Tigre» que ya está gruñendo....

MARCOS—(*terco y sin perder la esperanza de ablandar al tendero*) ¡D. Frutos! ¡D. Frutos!.... ¡no si haga, D. Frutos!.... contésteme y véndame la botella aunque sea pa mí ¿que, conque?.... Hágame la valedura, don Frutos!.... ¿nó?.... ¿que no me la ha de dar?.... pus entonces no me voy di aquí, aunque el «Tigre» salga y me muerda!.... ¡D. Frutos! (*colérico: silencio sepulcral en la tienda.*)

LORETO—(*que no es sentida de Marcos hasta que va y lo coge por un brazo*) ¡Marcos, Marcos, por el amor de Dios, te has vuelto loco!....

MARCOS—(*entre iracundo y doblgado por la sorpresa*) ¿Y á tí quién ti ha mandado venir y espiarme, eh?.... (*bajando la voz*) las naguas, cuando el marido se larga, se quedan en la casa ¿l' oyes?.... y no se van colíándolo ni se meten en sus asuntos.... Güélvete, pues, y no me obligues á alzarle la mano ¡Loreto! que nunca te la he alzado.... Regrésate te digo, ¿no te estoy hablando?....

no quiero que naiden me mire ni me siga....

LORETO—Pus no te he de largar ¡vaya! así me pegues, ni he de dejarte solo, armando escándalo pa que nos corran de la hacienda; si quieres que me vaya, conmigo has de venir, y si no, aquí nos quedamos, hasta que amanezca.... (*variando de tono y bajando hacia la troje*) ¿no ves que soy tu mujer, Marcos, tu pobre Loreto que antes tanto querías?.... No quieres dormir, se te espantó el sueño?.... bueno, pus yo ti acompaño, aquí, al fresco, y mientras el sueño te coge, muy silencio pa que naiden nos oiga (*bajando la voz y atrayéndolo á la fuente, á cuyo pie se sentarán al fin*) tú me dirás ónde te duele, y yo te curaré, con mis manos, hasta que se te vayan la dolencia que ti hoga y los pensamientos malos que te andan dando güeltas, como avispas.... Yo te diré que ti acuerdes de que somos pobres trabajadores, muy pobres, sin naiden que nos quiera ¡sólo Dios!.... y tú te conformarás con nuestra suerte, como nos hemos conformado siempre, y no armarás escándalos en la tienda,

32812

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
No. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN



á estas horas de la noche, ni quedarás beber más, y nos iremos juntos, los dos solitos, (*apuntando á las negruras de los campos*) por ahí, mira, por lo oscuro, camino de la casa, pidiéndole á Dios que no nos abandone, y nos acostaremos al llegar, sin que se recuerde Damián, muy silencios, pensando tú en Loreto, y yo en tí y en Damián....

MARCOS—(*doblegado por su pena interna*) ¿Dormir?.....¡dormir!.....si el sueño se me ha juído, dende que supe que él venía!....ya hace siete noches que sólo güeltas doy en la cama, piensa y piensa, mirando pa dentro, con mis ojos abiertos, perdida mi alma en el silencio y en la escuridá del cuarto y de la santa noche, ajuera, contando las horas hasta que Dios echa su luz por lo que el corazón me patea el pecho, juerte ¡juerte! que lo oigo como oigo el relós del despacho, los sábados, cuando nos entriegan la «raya».... ¿Y sabes lo que veo?.... pus te veo á tí, de muchacha, hace un puño de años, fresca y linda como rosa de huerta, nó, mejor, como flor del monte ....te veo lavando, junto al río, á la

sombra de los sauces, las mangas reman-gadas, echándote atrás las trenzas di una cabeciada, y riéndote del agua y del sol que por entre las ramas te caiba á pedacitos sobre tu cuerpo macizo, como si no quisiera quemártelo dealtiro.....te veo riéndote de mí que pasaba y pasaba sin poder decirte nada, todo mi cariño añu-dado en la garganta, todo yo temblando, y luego, de cólera pegándole las espuelas á mi cuaco qui arrancaba desbocado, rabioso del dolor y de no poder tumbar-me, levantando una polvadera que más antes mi apartaba de tu lado.... Entonces, aprieto mis ojos y te tiento, quedito, pa que no te recuerdes, y me da gusto y tristeza, yo no sé lo que me da, di óirte resollar tranquila, tranquila, pegada á tu hombre....

LORETO—¿Y por qué no me recuerdas, pa que vele contigo? ¿por qué no mi hablas?.....

MARCOS—Pus, porque toavía te quiero y porque mejor me gusta que duermas y no que pienses en lo que ti aconteció.... Dormida, me perteneces, enterita; recuerda y pensando, nó! que el pensamiento



es potro bravo y no hay jinete que lo amanse ni charro que lo arriende, se nos juye, corcoviando, y nos lleva y nos tumba onde quiere.... Luego que te tiento y que me estoy quieto un rato, se mi abren los ojos, otra vez, y hasta se mi hace que te voy á recordar con lo juerte que me late el pecho, le pongo la mano, pa que no lo alviertas, y el condenado me la arrempuja, y me duele, te juro que me duele, Loreto, lo mesmo que si me lo machacaran con peñas!.... Me volteo, me retiro de tí, y ahí estás, enfrentito de mis ojos, siempre de muchacha.... Ya no te veo pura, ya nó!....te veo ya perseguida por el niño Javier, en la casa, en el campo, de día y de noche; tú, oyéndolo y oyéndolo, poniéndote colorada si se te junta, y él juntándose y regalándote flores, y mirándote como miran los lobos á las ovejas antes de devorarlas.... Y ora, ora que ya soy viejo, ira me da de no haberte defendido, de no haberte dicho «cuidado!» como se le dice á cualquier cristiano que se trompieza y que se cae ¿qué culpa tiene de que aiga piedras por onde camina?.... Pero el niño Javier

era el hijo del amo y tú eras hija de un peón, yo de otro peón!....¿cómo había de defenderte ni de alvertirte, si los amos, con ser dueños de la tierra, son los dueños de nosotros, de nuestros padres y de nuestros hijos?.... Yo lo hubiera hecho, no creas; de carcularte perdida, hasta mordía yo á mis vacas; me golpiaba yo la frente contra los árboles, hasta que me saliera la sangre, porque se me hacía injusticia que el niño Javier ¡tan arriba! te perdiera á tí que á naiden ofendías con ser linda y buena, con ser la esperanza y el lucero de uno igual á tí, de uno de nosotros, los de abajo, los que trabajando por ellos nos abajamos más, más, hasta besar los surcos del arado....

LORETO—(aterrada) Si me hubiera yo muerto, Marcos, por mala, tú no habrías pasado trabajos, ni penas, ni te habrías dado al maldito aguardiente....yo, yo soy la culpable, naiden más, y por eso te he querido tanto después; por eso le pido á Dios que te guarde y á tí te pido siempre que me perdones....

MARCOS—(que continúa mirando su propio drama interno) ¿Y por qué te



habías de morir?....¿qué tiene eso que ver?.... Mala no eras ¡qué ibas á ser mala!....eras muchacha, una muchacha igual á todas, y quisiste, que pa eso nos han puesto el corazón, pa querer; y como cuando quiere uno se le tupe el cerebro y se le enmohece la voluntad, no supiste pa onde coger y cáiste en los brazos del niño Javier que ti andaba alcanzando.... tu cuerpo, lo mesmo que las frutas maduras, se desprendió del árbol á la primer sacudida, y el niño Javier, dueño del terreno, del árbol y del fruto, ti alevantó y te mordió, tirándote al suelo luego que le habías dado la miel de tu cariño, sin importarle que te pudrieras y ti agusararas; ya ti alzarían los peones tus compañeros después que los puercos te hubieran hociquiado, pa enterrarte y que no apestaras las veredas por onde los amos se pasean....

LORETO—(*deslumbrada con la veracidad de los toscos símiles de Marcos*) ¡Así jué, Marcos, así jué mismamente, com' ora lo dices!....

MARCOS—Y yo que te quería tanto, yo que no vide la sacudida que te tiró del

árbol, sí te vide cáida, llorando, desgraciada pa siempre; ya ninguno de los peones tus compañeros te quedaría ¿pa qué, mordida por el niño?....pa que mañana te li antojaras otra vez y ya no tuviera ni el trabajo de sacudir tu tronco de doncella?.... ¿No ti acuerdas que todos se te despartaban? ¿que tu padre y tu madre no más te miraban á tí y luego miraban á los otros, como si adivinaran la desgracia?....¿no ti acuerdas?....

LORETO—(*humillada y apartando los recuerdos con la palabra y con el ademán*) Sí que mi acuerdo, sí, más de lo que quedaría acordarme....

MARCOS—Pus afíгурate lo que yo pasaría, allá, en el monte, carculándome hasta los besos que se redamarían de los labios de Uds. en los momentos en que pecaban!....(*se tapa los ojos y como consigo mismo*) los oya yo al dormirme y al comer y al arriar el ganado y al arrancar y sentar á mi penco; los oya yo por adentro de mis orejas y hasta me revolvía á mirar pa atrás con miedo de hallarlos abrazados y escondidos entre la yerba....¡ah, qué horrible!.... Por lo que cuando en la



hacienda se comenzó á hablar y á decir que si tú y el niño Javier....vaya, pus lo que se dice....yo, Loreto, de todos me escondía, de tí más que de naiden, porque aunque ni entonces ni ora ¡óyelo! ni entonces ni ora te creí culpable, me daba rabia de verte tan afligida y tan triste cuando tú creibas que ninguno ti atisbaba, por ahí, por entre las milpas y los sembrados, á l'oración ó al amanecer, derecha, derecha, mirando pa lo alto, pa onde está Dios, hasta que tu cabeza se te caiba sobre el seno, de dolor digo yo, lo mesmo que se doblan en los trigales las espigas doradas que la hoz no pudo degollar en la primer podada.... Y el querer no se mi acababa, al revés, me crecía el indino de tanto regarlo con las lágrimas de mis ojos; lágrimas que yo ocultaba, hasta de mi madrecita ¡que en paz descanse! que sólo se me saltaban á gusto en el desierto verde de mi monte, entre mis animales que me divisaban, si al caso, alzando la cabeza indiferentes, rumiando su pasto despacio, despacio, como que nada les importa lo que sufrimos los cristianos....

LORETO—Marcos ¡por la Virgen! ya no mi hables de entonces....*(amorosa)* háblame de después, de cuando yo comencé á quererte, de cuando te juré que no ti arrepentirías de haberme alevantado de los lodos, de cuando te cumplí mis juramentos....háblame di ora, de nuestra vida de ora, quiero decir, de cómo vivíamos de contentos hasta que no supimos que venía....

MARCOS—Yo nunca creí que el niño volviera, nó!....Se mi afiguraba que de vergüenza no quedaría volver ni á toparse con nosotros, conmigo prencipalmente que su criado y todo, recogí lo que él había despreciado, dándote cuanto él trató de quitarte, él, el rico y el dichoso, yo el pobre y el sin ventura; recogiendo hasta su hijo, su hijo mesmo que él ni conoce, y que á mí es á quien llama padre porque padre suyo soy, más que él que lo hizo y ni siquiera se paró á ver lo que había hecho, como todos los machos se paran á ver y defender á sus cachorros, aunque luego, ya juertes, los desconozcan....Y allá, cuando recién nos casó el amo grande, el niño Javier ya en la capital y yo siem-



pre en el monte, me affligía regresarme en las tardes de mis soledades, porque sentía que l'alma se me partía de no poder besarte asigún me lo había yo imaginado todo el santo día.... Tú, puede que no lo alvirtieras, pero yo sí.... no podía besarte á mis anchas porque tu vientre que si abultaba con el hijo del amo, mi apartaba de tí, á la juerza, y por no lastimar al hijo ajeno no podía darte nunca el beso mío, el que yo había imaginado en mis soledades, un beso grande, grande como los campos que desde la sierra se columbran y que con ser tan grandes se me hacían menos, que mi quererte de toda la vida.... *(pausa)* entonces jueron las primeras veces que bebí aguardiente, pa matar esas tristezas y el aborcimiento al niño Javier que iba gana y gana terreno en mi endevido; entonces jué cuando tú ti amohinabas de verme llegar tomado, cuando yo no dormía contigo sino en el otro rincón mirando pa'l bulto de tu cuerpo que si alzaba en las sombras y al que si iban á posar mis deseos de hombre y mis pobres suspiros.... ¡es que el hijo del amo me daba

horror desde antes de nacer, ocupaba el lugar de los que debían nacer de mí, no los dejaba nacer de mi cariño!.... ¿cómo no iba yo á beber? ¡hasta ogarme!.... Güeno está que los amos crean que nosotros no sentimos, ni nunca nos duele nada, pero tú, tú que eres igual á mí, tú si me comprendías, sabías que estaba yo padeciendo, en tus ojeras te lo conocía, tus ojeras negras y hondas que te sombriaban por las mañanas tu cara trigueña....

LORETO—*(que con todo lo oído y evocado, no puede más)* Pus mira, Marcos, déjame que yo ti hable también, que yo te diga lo que entonces y antes y ora después he sufrido, lo que por tantos años y años te he callado pa que tú mejor me creyeras ingrata y no sufrieras más con estarte yo jugando el jierro en la herida.... ora mi oirás, pa que veas quién más digno es de lástima.

MARCOS—Nó, aguarda, aguarda Loreto que yo no he acabado, ni quiero óirte, por favor déjame que sólo me lo afigure sin óirlo de tu boca, no quiero que lo revivas, que te acuerdes delante de mí de lo que quisistes á otro.... aunque ese otro juera



el amo!... cállate Loreto, estate silencio que se regüelven las cosas malas en mi cabeza y ganas me entran de estrujar algo, aunque sea á mi mesmo... ¡cállate, cállate Loreto, no me hables de eso, deja que yo hable solo, como loco, que loco ando desde entonces!....

LORETO—(con entonaciones de confianza trágica) Pero si no creas que voy á decirte nada de amores, de aquel amor maldito que como las ortigas me lastimó mi cuerpo, nó Marcos! de lo que quiero hablarte es de mi dolor, del dolor enterrado aquí adentro, muy hondo, y que ni tú, con ser mi marido y con quererme tanto, te has afigurado nunca!.... Yo no quería, cuenta los años que llevo de sufrirlo, mira pa atrás, Marcos, y dime cuándo te dije nada!... pero ora ti has puesto á escarbar y á la juerza diste con mi pena que también me sofoca, más que á tí la tuya, porque yo nunca he bebido, no he bebido más que mis lágrimas!

MARCOS—(asiéndola de las manos) Pero si es que me da frío, hasta en mis huesos, de carcular que me lo cuentas y de carcular que mañana, antes de que el

sol se meta, él estará aquí y tendremos que hablarle después de tantos años de no verlo, después de afigurarme que Dios premiaba mi sufrir concediéndome el milagro de no volver á verlo!.... Tendremos que hablarle ¿l'oyes? con el sombrero en la mano y la cabeza gacha, porque es el amo, el dueño de la tierra y de nosotros que se la trabajamos.... ¿Qué me puedes decir que yo no sepa? que eras una inocente? por eso te quería yo!.... que te deslumbrastes y topetiándote como las mariposas juiste y se te abrasaron tus alas en la flama? yo lo sé! ... que después, ya sin alas, cáiste por los suelos? por eso ti alevanté y te llevé conmigo, y por que te quería y te quiero, mi alcé de hombros frente á lo que de mí pensarán, y dejé amigos y me volví josco, pendenciero y de malas palabras, por eso, pa que nos dejaran en paz á mí y á tí, pa que nos dejaran querernos, los dos solos, en nuestro jacal, y ni á tí te molestarán ni á mí menos.... Pero con las afiguraciones no pude, que son piores que nuestros prójimos, pus con los prójimos puedes peliar hasta matarlos, si la pena



te ciega y se te va la mano; mientras que con las afiguraciones no hay quien pueda, no pelean, no se dejan matar, no más se te dan güeltas y güeltas, de la cabeza á los pies, se te aquerencian en el corazón, y como no hay lugar pa tantas que entran y salen, ni remedio que las aquiete, te lo magullan y te enfermas....

LORETO—(*tenaz por decir su dolor*) Marcos, óyeme á mí, óyeme lo que ni al señor cura le he contado porque él me dijo que estas cosas del querer y del sufrir no le importaban, que pa eso vivíamos en el Valle de las Lágrimas, y que con que no te faltara á tí ni descuidara de mis hijos, ni dejara de enseñarlos á rezar rezando con ellos, podía yo ir tirando del carro....(*con decisiva entereza,*) ¡mucho quise al niño Javier, antes de que él me perdiera y puede que también después!.... ¡no te incomodes, Marcos!....que tú no eres el amo ni en nada te le pareces.... él, blanco, buen mozo, bien vestido; tú, por adentro eres más blanco que él, eres más buen mozo que él y á tí te quiero, sin contar eso, porque has sabido ser el padre de Damián

y el padre de nuestro otro hijo, que no nos duró tan poco, nó, pus en sus tres años nos amarró pa siempre los corazones y todavía su recuerdo nos junta y nos acerca, Marcos, sin mentarlo, pero mirándolo yo y tú cuando tantas veces, en la noche, tus manos buscan las mías y agarradas se nos quedan sin que chistemos ¿pa qué? ....si á tí no te gusta que te mire llorar, y nos sobra con saber que nuestras manos se entrelazan en memoria de él ¡pobrecito! que nos las juntaba cuando vivía....¿ya no ti acuerdas?....

MARCOS—(*vuelve el rostro ocultándolo, y da la callada por respuesta.*)

LORETO—(*que solloza, muy piano*) Por eso, porque ti has ganado mi cariño, porque por mí has sufrido lo que sufres, por eso no quiero que bebas, y menos hoy! ....pero no porque á mí me importe el niño Javier, ni porque crea que Damián es nada suyo ¿cómo he de creerlo?.... Damián es todo tuyo, hasta su carne, que se le ha ido formando con el pan que tú trabajas y que con él devides, todo á tí lo debe, todo, todo! y es Dios tan grande, que ha hecho que tú lo quieras como al



otro, el nacido de tí, y que Damián te quiera por él y por su hermano, que te quiera más que á mí, mucho más, como yo había pedido que te quisiera, pa sanarte!....

MARCOS— Sí que lo quiero, ora sí, primero nó!.... Primero, se lo habría dado á los lobos que rondan aullando por las noches, qué sé yo lo que le habría hecho, era yo un creminal por culpa del niño Javier, nó por mí mesmo!....pero después ¿q'iba yo á hacer mirándolo tan chiquitito, sin naiden más que tú que naiden eras no contando conmigo, mirando que los amos no te lo quitaban, ni mandaban por él, ni preguntaban si era vivo ó muerto, mirándolo en su cuna de pobre tan contento, tan gordo, tan sano, pegándote unas chupadas en el seno como si juera á devorártelo?...lo quise, sí, me conocía, se réia conmigo ¡yo nunca he sido malo!.... Luego, lo quise más, por lo que él quiso al mío, já mi hijo!....y luego, toavía más, por lo que al mío me recuerda.... De Damián yo no digo nada....yo ti hablaba del niño Jav..., del daño que á mí me hizo perdiéndote á

tí que no tuviste culpa, toda jué de él, de él solo, y como pa lo pasado no hay remedio, por eso bebo, cada vez que lo pasado resucita, y ora más que nunca, ora que él va á venir, que ya está en camino, que ya lo veo llegar.... (*Resueltamente*) Me voy pa mi monte, con mis animales, no nos vaya á antecoger á todos una desgracia.... De quedarme aquí, tengo miedo, me miro tan desamparado junto al amo!.... (Pa todos hay justicia, Loreto, pero pa nosotros, nó, te digo que no hay justicia!.... Ya lo ves, pa el que hurta, cárcel; pa el que se emborracha, multa; pa el que peliando hiere, más cárcel; al que mata, lo ajusilan, y pa el niño Javier (*bajando muchísimo la voz, con homicida entonación de odio reconcentrado*) que ti hurtó tu pureza, y se emborrachó del querer tuyo, y sin peliar te hirió y á mí á traición me dió muerte ¡que no es vida lo que yo cargo! ¿pa el niño Javier, qué ha habido?...ni cárcel, ni multas, ni soldados!.... Plata, harta plata; dicha, la hacienda entera, con nosotros y todo que seguiremos siempre junto al surco, cuidando de sus yuntas, dándole nuestro



sudor y nuestras vidas, dándonos todos, de padres á hijos, á los padres de él y á los hijos de sus hijos, siempre, siempre, siempre, porque nacimos abajo y ellos arriba, porque naiden, juera de Dios, se opone á que así suceda, ni naiden nos da la mano, ni á naiden le dolemos, ni naiden nos llora cuando nos morimos, ni hay justicia en esta tierra pa los que semos sus desgraciados....

LORETO—Pus por eso no te pierdas, Marcos, no bebas, júrame que ya no beberás, que cuando tu pena ti oque y como ora el sueño juya de tí, en vez del aguardiente de don Frutos, buscarás alivio en Loreto, tu mujer, la que tú alevantaste, la que sí se duele de lo que ti acontece, la que contigo viene sufriendo y sufriendo las mismas dolencias que por igual á los dos nos han golpiado.... Y en mi seno, cerca de nuestro pobre Damián que nada se imagina, pensando en nuestro otro hijo, nos juntaremos los tres, juntaremos nuestra miseria y nuestra desgracia, y ya verás, ya verás cómo alguna vez nos amanece, Marcos, y salimos de las tinieblas, camino de la luz, cogidos de las

manos; por delante, Damián, que es muchacho y es juerte, pa que nos aparte los abrojos de estos caminos de nuestras vidas que tanto han hecho sangrar á nuestros pobres pies descalzos; y pa que le sirva de apoyo á nuestros cuerpos viejos de trabajadores cansados.... (*profética*) ya lo verás, Marcos, ya lo verás, sin necesidad de ese aguardiente que te envenena y en otro te me cambia, ¡aguardiente maldito que me pierde á mi hombre y me lo vuelve malo!....

MARCOS—¡Ay, Loreto, si vieras de verdad tanta luz, si de verdad ese día amaneciera!....

LORETO—Marcos, la veo! ¿cómo quieres que nunca súbamos? ¿cómo quieres que nunca salgamos di onde estamos?.... Es juerza, Marcos, es juerza y es caridá! (*Pausa*) Y ora, vámonos, que pronto va á clariar, ya el monte se despierta y el trigo reza!....

MARCOS—Yo, pa la sierra, con mi ganado.... no quiero verlo, Loreto, no quiero....

(*Se disponen á retirarse y en el majestuoso silencio que anuncia el despertar de*



*los campos á un nuevo día, escúchase distintamente el murmullo melancólico del agua de la fuente.)*

LORETO—(poniendo atención al murmullo, que, de pronto, no se explica) Qué ¡lloras?....

MARCOS—(casi en secreto, apuntando al chorro y sin ahogar su ruido tristísimo que percibirá el público) Yo?.... nó! quien llora es l'agua, l'agua purísima que ha óido nuestros dolores, que sabe nuestros secretos porque de ella bebemos, y los de todos los que sufrimos en esta hacienda y en todas las haciendas.... (amplio ademán que abraza á la legión infinita é invisible de todos los desheredados del mundo) de todos los que sufren en todas partes!!!.... l'agua que Dios crió y hasta nosotros si abaja pa que en ella apáguemos nuestra sé y cálmemos nuestra angustia .... ¿no la oyes?.... llora por nosotros, por nuestros muertos, por lo que nos sucede y por lo que nos ha sucedido .... es l'agua, más caritativa que los amos, llorando el llanto que no si acabará nunca, el llanto tuyo y mío, Loreto, el llanto de los pobres!....

## ESCENA VII

*Damián, sin ver á Marcos ni á Loreto, que, al oírlo, se ampararán á la troje, se llegará al zaguán de la casa y llamará en él.*

DAMIÁN—D. Francisco!.... D. Francisco!.... ya son las cuatro y voy á enguar-necer!.... Acuérdesse de qui hoy llegan los amos!

TELÓN



*los campos á un nuevo día, escúchase distintamente el murmullo melancólico del agua de la fuente.)*

LORETO—(poniendo atención al murmullo, que, de pronto, no se explica) Qué ¡lloras?....

MARCOS—(casi en secreto, apuntando al chorro y sin ahogar su ruido tristísimo que percibirá el público) Yo?.... nó! quien llora es l'agua, l'agua purísima que ha óido nuestros dolores, que sabe nuestros secretos porque de ella bebemos, y los de todos los que sufrimos en esta hacienda y en todas las haciendas.... (amplio ademán que abraza á la legión infinita é invisible de todos los desheredados del mundo) de todos los que sufren en todas partes!!!.... l'agua que Dios crió y hasta nosotros si abaja pa que en ella apáguemos nuestra sé y cálmemos nuestra angustia .... ¿no la oyes?.... llora por nosotros, por nuestros muertos, por lo que nos sucede y por lo que nos ha sucedido .... es l'agua, más caritativa que los amos, llorando el llanto que no si acabará nunca, el llanto tuyo y mío, Loreto, el llanto de los pobres!....

## ESCENA VII

*Damián, sin ver á Marcos ni á Loreto, que, al oírlo, se ampararán á la troje, se llegará al zaguán de la casa y llamará en él.*

DAMIÁN—D. Francisco!.... D. Francisco!.... ya son las cuatro y voy á enguar-necer!.... Acuérdense de qui hoy llegan los amos!

TELÓN



## ACTO SEGUNDO

La sala de la «hacienda,» bien amueblada, con estera fina en el piso y un tapete grande en el medio. Muebles de caoba, antiguos. Piano. Araña de petróleo. Cuadros malos dentro de marcos que fueron buenos, en los que persiste el dorado aquí y allí. Cortinas de cretona en las tres ventanas del fondo, que dan á los campos. Derecha, una puerta que comunica con el portal del zaguán. Izquierda, dos puertas, que conducen á la habitación de los esposos Pedreguera la del segundo término, y al resto de la morada la del primero. Una mesa-escritorio, al fondo, recibiendo la luz de las ventanas. Dos veladores, uno con periódicos y libros escasos; el otro, con un gramófono; entrambos con carpeta. Mecedoras de bejuco. Una lámpara de pie, vieja, con *abat-jour* ó pantalla marchita y descuidada. Es de día.

## ESCENA I

*Don Andrés, revisando sentado unos papeles de su escritorio; don Francisco, de pie y apoyando un grueso libro de cuentas en la parte alta del escritorio.*

D. ANDRÉS—Pues, señor, parece mentira que no la encuentre, si acabó de tenerla en mis manos (*leyendo*) Querétaro... Zacatecas... Guadalajara... ¿dónde la habré

puesto, dónde?... (*reanuda la conversación sin interrumpir la busca*) estos años, Francisco, estos años incurables que nos lo van quitando todo poco á poco.... Y nos hacemos viejos, es decir yo me hice ya, hace rato.... Pues, decididamente no parece.... á ver, á ver.... sí hombre, sí, esa es! cuando yo le digo á Ud. que ya no sirvo para nada? Conque decíamos, Guadalajara, Martínez y Cía. 14,600 ¿no es esto?....

D. FRANCISCO—(*continuando la confronta*) 14,600; y Cuautla, Ampudia Hermanos Sucesores, 3,111....

D. ANDRÉS—(*afirmando*) ¡3,111!.... ¡cabal!

D. FRANCISCO—Viene luego el trigo.... (*hojeando el libro.*)

D. ANDRÉS—Que cotejaremos á la tarde, ó mañana, no me corre prisa (*alzando el visillo de una de las ventanas.*) Más la tengo de que Lupe se convenza, y por fortuna, no se ve el coche todavía. Podemos ponernos de acuerdo, en lo principal, se entiende! los detalles los arreglaremos con más calma.... (*sentándose en un sillón*) Siéntese, Francisco....



D. FRANCISCO—No, señor, estoy muy bien!...

D. ANDRÉS—Siéntese le digo, Francisco, y acerque su silla... Ahora, dígame Ud. Francisco, dentro de su criterio de hombre honrado, que lo es Ud. de sobra, si es que la honradez puede sobrar, ¿Ud cree que Damián es el hijo de Javier ó el de Marcos?... La verdad, Francisco, la verdad pura ó lo que Ud. crea que es la verdad... Pues yo, con mis ausencias de aquí, y, lo confieso francamente puesto que Lupe no nos oye, con la poquísima importancia que dí al suceso, nunca supe á ciencia cierta cuál de los dos granujillas era mi nieto, de la mano izquierda... Y como le advierto á Ud. que yo no creo en la virtud de los parecidos, ni encuentro que Damián se parezca en nada á Javier, aunque Lupe me lo jure, ¿ó Ud. también halla que en algo se le parece?... ¿verdad que no? (*ante un ademán evasivo de D. Francisco*) ¡en nada, hombre, en nada, ya quisiera!... Bueno, pues resulta que por una y otra causa, más por la segunda, no lo niego, por la ninguna importancia que dí á lo del descendiente de contrabando,

yo perdí la brújula; y cuando Ud., siguiendo mis instrucciones, me dió aviso de la muerte del hijo de Marcos, por calmar á Lupe, que no tiene Ud. idea de la conciencia que se ha traído siempre, ¡ya me volvía loco, Francisco, con lo de responsabilidad, y reparación, y el castigo que se nos espera!... ¡qué sé yo cuanto más!... le afirmé que el muerto había sido el hijo de Javier y que así quedábamos todos lo menos mal posible... y se lo afirmé, hasta cierto punto, de buena fe, creyéndolo yo mismo, por lo mucho que lo deseaba, sin duda... Ud. Francisco, es aquí el único, el único, Francisco, penétrese bien! que con voto autorizado puede devolverle á mi mujer la tranquilidad y á mí proporcionarme un alivio grandísimo!... ¿Verdad que el muerto era nuestro nieto (*con intención, aunque sin perder por completo el tono jovial de su discurso*) y Damián es el hijo de Marcos... verdad que sí?...

D. FRANCISCO—Pues, señor, la verdá, la verdá, es difícil afirmarla; y cuidado que yo los ví, al uno y al otro, casi desde que nacieron!... todavía durante el primer



año, á la legua se podía afirmar quién era el hijo del niño y quién el de Marcos... pero conforme crecieron, ó el uno se desarrolló mucho ó el otro muy poco.... andaban vestidos iguales, cogidos á las naguas de Loreto ó á las manos de Marcos, juntos rodaban por el suelo, juntos correteaban gallinas, juntos comían la misma comida y juntos corrían como pollitos, á refugiarse con la madre cuando ésta los llamaba... Y, yo á lo menos, me fuí acostumbando á no diferenciarlos.... Marcos no tenía preferencias visibles, delante de extraños.... lloraron tanto los dos cuando Luciano se murió.... ¡es muy difícil, señor, distinguir á dos muchachos en esa edad!....

D. ANDRÉS—Perfectamente, Francisco, estamos de acuerdo; pero como lo que se necesita es nada más que Ud. lo afirme, porque ha de saber Ud. que Lupe le profesa muchísima confianza, mucha, Francisco, para que se vaya Ud. enterando! si Ud. lo afirma, se concluyó el conflicto.... ¡con que, en qué quedamos? ¡quién fué el muerto, Francisco, quién fué el muerto?....

D. FRANCISCO—Pues, señor don Andrés, el muerto, me parece á mí....

D. ANDRÉS—Sí, hombre, sí, está claro!.... ¡quién fué?.... Acabe Ud!....

D. FRANCISCO—Pues, señor, el muerto fué el hijo de Marcos!!....

D. ANDRÉS—Mentira, Francisco, mentira, eso no puede ser!.... Yo le aseguro á Ud. que no puede ser!.... ¡no es posible que sea!....

D. FRANCISCO—(*ofendido*) Señor don Andrés! yo nunca he mentido y no había de mentirle á Ud. ahora que ya soy viejo....

D. ANDRÉS—(*arriando velas*) Yo no digo que Ud. mienta, Francisco, nó señor! cómo había de decirlo, ni de pensarlo ¡no se me atufe, Francisco!.... Lo que yo digo no es que Ud. mienta, yo digo que el hecho es falso, que nada puede asegurarse.... eso es lo que digo....

D. FRANCISCO—Y yo, señor, le repito á Ud., ya que Ud. me lo manda, que el muerto fué el hijo de Marcos!!

D. ANDRÉS—(*violento de nuevo*) Vamos, vamos, no hay que ser terco, Francisco! Y lo que yo necesito es que el muerto sea



el otro, el que según Ud. ahora vive.... eso es lo que se necesita, Francisco.... sobre que á eso hemos venido, á poner en claro este misterio de mis pecados.... Ud. puede, si quiere, salvar la situación, aseverándolo, y eche Ud., eche la inocente mentirijilla á mi cuenta....yo respondo, Francisco, yo respondo.... ¿no le basta con mi responsiva?.... *(en són de broma)* Soy solvente!!!

D. FRANCISCO—*(turbado por no querer rehusarse á las claras)* No digo que no, señor, pero....

D. ANDRÉS—*(familiar)* No hay pero que valga, hombre, pues no faltaba más!.... Ahora verá Ud. cómo lo arreglamos en un instante, ahora verá Ud. *(yendo á él y paseándose en seguida.)* Ud. dice, lo que es necesario que diga.... ah, hombre, estará Ud. echando pestes, ya no me acordaba que somos viciosos, fume, sí, fume....si no me molesta....encienda su cigarro....¿nó?...bueno, pues Ud. se la pierde....y adelante! Ud., Francisco, con su autoridad de administrador, me le habla á Marcos y á Loreto, bien hablado: su mucho de promesas, de pro-

mesas que se cumplirán ¡al pie de la letra! y su poquito de amenazas ¿eh?...y en el supuesto de que ellos se muestren muy reacios, más amenazas que promesas, en la inteligencia, de que también al pie de la letra las amenazas serán cumplidas.... ¿qué tal?... Así las cosas, tendremos nuestro melodrama; Lupe interrogará á la pareja y la pareja dirá, dirá eso, lo convenido....y venga paz, y contento y como en los cuentos, «entró por un....»

D. FRANCISCO—Señor, don Andrés, yo....á mí me da pena.... crea usted que no es desobediencia... pero yo no puedo servirlo á usted....yo no puedo hacer lo que usted me manda, porque no es cierto....

D. ANDRÉS—*(colérico)* ¡Hola! ¡hola! ¿tendré que recordar á Ud. que yo soy el amo?....

D. FRANCISCO—*(levantándose respetuoso)* Nunca se me olvida, señor, ni nunca tampoco le he faltado á Ud.... pero, en esta vez, no puedo servir al señor, y si el señor no se ofende, mejor dejo la hacienda, señor don Andrés, sin decirle



á nadie por qué, aunque crean que usted me despide....

D. ANDRÉS—Pues hombre, tendría gracia! ¿dejar la hacienda? ¿dejar la hacienda?.... ¿era la que me faltaba! para que Lupe descubriera el pastel y acabáramos peor de lo que estamos!.... Nó, señor, ni por pienso!.... *(transición)* Yo creía ¿qué candor á mis años, verdad?.... yo creía que la gratitud existe en este mundo; que las gentes que algo le deben á uno, no perdían la memoria; que medio siglo de comer el pan de un hombre honrado, de disfrutar de sus consideraciones y de su afecto, echaban raíces que, á la larga, florecían y daban fruto; que cuando el amo pedía un favor, no se le rehusaba, al contrario, y menos si como en el que yo pedía á nadie se perjudica.... Y nó, todas son boleras, le dicen á uno que nó, en sus bigotes, y todavía lo amenazan, dejarán la hacienda!.... Está muy bien Francisco, está muy bien, *(recalcando)* ¡Ud. me dispense!....

D. FRANCISCO—Ingrato yo, señor?... No me diga eso, ni desmemoriado tampoco, que no lo soy y menos con Uds....

pero, póngase el señor en mi caso, por un momento, y él sería el primero que me despreciara en seguida, aunque no me lo dijera nunca.... Pídame otra cosa, señor, que esté en mi mano, y así más me cueste la haré en el acto, pero....

D. ANDRÉS—Bah, bah, bah!.... palabrería pura! ¿Para qué tomarme ese trabajo, si lo que ahora pedía, tan sencillo, se me niega?.... Me ha dado Ud. una lección y un desengaño, y se acabó, no quiero más! con uno me basta!

D. FRANCISCO—El servicio no es tan sencillo, señor, fíjese!....

D. ANDRÉS—Hombre, ni que fuera Ud. un santo, que no lo es ni va para allá; gran cosa, decir que una criatura que se murió no era hijo de quien era, y que otra que vive sí lo es de quien conviene que sea! Si esto se lo pidiera yo á Ud. para desheredarlo, ó para seguirle algún mal grave, enhorabuena que Ud. me saliera con semejantes escrúpulos!.... Pero si de lo que se trata es de acallar los de mi mujer, de devolverle la tranquilidad de su conciencia y de su vida; de que Ud. sea el instrumento para



llevar á cabo mi obra, que no encuentre censurable, es mucho cuento que Ud. dé al traste con mis planes, sencillamente porque no le pega la gana de secundarlos.... No, Francisco, convenga Ud. en que es un ingrato, aunque el calificativo le pese....

D. FRANCISCO—Está bien, señor, le hablaré á Marcos y á Loreto, pero no me haga Ud. hablarle por derecho á la señorita....

D. ANDRÉS—(*radiante*) Pero si es lo esencial, cabeza de piedra! es lo esencial, que Ud. le hable á Lupe!....

D. FRANCISCO—Déjeme entonces pensarlo más, señor, y yo le aviso....

(*Ruido afuera del coche que regresa; risa de Blanca; chillidos de Beatriz y de D<sup>a</sup> Guadalupe; patear de bestias y rodar de llantas; chasquidos del látigo; voces:— ¡No las azotes, Damián, mételas despacio!....*)

D. ANDRÉS—Ahí están, que no sospechen!.... A la mesa! á la mesa con las cuentas.... y ha de ser ahora, Francisco, ahora mismo, que ya llevamos aquí

quince días y nada se ha hecho.... hoy preparo el terreno!....

(*Antes de que D. Francisco conteste, aparecen D<sup>a</sup> Guadalupe y Beatriz; D. Francisco, en vez de contestar, dice en voz alta, como si leyera del libro, junto al escritorio, en la postura del principio del acto*)

D. FRANCISCO—.... ¡Ampudia Hermanos Sucesores: 3, III!

D. ANDRÉS—(*como si descubriera á los recién llegados*) Mucho tardaron ¿venía el tren retrasado....?

BLANCA—(*desde bastidores*) Abuelito, abuelito! grítale á Damián que entre, que no sea indio!....

D. ANDRÉS—(*complaciente*) Entra, Damián, que Blanca quiere que entres!

## ESCENA II

*Dichos, Damián y Blanca*

D. ANDRÉS—(*benévolo y paternal, á Beatriz*) ¿Voló el pichón?....

BEATRIZ—(*indiferente*) Me tiene ya tan acostumbrada!.... Hasta me sor-



prendió que se aguantara quince días con nosotros, y en el campo!....

D. ANDRÉS—No tiene hechura, no tiene hechura!.... es un pájaro que nunca gustó del nido!.... y hay que dejarlo....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Por eso nunca le ha gustado, porque no le recortamos las alas desde temprano!

D. ANDRÉS—*(en broma)* ¿Sermoncito tenemos, mujer?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—De poco serviría; pues de lo que necesitamos tú y yo es de ejercicios....

D. ANDRÉS—*(jovial)* Por eso te he traído, para que aquí lo hagas, al aire libre.... Bien, Francisco, seguiremos mañana nuestra confronta y no se le olvide *(con intención)* que hoy mismo debe parecer ese documento....

BLANCA—*(que ha estado como discutiendo con Damián)* ¿Verdad, abuelito, que á mí también deben obedecerme?...

D. ANDRÉS—¿A tí?.... ya lo creo! comenzando por mí, hija mía! Tu menor capricho es ley y puedes hasta ordenar que se le prenda fuego á la hacienda.... ¡ya la tienes ardiendo!....

BEATRIZ—La va Ud. á poner insufrible con sus consentimientos....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Lo tiene sin cuidado, hija, su fuerte ha sido siempre el consentimiento....

BLANCA—*(á Damián)* ¿Lo ves?.... Me alegro!....

DAMIÁN—*(á Blanca)* Pus lo qu'es yo no lo hago, vaya!!

BLANCA—*(modosa)* Abuelito, pues dice Damián que él no me obedece....

D. ANDRÉS—*(que viene de acariciar á su nuera y de sonreír á su esposa)* ¿Qué has dicho, bárbaro, que no obedecerás á Blanca?....

DAMIÁN—*(turbadísimo)* Yo no, señor amo, yo nó!....

BLANCA—*(regocijada)* Sí que lo dijiste, ahora mismo! repítelo, anda, repítelo á mi abuelito!....

BEATRIZ—*(á Blanca)* Ten juicio, criatura!....

D. ANDRÉS—Nó, nó, déjala, á ver, ¿de qué se trata? *(encarándose con Damián.)*

DAMIÁN—*(siempre turbado)* Pus que diga la niña!....



(Doña Guadalupe se ha acercado á don Francisco y le habla con viveza.)

D. ANDRÉS—A ver, tú entonces ¿qué es ello?....

BLANCA—(zalamera) Abuelito, que desde antier quiero montar el «Azabache,» y Damián no quiere ensillármelo... y dice que si se lo mandan, él no responde ni me irá cuidando... ¡figúrate!...

D. ANDRÉS—En este momento vas y ensillas el caballo que quiere Blanca ¿estás?... y la acompañas, y me la cuidas más que á las niñas de tus ojos ¡habráse visto atrevido!... y líbrete Dios de que algo le suceda... ¡Dios te libre!...

DAMIÁN—(trémulo) Señor amo, la niña no puede montar el «Azabache»... es muy rejego y no sabe de mujer.... pregúntele á don Panchito....

BEATRIZ—¡Qué disparate, niña! Ya sabes que no me gusta que montes sola....

BLANCA—Si Damián me cuida, macacita, déjame montar!....

D. ANDRÉS—Sí, Beatriz, déjala.... yo me encargo de que vaya segura.... Francisco!.... (D. Francisco no oye por lo engolfado que se halla con doña Gua-

dalupe) ¡Francisco!!.... Pero hombre, ¿qué conciliábulo es ese?... ¡Francisco!!!

D. FRANCISCO—(cargado de sus libros) Señor!.... usted dispense!....

D. ANDRÉS—(temeroso) Nó, no hay de qué!.... ¿Ya acabaron de arreglar el mundo?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¡Anda con tu mundo!.... ¡Acuérdese de su ofrecimiento, Francisco!....

D. ANDRÉS—Dígame Ud., Francisco, ¿es cierto lo que dice éste? (por Damián) que Blanca no debe montar el «Azabache»?....

D. FRANCISCO—Ya lo creo que nó, señor! A Damián lo ha tumbado!.... ¿cuántas veces?....

DAMIÁN—(avergonzado) Nó, si jué que se mi atoró l'espuela, don Pancho!....

D. FRANCISCO—Nada de espuela, lo menos te ha tirado tres ocasiones!....

BLANCA—Chambón! chambón! ¿no dices que montas tan bien?....

D. ANDRÉS—Entonces, ni pensarlo, hija.... que te ensillen otro, el que diga Francisco....



D. FRANCISCO—¿Está aquí el «Gusano,» Damián?... ¿sí?... pues ensilla ese.... con permiso... (*mutis izquierda.*)

D. ANDRÉS—Y no te separes de Blanca, ni nada de carreras ni de locuras ¡cuidadito!... (*á Damián.*)

BLANCA—(*palmoreando*) ¡Ay, qué gusto! qué gusto! (*Besa á sus abuelos y á Beatriz*) Estrenaré mi amazona y mi sombrero ancho!... anda Damián, menéate, hombre, y avísame en cuanto acabes.... ¿Me ayudas, mamacita?....

(*Damián sale, derecha, y Blanca y Beatriz, izquierda.*)

### ESCENA III

*Don Andrés, doña Guadalupe*

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Nó, no te vayas, Andrés, que tengo que hablarte; siéntate, y acabemos de una vez con lo que tantas me has ofrecido que acabaríamos á gusto mío....

D. ANDRÉS—(*en broma fingida*) Siéntome, hija, siéntome dispuesto á que acabemos con cuanto desees.... parece mentira que no quites el dedo del renglón y que persistas en esto que ya en ti es casi una manía.... ¿cómo quieres que lo acabe?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Habla bajo, por lo pronto, que no ha de tardar Blanca, y en cuanto á la manera de acabarlo, allá tú! ¿No me ofreciste pruebas convincentes, á puñados, decías, aquí, sobre el terreno?... pues muéstramelas, que nada le pido á Dios tanto como quedar convencida....

D. ANDRÉS—(*en serándose*) Lupe, te convenceré plenamente, te lo he ofrecido y te lo cumpliré.... ¿cuándo?... hoy quizá, mañana, en cuanto tú te decidas, que no creo te decidirás por la desconfianza en mí que ello revela, (y nunca te dí motivo para desconfiar!) á tener una entrevista con Marcos y Loreto, y á sujetarlos al interrogatorio más minucioso, á interrogar al mismo Francisco, á quien tanto estimas por su rectitud, y con razón!.... Ya que no me has creído á



D. FRANCISCO—¿Está aquí el «Gusano,» Damián?... ¿sí?... pues ensilla ese.... con permiso... (*mutis izquierda.*)

D. ANDRÉS—Y no te separes de Blanca, ni nada de carreras ni de locuras ¡cuidadito!... (*á Damián.*)

BLANCA—(*palmoreando*) ¡Ay, qué gusto! qué gusto! (*Besa á sus abuelos y á Beatriz*) Estrenaré mi amazona y mi sombrero ancho!... anda Damián, menéate, hombre, y avísame en cuanto acabes.... ¿Me ayudas, mamacita?....

(*Damián sale, derecha, y Blanca y Beatriz, izquierda.*)

### ESCENA III

*Don Andrés, doña Guadalupe*

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Nó, no te vayas, Andrés, que tengo que hablarte; siéntate, y acabemos de una vez con lo que tantas me has ofrecido que acabaríamos á gusto mío....

D. ANDRÉS—(*en broma fingida*) Siéntome, hija, siéntome dispuesto á que acabemos con cuanto desees.... parece mentira que no quites el dedo del renglón y que persistas en esto que ya en ti es casi una manía.... ¿cómo quieres que lo acabe?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Habla bajo, por lo pronto, que no ha de tardar Blanca, y en cuanto á la manera de acabarlo, allá tú! ¿No me ofreciste pruebas convincentes, á puñados, decías, aquí, sobre el terreno?... pues muéstramelas, que nada le pido á Dios tanto como quedar convencida....

D. ANDRÉS—(*en serándose*) Lupe, te convenceré plenamente, te lo he ofrecido y te lo cumpliré.... ¿cuándo?... hoy quizá, mañana, en cuanto tú te decidas, que no creo te decidirás por la desconfianza en mí que ello revela, (y nunca te dí motivo para desconfiar!) á tener una entrevista con Marcos y Loreto, y á sujetarlos al interrogatorio más minucioso, á interrogar al mismo Francisco, á quien tanto estimas por su rectitud, y con razón!.... Ya que no me has creído á



mí, ó que me supones engañado, me da lo mismo, ellos, serán ellos, los interesados y el testigo del asunto que te has empeñado en convertir en una montaña sin serlo.... ¡por supuesto que sin serlo, aunque de nuevo me llames de manga ancha, como sueles! ellos serán los que te arranquen esa venda que te ciega y te affige en tu conciencia de dama virtuosa y buena.... aguarda, aguarda á que acabe!....ellos te dirán juntos ó separados, en mi presencia ó ausente yo, que esa criatura muerta era el hijo de nuestro hijo, y Damián, el superviviente, el hijo de Marcos ¡como lo oyes y aunque muevas la cabeza! el hijo de Marcos.... ¿no es prueba concluyente? ¿cuál otra quieres?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Bien sabes que con esa me basta y que es la única que siempre te pedí... Sólo me alarma, y no te ofendas, sólo me alarma que hasta hoy accedas....

D. ANDRÉS—Permíteme, hija, permíteme! pero es pura suspicacia tuya, confíesalo! Si nosotros no nos hubiéramos marchado de la hacienda primero, y de

México después,—y nó por días ni por meses, sino por años,—muy santo y bueno que te alarmara la dilación, pero comprenderás, hija mía, que ni desde México, ni desde Europa mucho menos, podía yo satisfacerte como te satisfago ahora.... Por supuesto, te lo vuelvo á repetir y te lo repetiré sin cesar, que es una satisfacción perfectamente ociosa, como ocioso ha sido que á partir de la calaverada de este muchacho.... ¡calaverada y nada más que calaverada, no me interrumpas!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Sí, sí te interrumpo Andrés. ¡Ya sabes que ni entonces, ni ahora, ni nunca he consentido en que reputes calaverada, lo que para mi conciencia se llama falta y falta muy grave.... gravísima!....

D. ANDRÉS—Pareció el peine!....y vamos á enzarzarnos en lo que hemos discutido millones de veces!.... ¡Falta gravísima!!....¿para qué la palabrota y el superlativo y la entonación dramática?.... Calaverada, sí señor, calaverada que todos los muchachos, en circunstancias idénticas, ejecutan; que todos los padres tapamos lo mejor que podemos,



y que á poco se olvida ¡claro que se olvida! sin que los astros detengan su curso, ni el equilibrio europeo se altere, ni el problema de la plata se agrave ó el de la evangelización de los chinos se mejore.... En definitiva ¿qué es?.... una criatura más en el mundo, á la que se le presta un padre como se le regalaría ropa usada con que cubrir su desnudez; que crece y vive tan satisfecha, sin saber nada de sus orígenes, ni importarle tampoco que sean legítimos ó falsificados, y que Uds. la pasen bien....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Andrés, Andrés ¿pero es posible que creas lo que dices? ¿que no temas al castigo? ¿que nunca te asalten remordimientos?.... ¿cómo puedes sostener que tienes religión?....

D. ANDRÉS—¡Adiós de mi dinero!.... estalló el volcán!.... Mira, hija, comprende que á mis años, y con la familia á que pertenezco ¡familia de siglos! y con la vida que he llevado, no necesito hacer profesión de fe.... Cristiano soy, y rancio; caballero por mis cuatro costados, ¿á qué, pues, echarme ese coco, Lupe, de que cómo sostengo que profeso una

religión? No desvaríes, hija, no exageres la nota, te lo suplico!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Quien la exagera eres tú....tú, tú, así te encolerices!....tú!

D. ANDRÉS—¿Yo, eh?....¿con que yo?....¿y en qué exagero, tienes la bondad de decírmelo?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Sí que te lo diré.... ¡sobre que te lo he dicho desde que me penetré de tu carácter!.... y mira si ha llovido desde entonces....! Exageras, precisamente en escudarte con tu origen del que tan ufano te muestras, y con justicia, pero que no por ser tan alto y limpio lo es más que el mío, Andrés; en escudarte con él para tratar de manera diversa, como todos los de nuestra clase,—no lo niego pero tampoco lo apruebo ni jamás lo he aprobado, á tí te consta!—en tratar de manera diversa á los que declaras tus iguales y á los que declaras tus inferiores.... En eso exageras!....

D. ANDRÉS—Gran papel habrías hecho tú cuando la Revolución francesa, Lupe, que de que se toca esta tecla, desafinas, hija, desafinas, créemelo!.... (*irónico*) Y aunque ello te enoje, yo protesto,



y me opongo y no consiento ni consentiré que me consideres igual al mismo Marcos, por ejemplo, ó al mejor de los peones.... ¡nó, nó y nó! Ni física ni moralmente somos iguales ¡qué ocurrencia!... ni tú, en el fondo, crees en lo que me predicas tan seria.... Y tú, tú con esa caridad cristiano-socialista, habrías sido la primera en oponerte á que Javier hubiera casado con Loreto, (*muy irónico*) para reparar su deshonor, y á que Loreto ocupase el puesto de Beatriz!.... Ya te figuraste recibiendo visitas en tu casa y teniendo que presentar y que asistir á tu nuera campesina?.... Ja, ja, ja! Nó, hija, nó, todo eso está muy bueno para leído en novelas, y hasta para oído en sermones, pero en la práctica y á pesar de tus misticismos, no pasa, no pasa y no pasa.... Además....

(*Entra Blanca vestida de amazona y sin anunciarse*)

BLANCA—¿Te gusto, abuelito?....

D. ANDRÉS—(*con idolatría*) Nó, no me gustas, me encantas hija mía! Ven, ven, acércate; mira qué busto, Lupe, mira qué busto!.... Vuélvete (*á Blanca*)

nó, á la izquierda, eso es!.... alta, alta, derechita!.... Ven á besarme, anda, ven á besarme y anda y diviértete....

(*Aparece Damián, de chaparreras nuevas y con espuelas, derecha.*)

DAMIÁN—Listo, niña Blanca, aquí están ya los pencos....

BLANCA—(*Luego de besar á los abuelos*) Has-ta lue-go!.... (*al llegar á Damián, se acuerda*) Ah, que dice mi mamá que no saldrá hasta que comamos, porque ya saben que siempre que se levanta temprano, le duele la cabeza....

D. ANDRÉS—Te veré montar, vamos.... Damián, cuidado!....

(*Se detiene en la puerta, derecha, afuera.*)

Despacio, despacio; pon bien la pierna.... ah, ah!.... que no se te arrugue el vestido!.... afloja, afloja la rienda un poco, y el látigo quieto, así, así.... anda con Dios! (*entrando se dirige á una de las ventanas cuyos visillos levanta para seguir con la vista á la pareja que sale*) Ven, Lupe, ven á verla!.... mírala qué linda!.... mírala!.... ¿la ves?.... erguida, elegante, bella!.... hasta Damián se



ve guapo... ¡se sienta tan bien á caballo el condenado!... Miralos, mira qué pareja, míralos á los dos, es un cuadro!... míralos empapados de sol, y congestionados de juventud y de salud y de fuerza, rumbo á los campos y á la vida!... (*taciturno, deja caer el visillo y sube con doña Guadalupe al primer término*) Ah, vida, vida!... que se nos va á nosotros y á ellos los arrulla, á los jóvenes!... ¡pobres de los viejos!... (*desechando la visión*) Ea! acabemos nosotros nuestra charla y que te llamen á Marcos y Loreto!... á nuestros iguales ¿no?... ¡ja, ja, ja!...

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¡A nuestros iguales, Andrés, mal que te pese! ¿Por qué, si no, ahora te ríes de esa igualdad que has sido el primero en reconocer en este instante?...

D. ANDRÉS—¿Qué yo he reconocido esa igualdad? ¿en este instante?... Lupe, si no estoy sonámbulo! Cuando y con motivo de qué la he reconocido?...

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Ahora mismo, al ver partir á Blanca y á Damián!...

D. ANDRÉS—¿Yo?... pues no recuerdo!...

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¿Por qué alababas á la pareja, si par no puede haber entre dos cosas que no son iguales?...

D. ANDRÉS—¡Pues, hija, ni el mejor abogado se mete contigo! ¿Qué tiene que ver el que yo alabara el grupo, si en realidad me gustó, y hasta me dió envidia, con que suponga por ello iguales á las dos personas que accidentalmente lo formaban?... ¿Ves cómo exageras la nota y desafinas, lo ves?

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¿Qué no tiene que ver?... y más de lo que te figuras! Al verlos, á los dos juntos, á los dos sanos, á los dos jóvenes y á los dos fuertes, al verlos como decías, camino de los campos y camino de la vida; de esta vida que á nosotros por viejos nos hace á un lado! no te ocurrió que ella, tu nieta, era el ama, y él, Damián, el que te empeñas en que no sea tu nieto, era el siervo!... ¿Y sabes por qué no se te ocurrió?... pues porque el sol, que por igual les va quemando el rostro, y el aire que por igual los irá acariciando, y los campos y la vida á que se encaminan, más sensatos y más humanos que nosotros, no hacen diferen-



cias entre los amos y los siervos, á unos y á otros los tratan lo mismo, al punto, que un señor aristócrata é instruído como tú, se ciega con la belleza del cuadro y sólo atina á aplaudirlo, á envidiarlo, y no le ocurre censurar á la naturaleza, ni llamarla socialista, ni reírse de ella porque en su obra infinita y eterna no tiene tiempo para ocuparse en las gradaciones en que nos ocupamos nosotros, por pequeños, por vanidosos, por imperfectos! . . .

D. ANDRÉS—*(entre irónico y convencido)* ¡Lupe, que te me vas á las nubes! . . .

D. GUADALUPE—¡Por eso, porque tenemos que irnos tú y yo á las nubes, ó más allá ó más acá ¿qué sabemos? . . . porque tenemos que irnos y dar cuenta de lo que hemos hecho de malo y de bueno, por eso no quiero que llevemos esta carga más, que no tiene perdón! . . .

D. ANDRÉS—Calma, Lupe, calma! que si se te deja hablar, ni tú misma sabes en dónde pararás! . . . Ya tuviste tu arranque á propósito de la naturaleza, no te me arranques ahora con la igualdad ante el sepulcro *(con sorna)* que es tema peliagudo y de muchísima enjundia . . .

D. GUADALUPE—Andrés, no echés á la broma ciertas cosas, te lo suplico . . .

D. ANDRÉS—Es que si no las echo á la broma no tengo á dónde echarlas . . . ¿A qué viene todo eso de que tenemos que irnos y que dar cuenta y que ir aligerados? . . . Comprende, mujer, que no hay que extremar las pequeñeces, ni que ver lo diminuto con vidrio de aumento . . . Deja el mundo como se halla, rodando, rodando con sus vicios y todo, y no trates de atajarlo en su rodar ó en su despeñamiento, porque corres el riesgo de que te aplaste sin sacar ni la menor ventaja . . . Si somos pequeños, y vanidosos, é imperfectos ¿qué le vamos á hacer? . . . Ni tú ni yo convertiremos en perfectos á la caterva de prójimos, y prójimas, que andan por ahí, y han andado siempre, tan tranquilos y tan quitados de la pena . . . No te metas á redentora, que ya sabes el premio reservado á los que redimen: la cruz, Lupe, la cruz, y la rechifla! . . .

D. GUADALUPE—Tómala tú como gustes, Andrés, que en cuanto á mí, me basta con que mi conciencia me apruebe ó me repruebe mis actos, para conocer cuán-



do obro mal y cuándo obro bien....Y en esta vez, me ha dicho siempre que obramos mal y que debemos corregir el yerro....

D. ANDRÉS—Pero ven acá, hija mía, y creo que esta será la ocasión millón y tantas que te lo repito. Supongamos, fijate, es un suponer, supongamos que Damián sea en efecto el hijo de Javier, (*con intención*) nuestro nieto!....¿cómo quieres que á los años mil vayamos saliendo con niñería semejante y demos la campanada de que Javier lo reconozca, con riesgo de que Beatriz proteste ó no le agrade, y de que Blanca ¡mi Blanca idolatrada, qué enormidad! lo tutee y lo llame hermano suyo y como á hermano lo trate y quiera?....¿Te cabe en el juicio? ¡la verdad! ¿te cabe en el juicio?....¿no temes que el mundo entero nos tome por un par de viejos chochos y que nos despachen á un manicomio?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—No te niego lo posible que sería que así interpretaran nuestros iguales el cumplimiento de un deber, no lo niego, ¿pero, qué puede importarnos más, que los que pecan con nos-

otros nos absuelvan mundanamente, ó que Quien debe juzgarnos, para siempre nos condene?....

D. ANDRÉS—Ah, nó, desde ese punto de vista, claro que tú tienes la razón.... aunque, ni seríamos los primeros ni seremos los últimos....¡desdichadamente, sí, concedido, desdichadamente!....pero así será, creeme á mí, así será, y....en definitiva, al muchacho, ya te lo he dicho, lo educaríamos, hasta en Europa ó en los Estados Unidos, haciéndolo desgraciado quizás, y sin quizás, por haberlo sacado de su medio y despertándole ambiciones que dejándolo tal y cual se encuentra ni en pesadilla se le han de haber venido á las mientes; pero lo haríamos ingeniero, ó maquinista, ó el demonio coronado, lo que tú digas, sin que sea menester,—y te hablo siempre bajo un supuesto,—armar un escándalo, ni ponernos en el ridículo en que nos pondríamos con este paso á dos, que ni en las comedias, Lupe, ni en las comedias suelen verse muy á menudo....

D<sup>a</sup> GUADALUPE.—Nó, no suelen verse muy á menudo en las comedias, es ver-



dad, más á menudo se ven en la vida real, entre los que no somos actores titulados de ningún teatro de paga, sino de este otro teatro grande en el que nunca sabemos á ciencia cierta qué es lo que somos, si actores ó espectadores, ó espectadores y actores á un mismo tiempo....

D. ANDRÉS—Además, hija mía, estamos peleando y desde hace años peleamos por una cosa que ni tú ni yo sabemos con exactitud.... Sí, sí, ya sé lo que vas á decirme, me lo sé de memoria, que hay indicios y probabilidades y un puñado de circunstancias más.... Pues, que nos saquen de dudas, á tí especialmente, y entonces resolveremos lo que mejor convenga, (*afectuoso*) de acuerdo, como siempre hemos resuelto las pocas dificultades serias con que hemos tropezado en nuestra ya larga vida conyugal; sin que tú te preocupes fuera de medida; sin amargarnos nuestros años finales, que ya sabes que siempre fuí enemigo de buscarme amarguras.... las que sin remedio encima se nos vienen, sufrirlas puesto que no cabe otro recurso, pero las que puede uno ahuyentarse, ahuyentarlas, Lupe, ahuyentarlas á cual-

quiera costa.... (*Deseando terminar*) Voy á llamarte á Francisco, para que comience tu inquisición.... (*llegándose á la puerta de la derecha*) ¡Francisco!!!.... Y conste que todo esto del interrogatorio es contra mi gusto; detesto que los criados se enteren y comenten lo que á uno le ocurre.... de consiguiente, te ruego que ni ahondes demasiado ni le des alas á nadie, ni al mismo Francisco, quien será todo lo bueno que quieras, pero que, en el fondo, no se halla ni jamás se ha hallado al nivel nuestro ¡no lo olvides!.... ¿Quieres por fin que yo presencie la escena ó nó?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Con Francisco, déjame sola, hazme favor; con Loreto y Marcos, está presente ¿no es lo prometido?....

D. ANDRÉS—Sea, hija, sea, y.... (*reparando en Francisco que asoma por la derecha*) pase, Francisco, pase; Lupe va á preguntarle algunas cosas relativas



á... ella le dirá, Francisco, ella le dirá... yo ya vuelvo, saldré, para que ustedes queden en libertad... *(al pasar junto á Francisco y en voz baja y rápida)* ¡Por Dios, Francisco, no me éche á perder mi arreglo!...

#### ESCENA IV

*Doña Guadalupe, Francisco*

D<sup>a</sup> GUADALUPE—*(benévola)* Siéntese, Francisco, que la cosa va larga y me daría pena tenerlo en pie tanto tiempo; siéntese, siéntese, le doy permiso...

D. FRANCISCO—*(sentándose casi en el borde de una silla)* Ud. dirá, señorita, en qué puedo servirla...

D<sup>a</sup> GUADALUPE—*(con cierta solemnidad que irá aumentando conforme lo requiera el desarrollo de la escena)* Francisco, no le extrañe esta nueva prueba que voy á darle, con autorización de Andrés por supuesto! de la estimación en que lo tengo, ni vaya después de lo que hablemos

á comunicarle á nadie el delicado asunto de nuestra plática, aunque transcurran muchos años Francisco, ¡á nadie!, y sean cuales fueren mis preguntas y sus respuestas...

D. FRANCISCO—*(por cobrar bríos)* ¿Quiere Ud. que cierre?...

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Bueno, sería mejor, para que no nos interrumpen...

D. FRANCISCO—*(después de haber cerrado entrambas puertas de comunicación)* Ya está, señorita!... *(se sienta de nuevo, siempre encogido.)*

D<sup>a</sup> GUADALUPE—No tengo que apelar, Francisco, á la honradez de Ud., pues, le repito, que precisamente porque la conozco y estimo he querido tener con Ud. esta entrevista; tampoco creo necesario advertirle que aunque el asunto de que vamos á ocuparnos es de suyo delicado y aun en cierto modo impropio de una señora, mis canas y mi condición especialísima á ello me autorizan, por lo que Ud. podrá contestarme según vaya siendo indispensable, sin callarme, hasta cierto punto nada más ¿eh?, los detalles y pormenores que yo le pida.... Y desde



á... ella le dirá, Francisco, ella le dirá... yo ya vuelvo, saldré, para que ustedes queden en libertad... *(al pasar junto á Francisco y en voz baja y rápida)* ¡Por Dios, Francisco, no me éche á perder mi arreglo!...

#### ESCENA IV

*Doña Guadalupe, Francisco*

D<sup>a</sup> GUADALUPE—*(benévola)* Siéntese, Francisco, que la cosa va larga y me daría pena tenerlo en pie tanto tiempo; siéntese, siéntese, le doy permiso...

D. FRANCISCO—*(sentándose casi en el borde de una silla)* Ud. dirá, señorita, en qué puedo servirla...

D<sup>a</sup> GUADALUPE—*(con cierta solemnidad que irá aumentando conforme lo requiera el desarrollo de la escena)* Francisco, no le extrañe esta nueva prueba que voy á darle, con autorización de Andrés por supuesto! de la estimación en que lo tengo, ni vaya después de lo que hablemos

á comunicarle á nadie el delicado asunto de nuestra plática, aunque transcurran muchos años Francisco, ¡á nadie!, y sean cuales fueren mis preguntas y sus respuestas...

D. FRANCISCO—*(por cobrar bríos)* ¿Quiere Ud. que cierre?...

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Bueno, sería mejor, para que no nos interrumpan...

D. FRANCISCO—*(después de haber cerrado entrambas puertas de comunicación)* Ya está, señorita!... *(se sienta de nuevo, siempre encogido.)*

D<sup>a</sup> GUADALUPE—No tengo que apelar, Francisco, á la honradez de Ud., pues, le repito, que precisamente porque la conozco y estimo he querido tener con Ud. esta entrevista; tampoco creo necesario advertirle que aunque el asunto de que vamos á ocuparnos es de suyo delicado y aun en cierto modo impropio de una señora, mis canas y mi condición especialísima á ello me autorizan, por lo que Ud. podrá contestarme según vaya siendo indispensable, sin callarme, hasta cierto punto nada más ¿eh?, los detalles y pormenores que yo le pida.... Y desde



luego (*tratando de sorprenderlo*) ¿le dijo á Ud. Andrés que yo quería hablarle de algo importante?....

D. FRANCISCO—(*muy turbado por hallarse obligado á mentir*) Nó, señorita, el señor nada me ha dicho....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¿De veras, Francisco?... en las dos semanas que llevamos aquí ¿nada le ha dicho?... ¡No me engañe, Francisco, no me haga perderle la confianza que me inspira desde hace tanto tiempo!.... ¿De veras nada le ha dicho Andrés, ni nada le ha escrito?....

D. FRANCISCO—(*con visible esfuerzo*) ¡Nada, señorita!.... quiero decir... nada de lo que Ud. dice de asunto grave.... no sé á qué asunto se referirá Ud....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Debía Ud. habérselo sospechado ya, Francisco, al asunto.... ¡qué vergüenza!.... al asunto del hijo que tuvo Javier en Loreto, hace varios años.... ¿De éste (*con intención*) nada le ha hablado Andrés?....

D. FRANCISCO—Ah! de ese sí, pero no ahora, ahora nó, me habló de él entonces, y me encargó que estuviera pendiente del nacimiento, y del bautismo, y de lo que

pasara con la criatura, con Loreto y con Marcos....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Pues bien, Francisco, no sé si Ud. recordará,—puede que ni lo haya sabido!—que el horrible suceso á mí me lo ocultaron todo lo más que pudieron; posible es que hasta á Ud. le dieran órdenes en ese sentido ¿verdad?....

D. FRANCISCO—Sí, sí me las dieron; el señor me dijo que quería ahorrarle á Ud. el disgusto que le causaría saber lo que el niño Javier había hecho....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Pues el disgusto me vino al fin, en cuanto supe el sucedido, que fué bien pronto.... ¡Y calcúlese Ud., Francisco, para mis ideas, que no son un secreto para nadie, calcule Ud. lo que sentiría de que mi hijo, ¡mi hijo! fuera el culpable de una cosa tan espantosa!.... Ud. sabe, Francisco, cómo me he preocupado siempre de que, hasta donde ello es posible, se procure moralizar ¿por qué no?... á estos infelices, que pecan, en ese capítulo, más por rudeza que por maldad.... Ud. ha de recordarlo, Francisco, desde mis primeros viajes á la hacienda, de muy recién casada, mi empeño de que



los noviazgos acabaran como Dios manda, de que los chicos, al crecer, sepan que sus padres son casados.... ¡Me ha dado siempre una tristeza tan grande ver que las muchachas del campo se pierdan sin arrepentirse ni casi importarles su pérdida!.... ¡Ya ve Ud. cómo caen, Francisco, como las hojas! ...

D. FRANCISCO—(*seducido por la exactitud del símil*) ¡Como Ud. dice caen, señorita, como las hojas!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—....y si su caída siempre me interesó, si siempre procuré hasta donde me ha sido posible, ó evitársela ó aminorarles los resultados cuando de sus iguales se trata, figúrese Ud. si habré sufrido con que mi hijo ¡á quien no disculpo aunque sea hijo mío! haya sido el causante de una de estas caídas que traen tras sí tantísimas otras, de todas clases, de todos tamaños, Francisco, y de las que, más que ellos mismos, yo creo que nosotros, los amos, somos los responsables.... Aunque Andrés, y muchos, me critiquen y me llamen exagerada y visionaria....yo sigo creyéndolo.... Y si cuando sé que los causantes de ellas son

los peones, los vaqueros, todos estos pobres que no saben ni dónde tienen la mano derecha, le consta á Ud., Francisco, que me apeno y que más de un casamiento se ha hecho por especial encargo mío, se imaginará los remordimientos incesantes que me acosan por no poder, con mayor razón porque está de por medio mi hijo, reparar el mal causado.... Pero, y crea Ud. que es mi atenuante, cuando yo supe esto, no había remedio; Javier y Beatriz estaban presentados ya, su boda era casi un hecho y el romperla habría sido un nuevo mal.... luego, que con la ocultación, mientras yo procuraba posponer siquiera el matrimonio, el tiempo corría, volaba, mejor dicho! y Andrés, guiado por propósitos buenos para su modo de ver estas cosas, no cejaba en su empeño y casó antes á Loreto con Marcos, sin decirme á mí nada, hasta que Ud. avisó que ya se habían casado....

El matrimonio de Javier se efectuó, y yo, en los primeros tiempos, fuí débil, Francisco, lo confieso! y cedí, dejé que el hijo de mi hijo continuara en las sombras, por poco tiempo, me decía yo á mí misma



por vía de disculpa, por poquísimos tiempo, el indispensable para que á Beatriz, que ninguna culpa tenía, no se le enturbiara su luna de miel.... pretextos, Francisco, complacencias que tenemos todos para disculpar nuestros malos proceder.... ¡No debí haber cedido, no señor, que si en mi casa todos se habían vueltos locos y yo me tenía por cuerda, no fué cuerdo obrar como obraban ellos, ni plegarme á sus reflexiones y consejos!!! (*Seria*) Ya considerará Ud., Francisco, si me inspira confianza desde el momento en que lo entero de todas estas intimidades.... correspóndala Ud. no engañándome en lo que voy á preguntarle!

D. FRANCISCO—(*con la brújula enteramente perdida*) Yo le ofrezco á Ud., señorita, que.... que de lo que yo sepa y Ud. me pregunte, le diré la verdad, ya lo creo....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Ya vamos á llegar al interrogatorio, ya vamos; antes, sólo le diré que, casual ó nó, se atravesó nuestro viaje á Europa, en donde, á los tres años de permanencia, para mí siempre acibarada con el torcedor de lo que aquí habíamos

dejado en una situación (*irónica*) oh, muy buena ¡magnífica! de las tantas que los códigos sancionan, pero no las conciencias, que me parece á mí, no hay ni pizca de conciencia en ningún código del mundo!....se me adelantó la muerte y me quedé más desconsolada que antes.... ¿qué chiquillo había muerto, el de Javier ó el de Marcos?.... Y Andrés, claro! desde un principio se aferró á que el muerto era el hijo de Javier, aduciéndome una porción de pruebas, en su mayoría, afirmábame él, suministradas por Ud., á encargo suyo.... Una fiesta volvió el fallecimiento de esa criatura, que, por su edad, se habría marchado ya al Cielo, derechito, ó al Limbo cuando mal le hubiera ido,—decíame echándolo todo á la broma,—si Ud. se había olvidado de la estricta observancia de mis reglamentos que previenen que á todo muchacho nacido en la hacienda lo que primero se le aplique sea el agua del bautismo.... Y lo extraño es, que ni entonces ni ahora, nó, nunca creí, á pesar de que ello nada tendría de imposible, que el muerto hubiese sido el hijo de Javier.... ¿Por qué?, me preguntará Ud....



D. FRANCISCO—(*interrumpiéndola*) Yo no pregunto nada; señorita....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Pero lo pensará, que es igual, pues yo misma desde entonces vengo preguntándomelo: ¿por qué no creer en lo que me decían, si se hallaba dentro del orden natural y daba la mejor solución posible á todos los conflictos?... pues por eso mismo, porque todo lo arreglaba á pedir de boca, por eso era, y es, increíble.... ¿no le parece, Francisco?....

D. FRANCISCO—Pues, realmente, no sabe uno qué decir....(*ademán evasivo.*)

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Es que hay más, Francisco, hay más. Ya sabe Ud., todos se lo hemos dicho y Ud. lo palpa, que en esta casa todos estamos enfermos de idolatría por Blanca, en escala ascendente como tenía que ser, es decir, queriéndola más, mil veces más, nosotros los abuelos que sus mismos padres, á quienes, sin embargo, no puede tachárseles de desamorados; es que ellos la quieren únicamente como padres y nosotros como abuelos.... Desde que nació esta niña ¿creerá Ud. que lo del hijo de Loreto ¡mi remordimiento! se me empe-

queñecía y aun lo olvidaba del todo? ¡Y nadie me lo quita de la cabeza! de la infancia de Blanca sacamos resistencia y fuerzas Andrés y yo para soportar aquellos climas implacables y nuestras nostalgias de viejos por nuestro rincón y nuestra casa.... Que nevaba, afuera, en la calle, y se ponía todo blanco, todo helado, todo tristísimo?... pues, junto á la nieta, á calentarnos con el aliento de Blanca, con mirarla dormir y reírnos!.... Que nos nevaba á nosotros, por dentro, con más frecuencia que en la calle, y se nos enblanquecía la cabeza, y se nos helaban los años, y los recuerdos y los anhelos nos entristecían?... pues con la nieta también! á calentarnos por dentro, con el amor á Blanca que inconscientemente nos lo devolvía, con su risa, con su sueño, con su charla, con saber nosotros que vivía y que era nuestra nieta!.... Así resistimos los inviernos, Francisco, créame Ud!....

D. FRANCISCO—(*melancólico*) Yo nunca tuve hijos, señorita, pero siempre me he imaginado todo eso que Ud. me dice ahora....



D<sup>a</sup> GUADALUPE—En más de una ocasión, sin embargo, esa dicha mía,—de la de Andrés no sé!—turbóse con el recuerdo inopinado del otro, (*bajando la voz con rubor*) de nuestro nieto de acá, el repudiado, al que habíamos fabricado un padre postizo, sin derecho ninguno, por bien parecer ante parientes, conocidos y amigos, ante la buena sociedad (*con sarcasmo*) en que ocupamos por nacimiento y por caudal un prominente sitio....podíamos andar poco aseados de la conciencia, con tal que vistiéramos con elegancia, y laváramos y perfumáramos nuestro rostro para que el rubor no se advirtiera; con tal que calzáramos guantes en nuestras manos culpables.... Y Andrés, por ceder él me arrastró á mí!.... Pero lo que yo decía, Francisco, cuando me comía á besos á Blanca, que se reía, se reía de los extremos de su abuela!.... lo que yo decía: malo, malísimo que tratemos á estos cuerpecitos mejor ó peor de cómo deben ser tratados, al fin y al cabo son miseria y barro, y los hacemos nosotros que somos otro tanto, barro y miseria ¿verdad?... pero dentro de cada cuerpo

hay una alma, y las almas son hechas por Dios que no es ni miseria ni barro.... Dios no se preocupa de nuestros cuerpos que han de podrirse y agusanarse; por eso nosotros, los dividimos en esclavos y amos, en ricos y pobres, en felices é infelices, en negros y blancos, en vestidos y en desnudos.... ¡Dios, nó! Dios cría iguales á todas las almas, y cuando vuelven á El, no las premia ó castiga por la cárcel que tuvieron aquí abajo.... para Dios no hay almas siervas ni hay almas señoras, sólo hay almas....! (*Pausa.*)

Y el alma de mi nieto, el rechazado, me hablaba por conducto del alma de mi nieta, la idolatrada; se quejaba del abandono y de la ingratitud, me pedía un poquito de amor, y de justicia....!!!

D. FRANCISCO—(*enternecido*) Es Ud. más buena que el pan, señorita, y si todos los amos fueran como Ud. ¡cuántas cosas que ahora suceden no sucederían nunca!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—No, si no hay bondad, Francisco, no hay más que deber y conciencia! (*Volviendo al asunto*) Pero no nos alejemos de nuestro caso, Fran-



cisco, ni nos metamos á hablar de lo que no entendemos; volvamos á lo que más importa por lo pronto. Del embeleso en que Blanca nos tenía, me sacó la noticia de la muerte de «uno de los hijos de Marcos,»—palabras textuales de la carta de Ud., Francisco,—esa muerte inesperada ¡no es natural esperar que los niños mueran antes que nosotros! vino á aumentar mi resolución y mis remordimientos; mi resolución de cerciorarme de si el que sobrevive es el hijo de Javier; mis remordimientos, por no haberlo hecho antes, mientras hubo tiempo y de sobra, tres años....! Hasta temblé con la fúnebre noticia, sí, antojóseme una advertencia de lo alto: los niños mueren cuando menos se piensa y para después de la muerte salen sobrando todas las reparaciones de aquí abajo!.... Temí ¡y temiéndolo sigo, Francisco! el castigo, el castigo inatajable que surge de improviso y sin piedad nos hiere, precisamente porque nosotros tampoco tuvimos piedad ninguna cuando debimos tenerla.... temí á ese castigo que nos sale de cualquier rincón de nuestra existencia y en lo más sensible nos

lastima, ó nos arrebatara lo más caro, ó nos hunde en un horrible dolor de alma, que son los peores dolores en este mundo!....

D. FRANCISCO—(*serenándola*) Cál-mese Ud., señorita, cálmese Ud., que, por fortuna, ningún castigo les ha caído encima ni ningún castigo los amenaza.... digo yo....!

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*amedrentada*) ¡Vaya Ud. á saber!.... Pero amenácenos ó nó, hay que obrar en seguida, Francisco; que reparar el tiempo perdido, aunque no por mi culpa ¡bien lo sabe Dios!.... Y en cuanto á castigos, sí que nos han caído, y gordo uno de ellos, acuérdesese de la hemiplegia de que Andrés curó milagrosamente y que fué causa á que tanto demoráramos nuestro regreso de esa bendita Europa en la que yo he pasado mi purgatorio, Francisco, se lo aseguró á Ud.!.... Lo que es los últimos años, los que nos trajeron el advenimiento de institutrices y preceptores para Blanca, fueron más que mi purgatorio, porque ni el consuelo de mi nieta me quedaba, y, en cambio, el remordimiento no se me



separó!.... Andrés dice que voy para loca que vuelo; que mis remordimientos son chocheos, porque como mujer me he envejecido antes que él.... bromas tuyas que de propósito me suelta para tranquilizarme....

D. FRANCISCO—Pues puede que el señor lleve razón....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Francisco, ¿usted también?....

D. FRANCISCO—Nó, yo nó, señorita! Decía yo que....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Nó, Francisco, no me diga nada en ese sentido, y concluyamos, que Blanca no ha de tardar de su paseo. Lo resuelto es esto: si Damián es el hijo de Marcos, que Dios se lo guarde y se lo colme de dicha!... pero, si (*mirando con intención á D. Francisco y recalcando sus frases*) como me lo figuro y me lo temo, es el hijo de Javier, que Javier lo reconozca y le dé su nombre, suceda lo que suceda!.... La única que podría objetar algo, es Beatriz, que nada objetará, yo me encargo, la conozco y sé que nada objetará! De consiguiente, Francisco, hemos llegado al punto prin-

cial: que Ud. me diga y afirme, como hombre honrado que es, toda la verdad en este desagradable asunto; ya ve Ud. que nada malo aguarda á nadie ¡al contrario! (*Con solemnidad*) ¿De quién es hijo Damián, de Javier ó de Marcos?....

D. FRANCISCO—(*en pie y azaradísimo*) Pues, señorita, á ciencia cierta, tal y como Ud. me manda que se lo afirme, le diré lo que le dije á... .

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*con viveza*) ¿A quién, Francisco, á quién le ha dicho Ud. algo?....

D. FRANCISCO—(*con mayor turbación*) Nó, á nadie; quise decir lo que me había ya dicho á mí mismo.... eso es!.... lo que me he dicho á mí mismo tantísimas veces que he pensado en esto: que no puedo saberlo, nó puedo!.... Lo sabía antes, cuando los ví de chicos á los dos.... después, se me confunden sus caras, y sus cuerpos, y....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¡Francisco, Francisco, por Dios! no me engañe, diga Ud. la verdad! Cómo no distinguirlos, cómo no se ha de acordar Ud. qué nombre era el



del primero y cuál el del segundo? ....  
¡A ver!....

D. FRANCISCO—Pues hasta sus nombres se me revuelven, señorita, (*turbadísimo*) no atino; unas veces se me figura que el primero fué Damián, otras, que fué Luciano....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*violenta*) ¿A quién quería más Marcos, á Damián ó á Luciano?.... Ahí no cabe equivocación! Por fuerza ha de haber querido más, pero mucho más! al hijo de su sangre, que al hijo de su amo, y en su rudeza, no ha de haber sabido disimularlo ¿con qué objeto?....

D. FRANCISCO—(*radiante porque ahora puede afirmar la verdad pura*) Allá iba yo, señorita, allá iba yo!.... Ésa debería ser la prueba decisiva ¿no es verdad? Así lo pensaba yo también y le juro á Ud. que falló la prueba! Nadie, en la hacienda, podrá decir que Marcos tuvo preferencias nunca por aquél ó por éste.... ¡le doy á Ud. mi palabra, señorita! (*al observar sus ademanes negativos*) por fuera, parecía querer igual á los dos muchachos ¡es tan fácil encariñarse con

un niño!.... Ahora, dentro de su corazón, sólo Dios y él sabrán!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¿De manera que Ud. ni afirma ni niega, Francisco? ¿me deja Ud. en la duda?....

D. FRANCISCO—También dudo yo, señorita.... ahora, antes no dudaba.... (*con escrúpulo por su mentira.*)

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Está bien, Francisco! Llámeme entonces á Loreto y á Marcos, á los dos; y avise Ud. á Andrés que hemos concluido!....

D. FRANCISCO—¿No he perdido la estimación de Ud., señorita?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*dándole la mano que él lleva á sus labios, respetuosamente*) Nó, Francisco, nó; yo soy la que pierde el juicio!.... Avísele á Andrés!....

(*Mutis de D. Francisco, derecha.*)

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*va á abrir una de las puertas, izquierda, y habla desde el escenario*) ¿Estás mejor, hija?

BEATRIZ—(*desde adentro*) Muy poco, Lupe, muy poco; creo que no iré á la mesa.... ¿Y Blanca?....



D<sup>a</sup> GUADALUPE—No ha vuelto todavía, no tengas cuidado. Procura dormir ¿quieres algo?....

BEATRIZ—Nada, Lupe, gracias! Que entre á verme Blanca, en cuanto llegue....

### ESCENA V

*Doña Guadalupe, Don Andrés; luego, Loreto y Marcos; luego, Damián.*

D. ANDRÉS—(*festivo*) ¿Qué aclaraste, Lupe, qué aclaraste?....¿tenemos otro nieta?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*seria*) Ya lo sabrás, connigo, cuando oigamos á Marcos y á Loreto que no deben tardar!

D. ANDRÉS—Ni cómo han de tardar si yo mismo fui á buscártelos, yo, yo mismo ¿de qué te azoras? ¿por qué pones esa cara de juez de lo criminal?.... Calculé que tu párrafo con Francisco sería largo, pues conozco cómo plumeas cuando de este asunto se trata, y pian, pianito, me fui hasta la casucha de esas gentes á

las que, me calculé también, y repara en mis facultades adivinatorias, habrías de interrogar, y aquí te las traigo, al marido y á la mujer, advirtiéndote (*en broma*) que mientras fué un peón, á caballo, ¡qué contrasentido, eh! ¡peón á caballo!.... riete mujer! que estoy haciendo *espirit* para que te rías!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Andrés, no me violentes!....acaba!....

D. ANDRÉS—(*con fingida seriedad*) ¡Acabo!....advirtiéndote, como te decía, que mientras fueron en busca de Marcos, ausente con sus vacas y sus toros, allá, en los cerros, coeché á su mujer; y que en cuanto él se me presentó, también le dije cuántas son cinco, y ahí los tienes aleccionaditos por mí....¿qué tal?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—No creo Andrés que tanto hayas descendido ó que trates de engañarme con la verdad... Sin embargo, yo sabré á qué atenerme....Llámalos, hazme favor!

D. ANDRÉS—(*llegándose á la puerta derecha*) Marcos! Loreto!....entren!....  
(*Loreto y Marcos entran muy encogidos.*)



D<sup>a</sup> GUADALUPE—No ha vuelto todavía, no tengas cuidado. Procura dormir ¿quieres algo?....

BEATRIZ—Nada, Lupe, gracias! Que entre á verme Blanca, en cuanto llegue....

### ESCENA V

*Doña Guadalupe, Don Andrés; luego, Loreto y Marcos; luego, Damián.*

D. ANDRÉS—(*festivo*) ¿Qué aclaraste, Lupe, qué aclaraste?....¿tenemos otro nieto?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*seria*) Ya lo sabrás, connigo, cuando oigamos á Marcos y á Loreto que no deben tardar!

D. ANDRÉS—Ni cómo han de tardar si yo mismo fui á buscártelos, yo, yo mismo ¿de qué te azoras? ¿por qué pones esa cara de juez de lo criminal?.... Calculé que tu párrafo con Francisco sería largo, pues conozco cómo plumeas cuando de este asunto se trata, y pian, pianito, me fui hasta la casucha de esas gentes á

las que, me calculé también, y repara en mis facultades adivinatorias, habrías de interrogar, y aquí te las traigo, al marido y á la mujer, advirtiéndote (*en broma*) que mientras fué un peón, á caballo, ¡qué contrasentido, eh! ¡peón á caballo!.... riete mujer! que estoy haciendo *espirit* para que te rías!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Andrés, no me violentes!....acaba!....

D. ANDRÉS—(*con fingida seriedad*) ¡Acabo!....advirtiéndote, como te decía, que mientras fueron en busca de Marcos, ausente con sus vacas y sus toros, allá, en los cerros, coeché á su mujer; y que en cuanto él se me presentó, también le dije cuántas son cinco, y ahí los tienes aleccionaditos por mí....¿qué tal?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—No creo Andrés que tanto hayas descendido ó que trates de engañarme con la verdad... Sin embargo, yo sabré á qué atenerme.... Llámalos, hazme favor!

D. ANDRÉS—(*llegándose á la puerta derecha*) Marcos! Loreto!....entren!....  
(*Loreto y Marcos entran muy encogidos.*)



MARCOS Y LORETO—(*casi simultáneamente*) Buenos días tenga su mercé, señorita!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*benévola*) Buenos días, hijos, buenos días!.... ¿Cómo estás, Loreto?....

LORETO—(*muy pegada á Marcos*) Yo he estado bien, niña ¿y su mercé?....

D. ANDRÉS—(*imponente*) Va á hablarles la señora....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Permíteme, Andrés, permíteme que yo los interrogue!.... (*volviéndose á ellos, más benévola que antes*) Voy á preguntarles algo, Loreto, que mucho me interesa ¡fíjate Marcos! que mucho me interesa, y sobre lo que abriga mis dudas, ¿me comprenden?.... (*ambos afirman, con la cabeza*) Se trata de un asunto que sólo Uds. saben ¡óiganme bien! que sólo Uds. saben y que yo necesito saber... De consiguiente, tienen que contestarme la verdad, la verdad pura, ya saben que decir mentira es pecado! Además, el no contestármela sería también una desobediencia, y á los amos no se desobedece ¡cuidado!.... Cualesquiera sean las respuestas de Loreto,

Marcos! aunque te recuerden historias que no te guste recordar, ó que te aflijan, vas á prometerme, y á cumplírmelo, ¡acuerdate que yo te lo pido! vas á prometerme que no la regañarás, después, ni le harás nada ¡yo te lo mando!.... Y á tí, Loreto, te mando que si Marcos no cumpliera, lo que no creo, en seguida me lo avises!.... ¿Están conformes?.... ¿me contestarán la verdad?....

LORETO Y MARCOS—Sí, señorita!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Bueno, pues entonces.... (*no sabiendo cómo principiar*) ah, se me olvidaba decirles que nadie en la hacienda sabrá lo que Uds. me cuenten ¿eh?.... ni nadie tendrá que meterse con Uds., ni que molestarlos....

LORETO—Sí, señorita!....

(*Marcos nada contesta.*)

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Pues lo que yo necesito saber, Loreto, ¡no te ofendas Marcos!.... lo que yo necesito saber es si Damián... ¡mucho me apena hablarles de esto, créanlo, pero era fuerza que alguna vez les hablara!....



(*D. Andrés, se pasea; se detiene en su escritorio; alza los visillos de las ventanas y mira al campo, inquieto.*)

....si Damián es el hijo (*ruborizada*) de Javier ó es el hijo de tu marido....¿de quién es?....

(*Pausa dolorosa! D. Andrés se detiene á medio foro, pendiente de la respuesta; Loreto se arrima á Marcos y lo contempla. Marcos permanece impasible y mudo, como de bronce, mirando de hito en hito á su ama!....*)

Vaya, contéstame, Loreto....(*al cabo de unos instantes*) ¿de quién es?....¿de quién es, Marcos?....

MARCOS—(*sombrio*) Esta lo sabe mejor!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Ya lo oyes, Loreto, que tú lo sabes mejor! dime, pues, de quién es?....

LORETO—(*pegada á Marcos*) También Marcos lo sabe, como yo!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Pues dígalo cualquiera de los dos!....¿él ó tú!....¿de quién es?....

LORETO—¡Que lo diga, Marcos!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*encarándose con Marcos*) ¿De quién es? ¡no me hagan perder la paciencia! ¿de quién es hijo Damián, tuyo ó de Javier?....

MARCOS—Ya su mercé sabe que yo no sé hablar!....(*á Loreto*) Díceselo tú, anda!

D. ANDRÉS—(*á Doña Guadalupe*) ¿Lo ves, lo ves cómo con esta gente ni entenderse es posible?....¡peor que animales, hija, convéncete, peor!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—No lo creas! Tan gentes como tú y como yo! Ahora lo verás!....

(*Loreto y Marcos se han dado de codo y cruzándose frases ininteligibles.*)

....por fin! ¿de quién es hijo Damián, Marcos?....

MARCOS—(*roncamente*) De Loreto!

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Y el otro? ¿el que se les murió, de quién era hijo?....

MARCOS—Pus, de Loreto también!...®

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Marcos ¡por Dios santo! no me exasperes!.... Entonces tú, de cuál eres padre?....

MARCOS—¿Yo?....pus, de los dos!



D<sup>a</sup> GUADALUPE—¡Mentira, Marcos, mentira! Demasiado sabes que estás diciendo una mentira! ¿acaso quisiste lo mismo á los dos, á que nó?....

MARCOS—Que diga ésta.... (*por Loreto.*)

LORETO—(*resuelta*) A los dos lo mismo, niña Guadalupe, pregunte su mercé á quien quiera!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Pero si no es posible, no es posible!.... (*violenta é hiriendo á Marcos para que confiese por ira*) ¿cómo ha de ser posible que hayas querido lo mismo al hijo tuyo, ¡al tuyo! al nacido de tus besos y de tu amor, que al nacido del amor y de los besos de otro en tu propia mujer?.... ¿no te da vergüenza?....

(*Loreto oculta el rostro en el delantal y D. Andrés no sabe á dónde ver.*)

MARCOS—(*sentenciosa y dolorosamente*) ¿Por qué ha de darme?.... ¡yo no hice el daño!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*arrepentida y nerviosísima, accionando, acaba por sentarse junto á un velador y en él clava la cabeza, sollozando*) Perdóname, Marcos, perdó-

name por lo que acabo de decirte.... ¡no sé lo que me digo ni lo que me hago!.... perdóname, tienes razón,.... no hiciste el daño tú, nó!.... ¡el daño lo hizo mi hijo!....

(*Pausa.*)

D. ANDRÉS—(*solicito á su esposa*) Ea, se acabó esta inquisición, Lupe, que no me da la gana que te aflijas á ese punto!.... Pues estábamos frescos!.... Vaya, márchense Uds. (*á Loreto y Marcos*) y cuidado con decir á nadie lo que aquí ha sucedido!.... La señora los llamó para.... para cualquiera cosa.... para regalarles, como les vamos á regalar, una yunta de bueyes, para que ares tu terrenito....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Un momento, Andrés, te lo suplico!.... (*tratando de serenarse*) déjame intentar la última prueba!.... ¡Loreto, Marcos! Andrés y yo hemos resuelto quitarles á Damián.... (*D. Andrés, desesperado de que el asunto se descomponga, vuelve á la ventana*)

LORETO—(*aterrada*) ¿Qué?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Sí, quitárselo, para que vaya y se eduque en los Estados Unidos, ó en Europa, Uds. no saben



dónde.... ¿Créen que tenemos ese derecho sobre él ó que Uds. lo tienen mayor para no dejarlo ir?....

LORETO—¿L'oyes, Marcos?.... ¡que nos quitan á Damián!.... ¡di que nó!....

MARCOS—A Luciano nos lo quitó Dios, que puede más que naiden; á Damián nos lo quitan los amos, que son los que más pueden, después de Dios!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Pero tú sí te opones ¿verdad, Loreto?....

LORETO—(*sacrificándose*) Si Marcos lo deja, yo no digo nada, señorita, .... sus mercedes nos mandan!

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¡Dios mío, Dios mío, ¿quién me aclarará este enigma?....

D. ANDRÉS—(*interrumpiendo y sin apartarse de la ventana*) Ahí vuelven los del paseo!....nó, sólo Damián, y á escapel!.... ¿Le habrá pasado algo á Blanca?.... (*baja de prisa hasta la puerta derecha; Doña Guadalupe, alarmada, se levanta; Marcos y Loreto se acercan á la pared, para no estorbar.*)

D. ANDRÉS—(*hacia afuera*) ¿Y Blanca?.... ¿que qué?.... habla claro, animal!

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¿Qué pasa, Andrés, qué pasa?.... Entra, Damián!....

DAMIÁN—(*afligidísimo*) Que el «Gusano» tumbó á la niña Blanca, ya llegando, se trompezó....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¿Dónde?.... ¿dónde?.... ¿por qué no viene ella?.... ¿está herida?....

DAMIÁN—Herida, nó!.... desmayada!.... yo ya le eché agua, y mi tilma....

D. ANDRÉS—Llévame adonde esté, en el acto!.... anda....

DAMIÁN—Si aquí no más está, junto á las trancas!...

D. ANDRÉS—Pues tráela, volando, que te ayuden!....

DAMIÁN—De tráirla, yo la traigo solito.... pero ¿puedo yo cargar á la niña Blanca?....

D. ANDRÉS—Pues no has de poder!.... (*llegando á la puerta, derecha, por la que sale Damián*) ¡Francisco!.... ¡Francisco!.... que ayuden á Damián!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*llegando á la puerta, izquierda*) Beatriz!.... Beatriz!.... ¿cómo sigues?....



BEATRIZ—*(de adentro)* Mejor, Lupe, siempre voy á ir á la mesa!... ¿Y Blanca?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—No te asustes, hija, no te asustes, parece que se ha caído del caballo, ven, dicen que no es nada....

BEATRIZ—*(sale en bata y asustadísima)* ¿Que la tiró el caballo?... ¡Ay, Dios mío! ... Pero, dónde está, dónde está?....

DAMIÁN—*(hermoso de juventud y de fuerza, entra cargando á Blanca, y seguido de Don Francisco, de Joaquín, de Fructuoso, de algunos peones que quedan á la puerta)* Respira muy bien, señor amo, y le he sentido latir su corazón, junto á mi pecho! *(Colocan á Blanca sobre el canapé; rodéala la familia; Damián va á sus padres; Beatriz y Doña Guadalupe se arrodillan junto al casto cuerpo, ileso y lindísimo, de la virginal heredera.)*

TELÓN

## ACTO TERCERO

El patio de la hacienda.

La decoración es la misma que en el acto primero, pero han transcurrido unos ocho meses y ya la cosecha pasó. Ya las mieses no lucen sus penachos de oro; se divisan cañaverales secos, sin espigas.

El otoño, con su melancolía intensa, se ha apoderado de las sementeras muertas y de las hondonadas y riscos en que antes crecieron y temblaron los granos. La tierra reposa de su rendimiento.

### ESCENA I

*Es de día. Hay mucho sol y mucha frescura en la atmósfera bien oliente.*

Joaquín, en presencia de D. Francisco, sentados un poco afuera del portal, primer término, apunta las cifras que de la puerta de la troje va gritando un mayordomo conforme pesa en una «romana» de barra, los sacos de grano que los peones van llevándose, á cuestas, rumbo á los carros que han de conducirlos hasta el ferrocarril. ®

D. FRANCISCO—¿Y dice usted, Joaquín, que es posible curar del segundo ataque? se me hace muy difícil....



BEATRIZ—*(de adentro)* Mejor, Lupe, siempre voy á ir á la mesa!... ¿Y Blanca?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—No te asustes, hija, no te asustes, parece que se ha caído del caballo, ven, dicen que no es nada....

BEATRIZ—*(sale en bata y asustadísima)* ¿Que la tiró el caballo?... ¡Ay, Dios mío!... Pero, dónde está, dónde está?....

DAMIÁN—*(hermoso de juventud y de fuerza, entra cargando á Blanca, y seguido de Don Francisco, de Joaquín, de Fructuoso, de algunos peones que quedan á la puerta)* Respira muy bien, señor amo, y le he sentido latir su corazón, junto á mi pecho! *(Colocan á Blanca sobre el canapé; rodéala la familia; Damián va á sus padres; Beatriz y Doña Guadalupe se arrodillan junto al casto cuerpo, ileso y lindísimo, de la virginal heredera.)*

TELÓN

## ACTO TERCERO

El patio de la hacienda.

La decoración es la misma que en el acto primero, pero han transcurrido unos ocho meses y ya la cosecha pasó. Ya las mieses no lucen sus penachos de oro; se divisan cañaverales secos, sin espigas.

El otoño, con su melancolía intensa, se ha apoderado de las sementeras muertas y de las hondonadas y riscos en que antes crecieron y temblaron los granos. La tierra reposa de su rendimiento.

### ESCENA I

*Es de día. Hay mucho sol y mucha frescura en la atmósfera bien oliente.*

Joaquín, en presencia de D. Francisco, sentados un poco afuera del portal, primer término, apunta las cifras que de la puerta de la troje va gritando un mayordomo conforme pesa en una «romana» de barra, los sacos de grano que los peones van llevándose, á cuestas, rumbo á los carros que han de conducirlos hasta el ferrocarril. ®

D. FRANCISCO—¿Y dice usted, Joaquín, que es posible curar del segundo ataque? se me hace muy difícil....



JOAQUÍN—Posible nada más, D. Francisco, y siempre que haya circunstancias favorables en todos sentidos.... ¡es lo que opinan los tratadistas!....

D. FRANCISCO—¿Y quiénes son los tratadistas, Joaquín?....

MAYORDOMO—Catorce!!....

JOAQUÍN—(*apuntando, mientras desfila un peón cargado*) ¡Catorce!.... pues los que tratan de esta materia.... los médicos que sobre ella han escrito....

D. FRANCISCO—Lo que es á mí, hasta el nombre se me atraviesa, Joaquinito, es mucho nombre ése!....

JOAQUÍN—No me lo parece, don Francisco, ¿qué tiene de difícil?.... (*deletrándolo con enfática superioridad*) ¡hemiple-gia!.... es facilísimo!....

MAYORDOMO—¡Quince!!....

D. FRANCISCO—(*al peón que parte*) ¡Endereza la carga, tú!.... (*á Joaquín*) Mi lengua ha de ser la torpe, Joaquín; en mi tiempo ni quien mentara esa dolencia, á los que la padecían, se les decía «insultados,» y ése sí que es nombre fácil....

JOAQUÍN—Pero vulgarísimo, D. Francisco, vulgarísimo.... ¿Cuántas faltan? (*al mayordomo de la troje*)

MAYORDOMO—Lo menos doscientas más, ya apiladas.... ¡Dieciséis!!....

D. FRANCISCO—Me da una pena verlo!.... ¡pobre señor!....

JOAQUÍN—A mí me appena más la señora, don Francisco, hasta en el semblante se le retrata la aflicción!....

MAYORDOMO—¡Diecisiete!!....

D. FRANCISCO—La señorita es un ángel, Joaquín, se lo había yo dicho á usted!....

JOAQUÍN—Yo creo, don Francisco, que la señora sufre más de lo que debiera, por....no sé, pero parece que sufre no sólo con la enfermedad de su esposo, sino con otras cosas....

MAYORDOMO—¡Dieciocho!!....

D. FRANCISCO—(*discretísimo*) No me lo parece á mí, pues aparte que no veo yo ningún otro motivo, de sobra tiene con la enfermedad del señor.... Ya vió usted lo que opinó el doctor que el niño Javier trajo de México: que si lo cuidamos mucho, mucho, podrá vivir un año más á lo



sumo, pero que también puede morir en el momento menos pensado, sobre todo, si tiene cualquiera emoción fuerte....

MAYORDOMO—¡Diecinueve!!....

JOAQUÍN—(con arrogancia) Los médicos siempre opinan lo mismo, don Francisco, aunque sean eminencias.... Y si no, ya lo estamos mirando, ¿cuándo fué el ataque?....

D. FRANCISCO—Hará unos siete meses lo menos....

MAYORDOMO—¡Veinte!!....

JOAQUÍN—Y don Andrés, mejor! diciendo que ya mueve los dedos de la mano.... á don Javier se lo dijo, delante de mí, la última vez que vino....

D. FRANCISCO—Ésa es una de las cosas que me preocupa, que el niño Javier no haya dejado de venir ni una sola semana quedándose aquí un día y dos noches cada vez, sin contar cuando trajo al doctor Muro y cuando la junta de los cuatro médicos, en que se quedó veinte días la primera vez y semana y media la segunda....

MAYORDOMO—¡Veintiuno!!....

D. FRANCISCO—Eso me prueba que le han de haber advertido que la cosa es muy grave, pues de otro modo, ¡cualquiera lo hacía venir tan á menudo á la hacienda!....

JOAQUÍN—Que ¿siempre ha sido tan desamorado?....

D. FRANCISCO—Pues, hombre, yo no lo creo desamorado precisamente; se muere por su mamá y lo que es á Blanquita, la adora, se le ve que la adora!.... Yo creo más bien que así es su modo, que le tira más México, y el *clú*, y sus diversiones de por allá, que su familia.... ¡así ha sido siempre, desde muchacho!

MAYORDOMO—¡Veintidós!!....

JOAQUÍN—Pues figúrese Ud. ahora, que hay carreras!....

D. FRANCISCO—¿Ahora?.... ni con bueyes lo saca uno!.... Se fué esperanzadísimo en ganar la carrera grande con el «Gavilán,» que se lo he cuidado más!.... ¡cuatro años y media sangre, Joaquinito, y más vivo que una centella!....

JOAQUÍN—Sí, ya lo conozco!.... Y diga Ud. don Francisco, ¿por qué no se



vuelven á México todos? ¿No estarían mejor allá?....

MAYORDOMO—¡Veintitrés!!....

D. FRANCISCO—¡Ah!.... (*ocultando el secreto*) porque la señorita quiere quedarse, le gusta mucho la hacienda, se interesa por la gente.... (*al mayordomo que se enjuga la frente con la manga*) ¿cuántos carros han salido ya, Felipe?....

MAYORDOMO—Cinco l'amo!....

D. FRANCISCO—Pues, ándale, apúrense!.... (*apuntando al horizonte*) que esa agua nos cae tempranito!.... (*á los peones*) ¡Dénle fuerte, muchachos!.... (*á Joaquín*) además, el señor dijo que aquí se ha de aliviar ó aquí se muere para ahorrar el trabajo de que lo traigan á enterrar junto á donde reposan sus mayores... pero tendrán que marcharse, al querer ó no, en cuanto empiecen los primeros fríos.... ¡increíble se me hace que hayan permanecido bastante más de medio año!....

MAYORDOMO—¡Veinticuatro!!....

JOAQUÍN—Ojalá y se marchen cuanto antes, don Francisco!

D. FRANCISCO—(*zumbón*) Que ¿le estorban á usted?....

JOAQUÍN—(*picado*) Cómo han de estorbarme, don Francisco?.... Yo lo digo por Blanquita, que está corriendo aquí un gran riesgo!....

D. FRANCISCO—Ay, qué miedo!.... ¿y cuál es ese riesgo, me quiere usted dar razón, cuando cada día se pone más sana, y más contenta, y más buena moza?....

MAYORDOMO—¡Veinticinco!!....

JOAQUÍN—Pues esos son los riesgos, don Pancho, el que cada día se ponga más linda y más contenta, y el que....

D. FRANCISCO—Esos serán riesgos para usted y para los que la vean, que enamora el mirarla tan guapa!.... ¡Cuidado, Joaquinito, con picar tan alto prendándose de una estrella!.... Ja, ja, ja, si saldremos con que usted se ha enamorado!....

JOAQUÍN—(*con reconcentrado despecho*) Aunque yo no soy un peón, señor don Francisco, sé guardar las distancias!.... si otra fuera mi situación, no digo que nó, tan decente soy como el mejor!....



D. FRANCISCO—(*con burla*) Y entonces ¿quién?...¿algún vaquero?...¿un pastor?....

MAYORDOMO—¡Veintiséis!!....

JOAQUÍN—(*iracundo*) Menos todavía...¡Damián!!!....

D. FRANCISCO—(*levantándose aterrado*) ¿Damián?... Joaquín, no diga usted semejantes barbaridades, y usted dispense, pero si supiera de qué tamaño es la que acaba de decir, no volvería ni á pensarla, nó, Joaquín, ni á pensarla!....(*como consigo mismo*) ¡qué horror!....

JOAQUÍN—(*irritado*) Aunque me llame Ud. bárbaro, don Francisco, no es una barbaridad lo que le he dicho, ni mucho menos....¿por qué Damián, que es tan alzado, no se habría de enamorar de Blanquita, si hace más de seis meses que no se separan, que juntos salen á caballo, que juntos van y vienen, y cogen nidos, y cortan flores, y comen frutas, y se hablan, y se miran, y se ríen?...¿por qué Damián, nó?...¿no es hombre como todos?....

MAYORDOMO—¡Veintisiete!!....

D. FRANCISCO—(*violentísimo*) Porque Damián, que no sólo es hombre como todos ¡sino más que muchos! no es para Blanquita más que un criado; porque en el respeto religioso casi, que en las haciendas hay de los criados para los amos, no creo yo que se haya dado el caso de que el criado se apasione de la hija del amo y la hija del amo, ya no digamos correspondamos, pero consienta siquiera desmán tamaño ¡qué enormidad!.... No sabe Ud. lo que dice, Joaquín, no lo sabe; y estoy seguro de que á nadie, nó, á nadie, ni á la misma señorita Lupe que es tan cuidadosa de estas cosas, le ha pasado por la cabeza disparate semejante... La intimidación con Damián ningún peligro puede acarrearle á Blanquita ¡le digo á usted que nó!....¡al contrario!.... se halla más segura que dentro de una urna consagrada!....

MAYORDOMO—¡Veintiocho!!....

JOAQUÍN—Bueno, pues vale más!....

D. FRANCISCO—(*que titubea con pánico*) Nó, no me diga usted, bueno! dígame, lo que es imposible, dígame si ha visto algo que lo autorice á sospechar....



JOAQUÍN—Lo que funda mis sospechas no está en lo que he visto, sino en lo que no he visto y me figuro....

D. FRANCISCO—Pues una figuración de estas le puede costar á usted el empleo, Joaquín!... para que usted se lo sepa....

MAYORDOMO—¡Veintinueve!!....

JOAQUÍN—Haga Ud. de cuenta, entonces, que nada le he dicho, don Francisco....

D. FRANCISCO—(*nervioso, se pasea, contagiado por la sospecha*) Nó, nó (*á sí mismo*), sí sería una maldición, una maldición sin igual...son tonterías y envidias de este infeliz!....

MAYORDOMO—¡Treinta!....

D. FRANCISCO—(*vuelve á su silla, intranquilo*) Venga usted acá, Joaquín, venga usted acá, y disimule mis violencias.... ¡qué diantre, hombre, también dispara usted unas salvas!...¿cómo se le fué á ocurrir á usted esto?....

JOAQUÍN—(*lastimado*) Por mi desgracia, señor don Francisco, pero le ofrezco á Ud. que no volverá á sucederme!....

D. FRANCISCO—Vaya, hombre, no es para tanto ¡no sea usted susceptible! y

hablemos con calma, por fortuna ya convencidos de que lo que usted teme, no puede suceder....¿cuánto apostamos á que soy yo quien le demuestra, por A + B, como usted dice, que lo que usted había pensado lo pensó porque no sabe de campo ni de haciendas...¿apostamos?...

MAYORDOMO—¡Treinta y uno!!....

JOAQUÍN—Lo doy por demostrado, don Francisco, sin apostar nada!

D. FRANCISCO—Es que sabe usted que pierde, Joaquín, que no tiene razones que oponerme....

JOAQUÍN—(*terco*) Así será, don Francisco, así será....(*al mayordomo*) ¿se acabaron ya los del lado derecho?...

MAYORDOMO—Ya no más quedan tres ó cuatro....¡Treinta y dos!!....

D. FRANCISCO—Mire usted que decir que Blanquita corre riesgo con Damián!....Hombre, Joaquín, ni al diablo se le ocurre, de veras que nó!....

JOAQUÍN—Don Francisco, no me dé usted cuerda!....¿y si me cuesta el empleo?....



D. FRANCISCO—Vaya, le doy licencia, Joaquín, sólo por ver con qué discursos me sale....

JOAQUÍN—Sencillos, don Francisco, sencillos!....y conste que si la lengua se me va, de Ud. es la culpa....

D. FRANCISCO—Suéltela, suéltela, Joaquín, y no se enfade si me río!....

MAYORDOMO—¡Treinta y tres!....

JOAQUÍN—Lo que yo decía, don Pancho, y lo que sostengo y sostendré, es que trátese de la señorita Blanca y de Damián, ó de cualesquiera otros, cuando dos juventudes se encuentran juntas y en libertad, es lo natural que tal junta y tal libertad produzcan una pasión....

D. FRANCISCO—*(con creciente congoja y á pesar de la fingida broma con que ha tomado las observaciones de Joaquín)* Primer disparate, digo yo, pues todo depende de la clase de juventudes.... permítame, Joaquinito, permítame, ahora me toca á mí, una y una....

MAYORDOMO—¡Treinta y cuatro!....

D. FRANCISCO—....si se trata de dos juventudes viciosas y con malos ejemplos, como las que se dan en México y en los

pueblos grandes, pongo por caso, ¡concedido!....pero dos criaturas como éstas, ella inocente como una paloma, saliendo del convento y á la vera de la madre y de los abuelos que la cuidan como á oro en paño, y él un inocentón á pesar de su cuerpazo y de sus rollizos dieciocho años, que en punto á amores, sólo sabe cómo aman los garañones y los toros; ni uno ni otro pensando en nada malo ¡eso se ve! ¡porque ríen, y corretean, y salen y entran vamos á declararlos, una perdida á ella y un pillo á él?.... Dése por vencido, Joaquín, y déjese de dianas!....

JOAQUÍN—Pues, no señor, no me doy!....

MAYORDOMO—¡Treinta y cinco!....

JOAQUÍN—....y no me doy, porque el amor no necesita de maestros ni de enseñanzas; Ud. y yo, y Blanca y Damián, y nuestros abuelos y nuestros nietos, al llegar la hora amamos, hemos amado y amaremos....

D. FRANCISCO—Eso parece de la gramática, Joaquinito....

JOAQUÍN—Y es de la vida, don Pancho!.... luego, que se puede amar siendo ino-



cente, y quererse mucho, y besarse más! . . . . lo otro, lo que sigue, viene á su tiempo, don Francisco, cuando el deseo derrota á la inocencia más firme, á fin de que con la transmutación de las vírgenes en amantes primero y en madres después, este pícaro mundo siga existiendo. . . . Y precisamente el campo es mal consejero, la soledad, peligrosísimo cómplice, y los animales, con sus impudores de inconscientes, al aire libre y delante de grandes ó chicos, los más peligrosos profesores. . . .

MAYORDOMO—¡Treinta y seis!! . . . .

JOAQUÍN—*(que nada apunta porque nada oye)*. . . . ¿por qué Blanca y Damián habían de substraerse? ¿en virtud de qué privilegio? . . . . ¿de qué quiere Ud. que se hablen, los dos solos, en sus paseos? . . . . ¿quién les quita las miradas que piden y las miradas que dan aunque los labios hablen de otras cosas? . . . . ¿quién le ahuyenta á Damián las tentaciones cuando la señorita suba y baje del caballo, y él la ayude, y la sostenga, y la toque, suponemos que sin malicia, en sus curvas juveniles, en su cuerpo de mujer? ¿quién, don Pancho, quién? . . . . Que nó, me dice

Ud., porque ella es el ama y él el siervo, y que el respeto tradicional y religioso que. . . .

MAYORDOMO—¡Treinta y seis, señor amo, que se me van mis carros!! . . . .

JOAQUÍN—*(absorto en su discurso)*. . . . en las haciendas se profesa á los amos, lo impide! . . . . Hombre, don Francisco! ¿qué barrera es esa? . . . . ¿Ud. no sabe que princesas ¡y reinas! sí señor, reinas con corona, reinas de imperios grandísimos, se han huído con sus lacayos y con sus cocheros, y hasta con sus esclavos? . . . .

D. FRANCISCO—*(en el colmo del espanto, ante la verisimilitud de que el amor haya empujado ó vaya á empujar á Blanca en los brazos de Damián su hermano)* Peor sería en este caso, ¡Dios nos favorezca! . . . . Blanca y Damián no pueden amarse, yo le digo á usted que no pueden, que eso sería peor que la peor de las maldiciones!!! . . . .

*(Pausa.)*

JOAQUÍN—*(muy alarmado contempla á don Francisco)* ¿Una maldición? . . . . ¿por qué? . . . .



D. FRANCISCO—(á punto de revelar el secreto) ¡Porque....!

MAYORDOMO—(acercándose con respeto) ¡Con licencia, don Pancho, ya acabamos de cargar y me voy con los carros!.... apunte «treinta y seis,» niño Joaquín, que no lo ha apuntado su mercé.... ¿Nos podemos ir, l'amo?....

D. FRANCISCO—(volviendo en sí) Váyanse, sí, váyanse y ahí los alcanzo, que me pongan el buggy, con dos mulas!.... (á Joaquín) Usté no ha visto nada ¿verdad, Joaquín? nada alarmante entre ellos.... (mutis del mayordomo y de los peones.)

JOAQUÍN—Nó, nada anormal, don Francisco, con excepción de su mutua confianza, que aumenta día á día.... Me iba Ud. á decir por qué sería una maldición que Damián se hubiera enamorado de la señorita Blanca, don Francisco, ¿por qué lo sería tan especialmente?....

D. FRANCISCO—Pues, friolera, porque el disgusto nos mataría al señor, y puede que á la señora también!....

JOAQUÍN—(caviloso) ¡Ah!!....

D. FRANCISCO—Y ahora, vámonos, Joaquín, vámonos á la estación á vigilar el

embarque ¿cuántos furgones despacharemos hoy....

JOAQUÍN—Tres por todo, D. Francisco.

D. FRANCISCO—Pues, vámonos, y cogemos el buggy allá fuera; cierre el despacho!

(Joaquín cierra y D. Francisco enciende un cigarrillo, muy preocupado. Luego, mutis de ambos.)

## ESCENA II

Con la tranquilidad de la inocencia, aparecen por el fondo, tras de la capilla, Blanca y Damián, y en animada charla bajan hasta el primer término, saludando á su paso por la tienda á Fructuoso.

BLANCA—Buenos días, Fructuoso!

DAMIÁN—D. Frutos, buenos días!

FRUCTUOSO—(desde adentro) Muy buenos, niña Blanca!.... adiós, Damián!....

BLANCA—(á Damián) ¿Y ya no se te volvió á olvidar mi cara, mentiroso?....

DAMIÁN—(á Blanca) Ni un instante!.... y si al caso algo se me borraba, con cerrar los ojos, la véia yo, la véia como si delantito de mí la tuviera!....



D. FRANCISCO—(á punto de revelar el secreto) ¡Porque....!

MAYORDOMO—(acercándose con respeto) ¡Con licencia, don Pancho, ya acabamos de cargar y me voy con los carros!.... apunte «treinta y seis,» niño Joaquín, que no lo ha apuntado su mercé.... ¿Nos podemos ir, l'amo?....

D. FRANCISCO—(volviendo en sí) Váyanse, sí, váyanse y ahí los alcanzo, que me pongan el buggy, con dos mulas!.... (á Joaquín) Usté no ha visto nada ¿verdad, Joaquín? nada alarmante entre ellos.... (mutis del mayordomo y de los peones.)

JOAQUÍN—Nó, nada anormal, don Francisco, con excepción de su mutua confianza, que aumenta día á día.... Me iba Ud. á decir por qué sería una maldición que Damián se hubiera enamorado de la señorita Blanca, don Francisco, ¿por qué lo sería tan especialmente?....

D. FRANCISCO—Pues, friolera, porque el disgusto nos mataría al señor, y puede que á la señora también!....

JOAQUÍN—(caviloso) ¡Ah!!....

D. FRANCISCO—Y ahora, vámonos, Joaquín, vámonos á la estación á vigilar el

embarque ¿cuántos furgones despacharemos hoy....

JOAQUÍN—Tres por todo, D. Francisco.

D. FRANCISCO—Pues, vámonos, y cogemos el buggy allá fuera; cierre el despacho!

(Joaquín cierra y D. Francisco enciende un cigarrillo, muy preocupado. Luego, mutis de ambos.)

## ESCENA II

Con la tranquilidad de la inocencia, aparecen por el fondo, tras de la capilla, Blanca y Damián, y en animada charla bajan hasta el primer término, saludando á su paso por la tienda á Fructuoso.

BLANCA—Buenos días, Fructuoso!

DAMIÁN—D. Frutos, buenos días!

FRUCTUOSO—(desde adentro) Muy buenos, niña Blanca!.... adiós, Damián!....

BLANCA—(á Damián) ¿Y ya no se te volvió á olvidar mi cara, mentiroso?....

DAMIÁN—(á Blanca) Ni un instante!.... y si al caso algo se me borraba, con cerrar los ojos, la véia yo, la véia como si delantito de mí la tuviera!....



BLANCA — (*emocionada y amante*)  
¿Tanto me quieres, Damián?....

DAMIÁN — (*idolátrico*) ¡Tánto, niña Blanca!

BLANCA — (*con fingido enojo*) Damián, si has de seguir llamándome niña, me enojo contigo y no te vuelvo á hablar, ya te lo dije!

DAMIÁN — (*como si en voz alta rezara*) ¡Blanca!!.... Pus, no puedo, niña, te juro que no puedo!

BLANCA — ¿Cómo pudiste hablarme de tú?....

DAMIÁN — (*buscando la causa*) No sé, porque tú quisistes y porque me salió natural, de adentro!....

BLANCA — Pues que así te salga decirme Blanca ¿no ves que los novios sólo se llaman por sus nombres? ... y cuando me dices niña, se me figura que me tienes cumplimiento, ó vergüenza, y no quiero que me tengas nada de eso!.... ¿Cómo me dices cuando piensas en mí?....

DAMIÁN — ¿Cuando pienso en tí?.... nada! no digo nada!.... no más pienso, y pienso, y te veo, y tiemblo, todito, y el corazón me hace un ruidero como el que

hace la gente en l'glesia, cuando se arro-dilla.... Y si mi hablan, no contesto, ni veo por onde camino; si á caballo ando, li arrimo la espuela, pa qui arranque; y si ando á pie, hasta me quito el sombrero, pa correr mejor, y me voy lejos, lejos, hasta onde naiden mire que te llevo dentro, clavada en mi alma, pa siempre.... Luego, allá, solito, pienso en cosas tristes, en que te puedes ir, en que los amos no han de querer que me quieras porque tú eres rica y yo pobre.... y las lágrimas se me saltan, unas cuantas, que al resbalarme por la cara, me la quemán, como si fueran lumbre....

BLANCA — Tonto, tonto ¿no te he dicho que yo con mi abuelito consigo todo lo que quiero, todo, todo? ¿no te lo he dicho?.... Y verás, ahí verás cómo él consiente en que me case contigo!.... (*juvenil*) Y figúrate la cara que pondrán los de aquí el día que nos casemos!.... la cara de Loreto, y la de Marcos!.... ¿no te da gusto?....

DAMIÁN — (*sombrío*) ¡Nó! no me da gusto, porque se mi hace imposible!.... mi padre me lo ha dicho, hartas veces:



BLANCA — (*emocionada y amante*)  
¿Tanto me quieres, Damián?....

DAMIÁN — (*idolátrico*) ¡Tanto, niña Blanca!

BLANCA — (*con fingido enojo*) Damián, si has de seguir llamándome niña, me enojo contigo y no te vuelvo á hablar, ya te lo dije!

DAMIÁN — (*como si en voz alta rezara*) ¡Blanca!!.... Pus, no puedo, niña, te juro que no puedo!

BLANCA — ¿Cómo pudiste hablarme de tú?....

DAMIÁN — (*buscando la causa*) No sé, porque tú quisistes y porque me salió natural, de adentro!....

BLANCA — Pues que así te salga decirme Blanca ¿no ves que los novios sólo se llaman por sus nombres? ... y cuando me dices niña, se me figura que me tienes cumplimiento, ó vergüenza, y no quiero que me tengas nada de eso! ... ¿Cómo me dices cuando piensas en mí?....

DAMIÁN — ¿Cuando pienso en tí?.... nada! no digo nada!.... no más pienso, y pienso, y te veo, y tiemblo, todito, y el corazón me hace un ruidero como el que

hace la gente en l'glesia, cuando se arro-  
dilla.... Y si mi hablan, no contesto, ni veo por onde camino; si á caballo ando, li arrimo la espuela, pa qui arranque; y si ando á pie, hasta me quito el sombrero, pa correr mejor, y me voy lejos, lejos, hasta onde naiden mire que te llevo dentro, clavada en mi alma, pa siempre.... Luego, allá, solito, pienso en cosas tristes, en que te puedes ir, en que los amos no han de querer que me quieras porque tú eres rica y yo pobre.... y las lágrimas se me saltan, unas cuantas, que al resbalarme por la cara, me la quemán, como si fueran lumbre....

BLANCA — Tonto, tonto ¿no te he dicho que yo con mi abuelito consigo todo lo que quiero, todo, todo? ¿no te lo he dicho? .... Y verás, ahí verás cómo él consiente en que me case contigo!.... (*juvenil*) Y figúrate la cara que pondrán los de aquí el día que nos casemos!.... la cara de Loreto, y la de Marcos!.... ¿no te da gusto?....

DAMIÁN — (*sombrio*) ¡Nó! no me da gusto, porque se mi hace imposible!.... mi padre me lo ha dicho, hartas veces:



«los amos nos creen diferentes d'ellos y nos carculan pa todo pior que animales» . . . ¿cómo habían de consentir en que nos casáramos yo y tú, niña Blanca? . . .

BLANCA—¿Y si somos diferentes, por qué nos queremos? ¿por qué á mí no me importó que tú seas hijo de un vaquero, y á tí tampoco te importó que yo sea hija de los amos, como tú les dices? . . . ¡A ver! . . .

DAMIÁN—(*pensativo*) Yo no sé. . . será porque al querer no hay quien lo mande y como la yerba, á onde l'aire aventó la semilla, aunque sea el filo de una barranca, allí mismo nace y crece ¡por eso será! . . . Hay cosas que nadie manda! . . . que son libres! . . . Y así es nuestro querer, que hasta me recuerda el río de la hacienda, cuando vinieron á torcer su rumbo y á atajarlo con la presa. . . le pusieron piedras, muy grandes, y un arco. . . y unos señores decentes, que trajo l'amo, clavaban unas estacas y divisaban á lo largo, con un antiojo. . . y dijeron que ya estaba, que ya s'iban. . . y el río cada vez que viene crecido, rompe la presa, sin importarle las piedras ni el

arco, y corre por onde quiere, enfurecido, y echa á perder las siembras, y no hay quien lo contenga, hasta que él si amansa, solito, y se vuelve á dejar que lo encajonen! . . . por eso será! . . . (*Pausa*) ¿Pero que consientan en que nos cásemos? . . . ¡es diferente! . . .

BLANCA—Verás, verás cómo consienten, déjame á mí ¡desconfiado!

DAMIÁN—Pero ¿y si no consienten, t'irás conmigo? . . .

BLANCA—(*alarmada*) ¡Nó, eso si que nó, Damián! . . . Ya te he dicho mil veces que es un pecado, y el quererse no lo es! Una señorita como yo, Damián, no se va con nadie, ni con el que más quiera; se casa, eso sí, con el que quiere, como te aseguro que me casaré contigo. . . mira, ahora que ya el abuelito va mejor, muy poco, muy poco. . . ¡pobrecito! ¿verdad, Damián? . . . ahora le hablo, aprovechando un buen momento, y estoy segura, segura de que me dice que sí. . .

DAMIÁN—(*terco*) ¿Y si te dijera que no? . . .

BLANCA—(*alarmada*) Si me dijera que no. . . pues á él le seguiría rogando,



ruega y ruega....y á tí....á tí te seguiría queriendo como ahora, y hasta puede que un poquito más....

DAMIÁN—¿De verás, niña Blanca?....

BLANCA—*(riéndose)* ¡De verás, niño Damián!....

DAMIÁN—¿Y si se van pa México, me dejas aquí?....

BLANCA—¡Vente con nosotros!....

DAMIÁN—¿Y de qué me voy?....¿de criado tuyo, queriéndote?.... Nó, nó, por nada del mundo! Mientras que tú, si conmigo te vas....¡si te vas conmigo! *(evoca su ensueño)* mira, allá, muy lejos de esos montes, mucho más lejos, onde al querer no lo castiguen ni lo próhiban, serás lo que eres, más que mi ama, mucho más, la flor de mi vida y el sol de mi alma!....*(contemplándola con arrobamiento)* Y sin ninguno que nos vea, nos quedremos hasta morir, sin escondernos de naiden, gritando nuestra dicha; nos quedremos como se quieren los pájaros, como se quieren las flores, como se quiere todo lo criado!....

BLANCA—*(fascinada)* ¿Las flores también, Damián?....¿las flores se quieren,

se quieren los pájaros?....pero no como nosotros, Damián, imposible que se quieran como la gente, ¿no ves que no hablan?....

DAMIÁN—Más que nosotros, niña Blanca, más que nosotros!.. ¡yo lo he visto!....

BLANCA—¿Tú lo has visto?....¿y dices que más que nosotros?....¿más que tú y yo?....

DAMIÁN—¡Más que yo á tí, no hay quien quiera!....más que tú á mí, sí! que ellos no se separan, aunque no estén casados, y tú sólo así te quedarías conmigo?....

BLANCA—*(con pureza)* Pero Damián ¿quién quieres que casara á los pájaros, y á las flores?....¡pareces loco!....

DAMIÁN—Pus, por eso se quieren más, porque se casan solos, sin necesitar permisos, ni fijarse en quién es el rico y quién es el pobre....

BLANCA—*(infantilmente)* Cuéntame, Damián, cuéntame tú que lo has visto, cómo se casan los pájaros y las flores, las flores sobre todo ¿quieres?....



DAMIÁN—(*sonriendo del candor de la doncella*) Pus, los pájaros, se enamoran en los aires, la hembra juyéndole al macho, haciéndole dar mil güeltas, escondiéndosele aquí y llamándolo de allá, pidiéndole agua, en el pico, y gusanos, y pajas.... todo lo que ella quiere, él va y se lo tray, como una flecha.... y luego, á los dos ó tres días, se casan en los árboles, entre las ramas en que van á posarse, rendidos de resistirse ella y de rogarle él, y cuando la noche cay y los árboles se mecen de sus copas como si se secretiaran; cuando en el cielo todo es silencio y todo es silencio en la tierra, de pronto, ya noche cerrada, si oye qui un pájaro chifla y qui otro pía.... son los novios que ya se casaron sin que los viera naiden ni naiden se enoje, que cantan su cariño con sus trinos, pa que lo sepan la tierra, y los otros árboles, y los otros pájaros qui andan penando porque ya son viudos ó porque toavía no los quieren!....

BLANCA—(*embelesada*) ¿De veras, Damián?... ¿y las flores?....

DAMIÁN—¿Las flores?... (*recordando lo que tanto ha visto y por visto de memo-*

*ria se sabe*) Las flores, es diferente! Esas, desde que se enamoran, que será cuando se alevantan erguidas en sus tallos, aunque no si alcancen, si arrastran, por el suelo, ó se pegan á las otras plantas, á los árboles, á las piedras, hasta que se juntan, y si abrazan, doblando sus corolas entriabiertas, perfumando más.... Y ni quien se enoje, al revés, todos sabemos lo que quieren decir los trinos y el perfume, las plumas que vuelan, y las hojas que cáin: que siempre ha di haber flores frescas y nidos nuevos, pájaros y rosas, porque pa eso cría Dios todo, pa que todo se quiera!!.... (*Pausa. Blanca está pensativa, por lo que la conmueve la narración idílica de su amante. Damián, enamorado, la coge por el talle*).... Y yo, aunque ya entonces te quería, cuando te tumbó el «Gusano» y te desmayastes ¿ti acuerdas?... aunque mi acordaba de las flores, de los pájaros, de todos los animales—¡más dichosos que nosotros los que tenemos amos siendo cristianos, ellos pueden querer libremente y nosotros nó!.... —no mi atreví á alzarte de las vivas piedras, que muchas veces después he be-



sado porque en ellas reposó tu cuerpo!.... y cuando l'amo grande me dijo que sí, que sí podía yo cargarte, jué como si se me rasgara una venda negra, negra; como si se rompieran las cadenas que me lastimaban l'alma... y al sentirte en mis brazos, al respirar tu aliento, al óir tu corazón, junto del mío, pensé, pensé que, de veras te podía yo cargar, y quererte como te quiero, hasta los huesos, que si mujer eres tú, igual á todas, hombre soy yo también, como cualquiera!!!

BLANCA—Para mí no eres hombre como cualquiera ¡qué vas á ser!....si lo fueras, yo no te querría... te habría visto, lo mismo que he visto á tantos en mi casa, en la calle, en el teatro, en los paseos, sin sentir nada, sin sentir lo que sentí al verte, desde el primer momento, allá, en la estación, el día que llegamos, cuando al saltar del tren y encaminarnos al coche, tú, muy alto, en el pescante, te quitaste el sombrero con la mano derecha, mientras con la izquierda sujetabas las riendas de todo el tiro, las ocho mulas espantadas con el ruido de la máquina, y por tí dominadas sin el menor esfuerzo, son-

riéndonos, de cara al sol.... parecías una estampa.... Yo te conocía sólo de nombre, y á que no te acuerdas qué fué lo primero que dije al verte, cuando tú nos saludaste lleno de contento, diciéndonos: «amos, buenos días!»?....

DAMIÁN—(*Con embeleso*) Sí me acuerdo, sí, preguntaste si yo era Damián.... ¡pa que veas que mi acuerdo!.... Pero yo te gané, yo no tuve que preguntar nada, sino que luego luego te dije, «niña Blanca».... ¡es que ti había visto ya, en sueños, creyendo, porque mi madre me lo decía cuando ya recuerdo le contaba mi sueño, que como ella le reza tanto á la Virgen pa que me cuide y nada malo me suceda, la Virgen se mi aparecía!.... Y no era la Virgen, nó, ora estoy cierto de qu'eras tú!!....

BLANCA—(*rendida*) ¡Damián!.... ¡Damián!!

DAMIÁN—¿Te vas conmigo si l'amo dice que no?....

BLANCA—Nó, Damián, eso nunca, ni me lo vuelvas á proponer!.... Pero no te entristezcas, miedoso, que no me gusta verte triste!....vaya, te ofrezco hablar



hoy, ahora mismo ¿estás contento?....

BEATRIZ—(desde una de las ventanas)  
¡Blanca!.... ¡Blanca!.... ¿dónde estabas,  
criatura?....(en cuanto se oye la voz de  
Beatriz, Damián, por respeto hereditario  
y secular, instintivamente se descubre y  
aparta de Blanca, que, en cambio, no se  
inmuta, inocente y pura.)

BLANCA—Aquí estoy, mamacita, con  
Damián!.... fuimos hasta la presa!....

BEATRIZ—Entra, anda, ven por tu  
abuelo!

BLANCA—(á Damián) Ahora mismo le  
hablo, te lo prometo; no te alejes mucho,  
para que te llame yo, cuando convenga  
....(se encamina á la vivienda)

DAMIÁN—(con funestos presentimien-  
tos) Niña Blanca!....(Blanca se detiene,  
ya junto al zaguán)

BLANCA—(risueña) ¿Qué quieres, hom-  
bre?....

DAMIÁN—Déjame verte más, en tus  
ojos, por l'última!....

(Se miran ambos, largamente, apasio-  
nadamente.... Mutis de Damián por la  
derecha, segundo término, y de Blanca por  
el zaguán, izquierda.)

### ESCENA III

Luego de una pausa momentánea, saldrá Blanca  
empujando un sillón de ruedas en el que va sentado y  
con almohadas y mantas, D. Andrés, paráltico de un  
lado por su hemiplegia. Después, D<sup>a</sup> Guadalupe y  
Beatriz, con algo de costura entre las manos. Buscando  
un buen lugar, desde donde el enfermo aproveche el sol  
parcialmente, caminan todos en lenta procesión de dolor  
y de muerte. Al fin, se colocará al inválido en el primer  
término, junto al ángulo del portal. Blanca, se sentará  
á sus pies, y D<sup>a</sup> Guadalupe y Beatriz habrán sacado  
dos sillas.

BLANCA—(empujando el sillón, dete-  
niéndose aquí y allí) ¿Cómo te sientes  
hoy, abuelito, pasaste buena noche?....  
(D. Andrés con su brazo y mano libres,  
hace ademanes en el aire, como queriendo  
decir que «así,» «así»)... no, aquí no,  
porque no hay sol bastante... ¿mueves  
tu manita enferma más que ayer? ¿sí?....  
para que lo veas... para que veas que  
mamá grande tiene razón cuando te dice  
que curarás!.... ¿te gusta aquí, ó sien-  
tes mucho aire?.... sopla muy fuerte  
¿verdad?.... ¿quieres aquí, para que  
puedas ver el llano?.... sí, aquí, mira,  
solecito para tus pies nada más!....



hoy, ahora mismo ¿estás contento?....

BEATRIZ—(desde una de las ventanas)  
¡Blanca!.... ¡Blanca!.... ¿dónde estabas,  
criatura?....(en cuanto se oye la voz de  
Beatriz, Damián, por respeto hereditario  
y secular, instintivamente se descubre y  
aparta de Blanca, que, en cambio, no se  
inmuta, inocente y pura.)

BLANCA—Aquí estoy, mamacita, con  
Damián!.... fuimos hasta la presa!....

BEATRIZ—Entra, anda, ven por tu  
abuelo!

BLANCA—(á Damián) Ahora mismo le  
hablo, te lo prometo; no te alejes mucho,  
para que te llame yo, cuando convenga  
....(se encamina á la vivienda)

DAMIÁN—(con funestos presentimien-  
tos) Niña Blanca!....(Blanca se detiene,  
ya junto al zaguán)

BLANCA—(risueña) ¿Qué quieres, hom-  
bre?....

DAMIÁN—Déjame verte más, en tus  
ojos, por l'última!....

(Se miran ambos, largamente, apasio-  
nadamente.... Mutis de Damián por la  
derecha, segundo término, y de Blanca por  
el zaguán, izquierda.)

### ESCENA III

Luego de una pausa momentánea, saldrá Blanca  
empujando un sillón de ruedas en el que va sentado y  
con almohadas y mantas, D. Andrés, paráltico de un  
lado por su hemiplegia. Después, D<sup>a</sup> Guadalupe y  
Beatriz, con algo de costura entre las manos. Buscando  
un buen lugar, desde donde el enfermo aproveche el sol  
parcialmente, caminan todos en lenta procesión de dolor  
y de muerte. Al fin, se colocará al inválido en el primer  
término, junto al ángulo del portal. Blanca, se sentará  
á sus pies, y D<sup>a</sup> Guadalupe y Beatriz habrán sacado  
dos sillas.

BLANCA—(empujando el sillón, dete-  
niéndose aquí y allí) ¿Cómo te sientes  
hoy, abuelito, pasaste buena noche?....  
(D. Andrés con su brazo y mano libres,  
hace ademanes en el aire, como queriendo  
decir que «así,» «así»)... no, aquí no,  
porque no hay sol bastante... ¿mueves  
tu manita enferma más que ayer? ¿sí?....  
para que lo veas... para que veas que  
mamá grande tiene razón cuando te dice  
que curarás!.... ¿te gusta aquí, ó sien-  
tes mucho aire?.... sopla muy fuerte  
¿verdad?.... ¿quieres aquí, para que  
puedas ver el llano?.... sí, aquí, mira,  
solecito para tus pies nada más!....



ah! ah!.... déjame asegurar las ruedas  
 ....ya está.... ahora, tu desayuno de  
 besos!.... ¡á la una, á las dos, y.... á  
 las tres!.... ¡Toma, toma, toma, cabeza,  
 cara, bigotes, ojos!.... ¡ahora el lado  
 enfermito, para que sane!.... (lo habrá  
 besado, según lo indica la frase) ¿Te leo  
 tus periódicos? ¿sí?.... Bueno, pues voy  
 á traerlos....

(Mutis.)

D. ANDRÉS—(trabajoso y lentamente)  
 Es mi vida, les aseguro que es mi vida  
 este ángel....

BEATRIZ—Lo quiere á Ud. mucho....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Y es más barbera....

D. ANDRÉS—¡Es mi vida!....

(En tanto sale Blanca con unos periódicos y va á forcejear en la puerta del despacho, D. Andrés, hunde la cabeza en el pecho, y calla.)

BEATRIZ—(á doña Guadalupe, mostrándole la labor) ¿Te gusta cómo está saliendo?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—A ver, á ver,.... deja que saque los lentes, hija, que con mis ojos no distingo esas cosas.... ¿aquí, qué vas á bordar, hojas?....

BEATRIZ—(riendo) Nó, Lupe, cómo han de ir hojas allí.... fíjate en el dibujo....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Pues, qué, entonces? ¿por qué no habían de ir allí hojas?....

BEATRIZ—Porque nó, mira....

BLANCA—(yendo al abuelo) Pues, abuelito, sólo que quieras «Tiempos» atrasados... no encuentro los periódicos de anoche y ni modo de buscarlos en el despacho porque está cerrado.... Se han de haber ido Francisco y Joaquín....

D. ANDRÉS—¿A dónde?....

BLANCA—Adiós, abuelito, ¿ya no te acuerdas.... á cargar el trigo!.... mira para la troje.... ¿no la ves abierta?.... ¿no te llega su olor?....

D. ANDRÉS—Ah, sí, ya la veo....

BEATRIZ—(á doña Guadalupe).... con estambres de seda que le encargué á Javier para mañana que viene....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—No cuentes con ellos entonces, hija, que caso que él venga no los traerá, estáte segura....

D. ANDRÉS—(que algo ha oído) ¿Quién va á venir?....

BLANCA—Mi papá, abuelito....



D. ANDRÉS—Sí, eso es, esta tarde ¿no?....

BEATRIZ—No señor, dijo que mañana; esta tarde son las carreras y va á correr uno de sus caballos...

D. ANDRÉS—Ya!...ya sé!....

BLANCA—(á D. Andrés) ¿Te leo un «Tiempo» viejo?....

D. ANDRÉS—Bueno, sí, lee....

BLANCA—(consultando el diario) A ver qué encontramos...te leeré los títulos primero ¿eh?..

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(á Beatriz)...¿vas á ponerle raso por debajo? ¿de qué color?...

BEATRIZ—Verde había yo pensado.... ¿qué te parece?....

BLANCA—(leyendo) «El gran poeta Manzoni,» «La Ciencia y la Fe»....esto no ¿verdad?....«Del Vaticano,» ¿quieres esto?....yo creo que ya te lo leí!....«Las aguas del Tequixquiac»....¡figúrate!....¡lo que nos importan esas aguas!....

BEATRIZ—(á doña Guadalupe)....ó con un encaje, al rededor....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Mejor la tira, hija, ó ya se ve, puede que tú tengas razón.... sí, mejor un encaje....

BLANCA—(leyendo) «La instrucción pública en Chihuahua»....«Canta-Misa»....«Ecos de Tampico»...¿qué te leeré, abuelito?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Pero no te atarees, que te puede hacer daño; que se acabe cuando Dios quiera!....

BEATRIZ—Hay tiempo de sobra.... faltan dos meses....

BLANCA—(leyendo) Ya encontré, abuelito, ya encontré.... «Soberanas que fuman»....¿qué tal?....¿no te da vergüenza, siendo hombre, que hasta soberanas fumen y tú nó?....aprende!....¿te lo leo?....

D. ANDRÉS—(en broma que por su estado resulta cruel) ¿Y si me molesta el humo?....

BLANCA—(riendo con ganas) ¡Abuelito!!....yo te lo espanto....¡oye! ¡oye!....me salto el principio ¿eh? porque está muy fastidioso ¡oye!....(leyendo) «....La czarina es una buena fumadora. «Sobre su mesa-escritorio vése constan-



«temente una caja de oro, cincelada y  
«llena de cigarros, un cenicero de plata  
«y una fosforera que es una riquísima  
«obra de arte. Apura la czarina sus  
«cigarrillos uno tras otro...» Arrímate,  
abuelito, anda, no te vaya á dar tos tanto  
humo... (*ríe é imita á los que echan humo  
cuando fuman*)

BEATRIZ—(*que seguita la lectura*) ¡Ten  
juicio, Blanca, y sigue leyendo....

D. ANDRÉS—(*feliz por su nieta, aun  
en medio de su desgracia*) Espérate á  
que acabe de espantarme el humo....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Pero Beatriz ¿que  
hagas caso de este par de niños?....

BLANCA—(*como en secreto á D. Andrés*)  
Ya se enojó mamá grande y nos va á  
regañar ¡prepárate!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*levantándose y aca-  
riciando á Blanca*) No, á donde me voy  
es á preparar las gotas de tu abuelo....

BEATRIZ—Iré yo, Lupe, ó manda á  
Blanca....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Las medicinas, sólo  
la esposa, hija, sólo la esposa... (*mutis*)

BEATRIZ—Vaya, sigue leyéndole á tu  
abuelito....

BLANCA—¿No te cansas de oirme?... .

D. ANDRÉS—¿De oirte á tí?... ¡qué  
ocurrencia!.... si eres mi mejor música...  
¡sigue, sigue!....

BLANCA—(*leyendo*) ¿Dónde íbamos?  
...ah! sí!... «Su rival, la soberana  
«japonesa, siguiendo la costumbre de las  
«damas de su país, fuma varias veces al  
«día, en una pequeña pipa metálica...»  
Anda, abuelito, ¿qué haces que no toses?  
...esta es pipa... hasta á mí me está  
sofocando!.... (*como si tosiera*) ejem!....  
ejem!....

BEATRIZ—No tienes hechura!....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*con una copa*) Con  
permiso de las soberanas que fuman,  
bébete esto, hijo... ¿qué hora es en tu  
reloj, Beatriz?....

BEATRIZ—Va á dar la media, Lupe....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Magnífico!... y hoy,  
van cuatro veces que las tomas... Qué-  
tame esto, Blanca! ®

BLANCA—¿Nos das licencia de que  
fumemos en pipa?... ¿verdad, abuelito?  
(*le quita la copa, la bandeja y la cuchara,  
y lo pone todo sobre el pretil*)



D. ANDRÉS—(*haciendo visajes*) ¡Uf!  
 .... ¡qué amargo es esto, Dios mío!....

BLANCA—Te lo endulzaré!.... (*le besa los carrillos*)

#### ESCENA IV

*Dichos, D. Francisco y Joaquín que se descubren desde lejos al ver á la familia, á la que saludan con respeto. Luego, D. Francisco se llega solícito á D. Andrés que le tiende la mano buena, afectuosamente, haciendo otro tanto con Joaquín, después. A las señoras no le dan la mano.*

D. FRANCISCO—Señoritas, muy buenos días!.... buenos días, Blanquita!.... Señor ¿cómo se siente usted, aliviadito?... (*contestan las señoras á entrambos.*)

JOAQUÍN—Está Ud. mejor, señor?....

D. ANDRÉS—Acérquense, acérquense.... pues dicen que aliviado, Francisco!.... ¿cómo le va, Joaquín, cómo le va de destierro?....

BLANCA—Se le olvidaron los periódicos anoche, Francisco!....

D. FRANCISCO—Pues es verdad, Blanquita, los dejé en el despacho.... ¡Hágame favor, Joaquín! (*tendiéndole la llave.*)

D. ANDRÉS—¿Siguen embarcando grano?....

D. FRANCISCO—Seguimos, señor, de la estación venimos ahora, tres furgones hoy!....

BEATRIZ—¿Y mis conejos, Francisco? ¿á que no se acordó de llamar al carpintero para que les agrande su casa?....

D. FRANCISCO—(*sonriendo*) ¿Ya estuvo usted á asomarse?....

JOAQUÍN—(*yendo á Blanca*) Aquí tiene Ud. los llegados anoche, señorita! (*le alarga diarios.*)

D. FRANCISCO—¿Parecieron las guías, Joaquín?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*aparte á Don Francisco*) ¿Qué ha avanzado Ud., Francisco?....

D. FRANCISCO—(*aparte á D<sup>a</sup> Guadalupe*) Con Marcos, nada absolutamente!.... es de balde que queramos sacarle nada....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¿Y Loreto?....



D. ANDRÉS—¡Francisco!....

D. FRANCISCO—Loreto sí se ablanda  
... ¡señor!.... (llegándose á D. Andrés).

D. ANDRÉS—(buscando dentro de su  
memoria torpe) ¿Qué iba yo á pregun-  
tarle?... ¡pues, no me acuerdo!....

D. FRANCISCO—Me hablaba el señor  
de nuestro embarque de granos....

D. ANDRÉS—(taciturno) ¡Nó, no era  
sobre los granos!... ¡ya no me acuerdo!...

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(á D. Francisco que  
regresa á ella) Conque sí?... me decía  
Ud. que Loreto....

D. FRANCISCO—(con aires de triunfo)  
Pues sí, le decía yo á usté que Loreto se  
ablanda.... he conseguido, con mucha  
maña ¡claro! y con mucho trabajo....  
hablándole hoy, no mencionándole la cosa  
en una semana.... he conseguido que  
me prometa, pero bajo la expresa condi-  
ción de que no le quitarán á Damián....  
¡por eso sí que no pasa ni á tiros!....  
que me revelará el secreto ¡á mí solo,  
porque con usté le da vergüenza! la vís-  
pera de que Uds. se vuelvan á México....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—¡Bendito sea Dios!...

JOAQUÍN—(á Beatriz, con la que se ha  
acercado á hablar muy cortés) ¿Y no se  
aburre Ud. mucho en el campo, señora?...

BEATRIZ—Casi lo mismo que en  
México, Joaquín! Allá salgo muy rara  
vez, me vivo con Lupe....

JOAQUÍN—La señorita Blanca sí ex-  
trañará....

BEATRIZ—¡Qué ha de extrañar!....  
Yo al principio temí que aquí se fastidiara,  
pero me pegué chasco, nunca la he visto  
tan feliz y tan contenta!....

JOAQUÍN—¡Es raro!.... ¿no le parece  
á Ud?....

BLANCA—(aparte á D. Andrés) ¡Tengo  
que confiarte un secreto!....

D. ANDRÉS—(saliendo de su ensi-  
mismamiento) ¿Un secreto tú, de qué  
clase?....

BLANCA—(jubilante) ¡Cállate, cállate!  
.... hasta que nos dejen solos.... (con  
gravedad infantil) ¡Un secreto muy  
importante!....

D. ANDRÉS—Les diré á todos que se  
marchen!....

BLANCA—Nó, abuelito, nó... déjalos,  
que no sospechen nada....



D. FRANCISCO—(*aparte á D<sup>a</sup> Guadalupe*) ....yo creo que siempre sería bueno, si á usted le parece, que en uno de sus paseos á visitar las familias de los peones, se detuviera usted con Loreto, hasta que le pierda la vergüenza.... por fortuna, la quiere á usted muchísimo!.... á ver si con usted se franquea antes.... se me hace que sí....

JOAQUÍN—(*á Beatriz*)....¿Y se mareó Ud?....

BEATRIZ—En todas las travesías, hasta con buen tiempo.... ¡soy muy débil!....

JOAQUÍN—Ahí tiene Ud. mi mayor ilusión: viajar!.... desde que estaba yo concluyendo mi preparatoria, deliraba con eso; y por mi gusto, por realizarlo, habría sido hasta marino....

BEATRIZ—Es que no conoce Ud. el mar, Joaquín, es muy monótono, y la vida de á bordo, es todavía más monótona que el mar....

D. FRANCISCO—(*interrumpiendo su plática con D<sup>a</sup> Guadalupe y consultando*

*su reloj*) Ande, Joaquín, con permiso de la señora, que ya dieron las 11.... vuélvase en el buggy con las guías para Silao y se me está en la estación hasta que no lacre los furgones....

JOAQUÍN—(*á Beatriz*) ¡Con el permiso de Ud!.... (*entra en el despacho.*)

D. ANDRÉS—(*á Blanca*) ¿Qué es, dime?....

BLANCA—Ten paciencia, ten paciencia, que más ganas tengo yo que tú!....

BEATRIZ—(*á D. Francisco*) Francisco ¿me lleva Ud. á ver la conejera?....

D<sup>a</sup> GUADALUPE—Vámonos juntas, si quieres, yo voy á ver á mis pobres.... (*yendo á D. Andrés*) ¿Quieres algo?....

D. ANDRÉS—¡Quiero tanto!.... pero tú no puedes dármelo, hija, vete tranquila....

BEATRIZ—Blanca! no te separes de tu abuelo ¡ni un momento!.... Ya venimos!....

JOAQUÍN—(*saliendo del despacho, va á D. Andrés*) ¿Se le ofrece á Ud. algo, señor?....



D. ANDRÉS—Pregunte en la estación si hay telegrama, de Javier....

JOAQUÍN—¡Está muy bien, señor!.... ¡Con permiso de Uds.! (*por los demás: mutis, derecha.*)

D. FRANCISCO—(*á las dos señoras*) ¿Me permiten un instante?.... (*va al despacho, saliendo en el acto y cerrándolo, por afuera*)

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*á Blanca*) ¡No te le separes!....

BLANCA—No tengas cuidado, mamá grande!.... (*La besa, lo mismo que á Beatriz.*)

(*Mutis de Doña Guadalupe, Beatriz y D. Francisco, por el fondo.*)

### ESCENA V

*Don Andrés y Blanca*

*Después de cerciorarse Blanca de que no hay nadie que los escuche, corriendo de un lado para otro, como una chiquilla, vuelve al abuelo, que no ha cesado de seguirla con la vista, amorosamente.*

D. ANDRÉS—Tan reservado es el negocio, Blanca?....

BLANCA—¡Uy! abuelito... ¡mucho!...

D. ANDRÉS—A ver, á ver ¿de qué se trata?.... (*con tristeza por no poder mover el lado muerto*) Vente del otro lado, del que aun me vive, cerca, muy cerca de tu pobre abuelo, y cuéntame, cuéntame ¿qué es ello?....

BLANCA—Antes que nada, dime á mí, á mí solita, cómo te sientes... ya sabes que me lo tienes que decir sin engañarme, todos los días!.... (*amenazándolo con un dedo*)

D. ANDRÉS—(*téticamente*) Y cómo he de sentirme con sólo medio cuerpo para quererte?.... Mal, muy mal, excesivamente mal!.... ¡cuando más necesito de vida, cuando más la pido, para vivirla contigo, ya lo ves, contra mi gusto, la mitad se me va, de un golpe...!

BLANCA—(*afligida*) ¡Abuelito, no me aflijas!.... ¡qué lado muerto ni qué lado vivo, si te tengo completo, y completo y pedazo por pedazo te quiero mucho!....

D. ANDRÉS—(*enternecido*) Eso, eso, dime eso y en seguida me alivio, me siento



D. ANDRÉS—Pregunte en la estación si hay telegrama, de Javier....

JOAQUÍN—¡Está muy bien, señor!.... ¡Con permiso de Uds.! (*por los demás: mutis, derecha.*)

D. FRANCISCO—(*á las dos señoras*) ¿Me permiten un instante?.... (*va al despacho, saliendo en el acto y cerrándolo, por afuera*)

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(*á Blanca*) ¡No te le separes!....

BLANCA—No tengas cuidado, mamá grande!.... (*La besa, lo mismo que á Beatriz.*)

(*Mutis de Doña Guadalupe, Beatriz y D. Francisco, por el fondo.*)

### ESCENA V

*Don Andrés y Blanca*

*Después de cerciorarse Blanca de que no hay nadie que los escuche, corriendo de un lado para otro, como una chiquilla, vuelve al abuelo, que no ha cesado de seguirla con la vista, amorosamente.*

D. ANDRÉS—Tan reservado es el negocio, Blanca?....

BLANCA—¡Uy! abuelito... ¡mucho!...

D. ANDRÉS—A ver, á ver ¿de qué se trata?.... (*con tristeza por no poder mover el lado muerto*) Vente del otro lado, del que aun me vive, cerca, muy cerca de tu pobre abuelo, y cuéntame, cuéntame ¿qué es ello?....

BLANCA—Antes que nada, dime á mí, á mí solita, cómo te sientes... ya sabes que me lo tienes que decir sin engañarme, todos los días!.... (*amenazándolo con un dedo*)

D. ANDRÉS—(*téticamente*) Y cómo he de sentirme con sólo medio cuerpo para quererte?.... Mal, muy mal, excesivamente mal!.... ¡cuando más necesito de vida, cuando más la pido, para vivirla contigo, ya lo ves, contra mi gusto, la mitad se me va, de un golpe...!

BLANCA—(*afligida*) ¡Abuelito, no me aflijas!.... ¡qué lado muerto ni qué lado vivo, si te tengo completo, y completo y pedazo por pedazo te quiero mucho!....

D. ANDRÉS—(*enternecido*) Eso, eso, dime eso y en seguida me alivio, me siento



bueno y sano, con otros setenta años, y otros setenta mil para quererte y para hacerte dichosa, para que nunca conozcas, si de mí depende, ni la sombra de una pena!....

BLANCA—(*acariciándolo, á sus pies*) Así, así no me afliges ¿lo ves?.... así me gusta!....

D. ANDRÉS—(*benévolo*) ¿Y tu secreto? ¿en qué quedó?.... empieza....

BLANCA—Calma, calma, que nadie nos corre y hay que ir contándolo muy despacio....

D. ANDRÉS—Anda criatura, que me tienes en ascuas....

BLANCA—(*no sabiendo por dónde principiar*) Primero, es menester que me prometas que no te has de enojar!....

D. ANDRÉS—¿Enojarme contigo?.... ¿yo?.... ¿en qué piensas?.... Sólo que fuera algo malo, y tú no sabes hacer nada malo....

BLANCA—¿Qué ha de ser malo, abuelito!.... ¡bueno, buenísimo!.... pero puede que, al pronto, te enojés....

D. ANDRÉS—¿Que al pronto he de enojarme, siendo bueno, buenísimo?.... no te entiendo!....

BLANCA—¡Ahí verás!.... ¡es una adivinanza!....

D. ANDRÉS—Torpe fui siempre para las charadas, hija mía.... si no te explicas más....

BLANCA—Bueno, pues ahora verás! (*con hechicera formalidad juvenil y serena*) ¿Te acuerdas, abuelito, de lo que me dijiste una vez, hace poco más de un año, cuando yo cumplí los quince?.... ¿á que no te acuerdas?....

D. ANDRÉS—(*buscando*) ¿Al cumplir tú los quince?.... ¿á propósito de qué?....

BLANCA—Ah, qué gracia!.... pues á propósito de eso, de mis quince años!....

D. ANDRÉS—Dime nada más ¿qué fué?.... ¿ruego?.... ¿consejo?.... ¿advertencia?....

BLANCA—¡Que te quemas, abuelito, que te quemas!....



D. ANDRÉS—Ya me tienes bien quemado!... Anda, me doy por vencido!...

BLANCA—Pues me dijiste, ¡no me vayas á hacer burla porque yo no sé hablar bonito, como hablas tú!, me dijiste, más ó menos ¿eh?.... que cuando llegara yo á querer....

D. ANDRÉS—(*interrumpiéndola, apenado*) ¿Y quieres ya? ¿á quién?.... Vamos, Blanca, déjate de esas bromas!.... ¡que me empeoras!....

BLANCA—No te diré nada entonces, á pesar de tu recomendación de mi cumpleaños, de que á tí te lo confiara todo, todo, para que tú, con tus años y tu cariño, me defendieras y me cuidaras....

D. ANDRÉS—Pero si es que me parece mentira que en tan corto tiempo ya sientas amor.... ¡mentira me parece!.... ¿dime á quién amas, dímelo?....

BLANCA—Abuelito, pero si nada te he dicho todavía, ... y si te pones así, menos!

D. ANDRÉS—Y yo que creí que en estas soledades nada podría inquietar tu juven-

tud!.... ¿te habrás fijado en Joaquín? ¿se habrá atrevido él?.... ¡es el único aquí que puede haber osado audacia tamaña! ¡y me las paga, por supuesto que me las paga!.... ¡habrá altanero!....

BLANCA—¿Joaquín, abuelito, Joaquín?.... Pobre Joaquín, abuelito, ni él me ha mirado siquiera, ni á mí, si no lo dices tú, me habría ocurrido recordar que existe.... ¡estás muy lejos!....

D. ANDRÉS—Menos mal, menos mal, hija mía, pues lo que tú te mereces es de príncipe para arriba!.... por todos motivos.... ¡de príncipe para arriba!.... ¿Será alguno de México?... vengan sus señas, vengan, y ya verás si no te digo en el momento quién es!....

BLANCA—¿Lo ves, abuelito?... ¡ya no te digo nada!....

D. ANDRÉS—Ya no te interrumpiré ¡habla, pues!.... sí, cerca de mí, más!.... más!.... para disfrutarte á mis anchas, antes de que te me vayas!.... así, así, junto de mí!.... eso es!



BLANCA—Pues no se trata de ninguno de México, ni de Joaquín.... se trata de uno de aquí....

D. ANDRÉS—(con sobresalto) ¿De aquí?....

BLANCA—Sí, de aquí!.... Vaya, te lo diré de una vez: se trata de un sueño que he tenido....

D. ANDRÉS—(riendo tranquilo) Por ahí debiste comenzar, criatura, por ahí!.... que los sueños no son de riesgo, por disparatados é imposibles que parezcan, lo peligroso es despertar!.... ¡Cuéntame, pues, tu sueño, sin miedo, que yo procuraré que no te despierten, que nadie te haga ruido, que ni la luz te moleste!.... ¡comienzas á vivir y tienes que comenzar á soñar!.... ¡Cuéntame tu sueño, cuéntamelo, y yo te arrullaré, como te arrullaba cuando pequeña, te cantaré los cantos de la infancia.... (vuelto á su melancolía) aun me queda todo un medio lado vivo, un brazo sano, para mecer tu cuna de

ilusiones!....(acariciándole la cabeza que ella habrá doblado encima de él) Sueña, mi Blanca, sueña, y así, medio dormida, cuéntame lo que sueñas....

BLANCA—(que lo ha seguido embelesada) ¡Me gusta tanto oírte hablar, abuelito!....¡de veras, me parece que sueño!.... (meditabunda.)

D. ANDRÉS—Anda, que ya te escucho!

BLANCA—Ahora verás.... acordándome de lo que me dijiste en mi cumpleaños, que te contara todo, que tú labrarías mi dicha, y hasta la del hombre que yo quisiera siempre que te convencieras de que él también me quería, mucho, mucho! lo que me merezco según tú ¿te acuerdas?.... ¿ya te acordaste?.... bueno, pues acordándome yo de eso, ahí tienes que una noche, muy recién venidos á la hacienda, como á los quince ó veinte días....soñé, que soñaba....no me negarás que en ocasiones le sucede á uno eso: soñar que sueña!.... ¿verdad?....soñé

que soñaba que me había acostado buena.... y que amanecía yo mala, mala, muy triste, sin que nada me doliera y necesitando algo que me hacía falta grandísima.... ¿cómo te diré?... bueno, pues igual que si un hueco, que hasta entonces no había yo notado, aquí, del lado del corazón, me exigiera de repente que lo llenara yo con algo muy grande, que el vacío ese necesitaba para que yo viviera.... ¿te agrada mi sueño, verdad que parece que no lo es?....

D. ANDRÉS—Hasta siendo sueño, me asusta!.... ¿y luego?... (con interés vivísimo.)

BLANCA—(de veras soñadora) ¿Luego?... que para no afligirlos á Uds., y creyendo que no sería nada, ¿quién hace caso de los sueños, me decía á mí misma, soñando siempre?... no se te olvide que seguía yo soñando, eh!.... disimulaba yo mi mal, tan bien disimulado, que Uds. no lo advertían!.... Y me salía yo á

andar, por estas soledades.... yo también les diré «estas soledades» como les dices tú ¿quieres?....

D. ANDRÉS—Si en ellas estás tú, ya para mí dejan de serlo!.... diles como quieras.... ¡sigue!....

BLANCA—.... pues me salía yo á andar ¿á que no sabes para qué?....

D. ANDRÉS—¿Cómo he saberlo?....

BLANCA—.... pues para ver si en ellas encontraba yo el remedio de mi mal que crecía, crecía.... y yo decíame: si en el campo que es tan saludable, me ha venido este mal extraño, en el campo se hallará el remedio.... ¿no te parece que habría pensado otro tanto si hubiera estado despierta?....

D. ANDRÉS—(que con dificultades se irá incorporando sobre el lado bueno, en ansiedad creciente) ¡Nó, no me parece, pero sigue!....

BLANCA—A mí, dormida, sí me lo parecía!.... pues, nada, que ahí me tienes



busca y busca el remedio, por riscos, bajíos, cañadas, en el río, debajo de los árboles, por entre los trigales, cuando amanecía, al anochecer.... y nada de remedio.... y yo búscalo y búscalo.... anda y anda.... hasta que un día.... seguía yo soñando!....

D. ANDRÉS—¿Dónde lo encontraste?..

BLANCA—¡Oh, abuelito!.... ¿por qué te adelantas? ¿cómo puedes adivinar lo que soñé después?....

D. ANDRÉS—(*resolviendo el misterio*)  
¡Porque soy viejo!.... y porque á tu edad también soñé esas cosas.... todos las soñamos!....

BLANCA—¿Ya no quieres que siga contándote?....

D. ANDRÉS—¡Ahora más que nunca, pues me urge saber quién fué el remedio!...

BLANCA—Ese sí que aunque más viejo fueras, aunque fueras el más viejo de todos los viejos del mundo, no lo adivinas!.... ¿apostamos?....

D. ANDRÉS—Nó, no apostamos nada, dímelo!

BLANCA—Abuelito... ¿ya te cansé?...

D. ANDRÉS—Al contrario!.... dímelo todo!....

BLANCA—....pues ese día de que te hablo, conocí que había encontrado el remedio porque mi mal curó, contra mi voluntad y sin advertírmelo, el vacío se llenó solo.... ¿cómo?... ve tú á saber!... como tales cosas suceden en los sueños, sin duda!.... Y entonces....

D. ANDRÉS—(*con ansiedad*) ¿Entonces?....

BLANCA—.... entonces, yo me asomaba, por dentro de mí y ¡mira qué curioso! por dentro nada había y había mucho, ya podía vivir, sentíame completa.... completa.... ¿cómo te diría?.... ¡eso es! como si por ejemplo á tí, por un milagro, de súbito te llenaran de salud y vida tu medio cuerpecito muerto y volvieras á poder abrazarme con tus dos

brazos, darme la mano donde tuviera yo riesgo de caer, perseguirme á la carrera y alcanzarme, como antes de que enfermaras, cuando me decías, sofocado, . . . ¿te acuerdas? . . . que éramos tú y yo, con nuestras carreras, un gran símbolo . . . ¿no te acuerdas? . . . porque tú, por viejo, personificabas á la muerte, y yo, por joven, personificaba á la vida . . . ¿ya te acordaste? . . . y por eso éramos el símbolo, porque la muerte siempre está corriendo tras de la vida y la vida corriendo tras de la muerte! . . .

D. ANDRÉS—(*trémulo*) ¡Cállate, cállate, que me haces mucho daño! . . .

BLANCA—(*amante*) ¿Yo, abuelito? . . . ¿yo hacerte daño á tí? . . . pues se concluyó mi sueño, abuelito, que yo no quiero hacerte daño ¡Dios me libre! . . .

D. ANDRÉS—(*serenándose*) Ya pasó, ya pasó! . . . no me hagas caso ¡son mis años! . . . y sigue, sigue con tu sueño, no lo interrumpas! . . .

BLANCA— . . . pues, ahí tienes tú que soñé que el remedio, lo veía juntito á mí, mirándome, mirándome . . . y ¡queriéndome también, abuelito! . . . ¡figúrate! . . .

D. ANDRÉS—¿Y . . . ?

BLANCA— . . . que sin decirnos nada . . . es decir, nada nó, pero sí poca cosa, . . . nos poníamos á querernos . . .

D. ANDRÉS—Pues, mira, ya para sueño me parece que es bastante, Blanca . . . ¿á qué hora despertaste? . . .

BLANCA—¿Despertar, abuelito? ¿no me ofreciste que velarías mi sueño? . . .

D. ANDRÉS—¡Mal ofrecimiento! . . . que hay sueños que en pesadilla terminan y no quiero que el tuyo sea uno de ellos! . . .

BLANCA—De tí depende que no lo sea, abuelito . . . (*con pena de verdad*) ¡No me despiertes! . . .

D. ANDRÉS—Vamos, vamos, hija mía, hay que ser serios, pues con el amor es peligroso jugar, y desgraciadamente, tu



mal, amor es!.... ¡y no veo á nadie, no veo!....

BLANCA—Ya lo verás, no te apures!....y puesto que ya me despertaste, á pesar de tu promesa, te seguiré mi cuento....(*decidida*) ¿verdad que aunque mi remedio resulte pobre, no te importa?...

D. ANDRÉS—Espacio, Blanca, espacio, que estoy por estallar!....No me tengas á obscuras, dime quién es, ante todo, para resolver si te conviene ó nó....

BLANCA—(*interrumpiéndolo*) Sí me conviene, abuelito, sí me conviene....

D. ANDRÉS—Eso es lo que tú crees, pero tú eres una chiquilla que no puede saberlo....

BLANCA—¿Y quién mejor que yo lo sabrá, abuelito, si es mi corazón el único interesado y lo aceptó ya, y se le ha abierto de par en par, y luego de abrirse le ha vuelto á cerrarse, con él adentro, de dueño y señor, y ni yo ¡ni yo, abuelito! he podido lograr que le dé suelta?....

D. ANDRÉS—(*melancólicamente*) Ay, Blanca, es la eterna historia, el amor, el amor más poderoso que todo lo creado!... ¿De veras tan esclava suya te sientes? ¿no te engañarás á tí misma, por tu candor, y de ese corazón tuyo, tan virginal y casto, se te escape el intruso por los intersticios del engaño ó del olvido?.... ¿no temes que se trate de un salteador cualquiera, vulgar y ordinario, que aprovechándose de lo mal cerrada que estaba la vivienda....—todos los corazones á tu edad están muy mal resguardados aunque nosotros, los viejos, los que ya pasamos por ese inquilinato y que debiéramos velarlos mejor, los créamos, erróneamente, muy erróneamente, demasiado que lo veo, los créamos á cubierto de esas sorpresas inevitables....—no temes que te pague el amante alojamiento con moneda de ingratitud y de lágrimas?.... Dime quién es ¡anda! para que yo te diga si autorizo el hospedaje ó apelamos á la

autoridad, la de Dios ¿eh? que es la única eficaz! para que nos lo eche á la calle.... Dímelo, Blanca, dímelo, que puede ser que él mismo vaya de paso y no se acomode.... Dímelo, antes de que se instale á sus anchas, antes de que no haya poder humano que logre arrojarlo!.... ¿Quién es?

BLANCA—Un trato, abuelito ¿quieres? .... Yo te digo quién es, ahora mismo ¡sobre que su nombre casi no se aparta de mis labios y trabajo me cuesta no divulgarlo con todas y cada una de mis palabras!.... ahora mismo te lo digo, siempre que tú me prometas ayudar á que nadie ¡óyeme bien, abuelito, nadie! intente arrojarlo de donde lo tengo, sino antes me prometas darme toda á él, como yo me le he dado ya....

D. ANDRÉS—(*intentando enderezarse, aterrado*) ¿Blanca, que has dicho? ¿que te le diste ya?.... Nó, nó, ó yo no oigo bien ó tú hablas muy mal, hija, malísima-

mente mal, porque ignoras las palabras y porque ignoras el pecado.... tú, sólo eres pureza, y beldad, é inocencia, y luz, mucha luz, toda la que yo he menester para que se me iluminen, régicamente, hasta las tinieblas del sepulcro, á que me encamino... Nó, nó, no sabes lo que has dicho, no lo sabes!.... (*pausa breve*) ¿Cómo te le diste?.... Habla, hija, habla, que me muero si no hablas!!!.... (*atrayéndola, acariciándola, rabiosa y paternalmente, con el brazo sano, mirándola de lleno en sus ojos de virgen sin mancha todavía.*)

BLANCA—(*divinamente pura*) Pues me le dí desde un principio!.... desde que él entró en mi pecho.... (*casi estática, mirando á la aurora inefable de su idilio*) nó, desde antes!.... Me le dí desde entonces, y después, más, más, más.... incesantemente!.... eternamente!.... como se da todo lo que ama, como él se me ha dado.... ¡una comunión de almas,



abuelo!.... como él me dijo que se daban los pájaros.... y las flores....

D. ANDRÉS—(*frenético*) ¿El te lo dijo, eh? ¿él te enseñó?.... ¡Ah, canalla, canalla!!....

BLANCA—(*que sólo oye la interrupción y no el calificativo*) ¡Aguarda, abuelito, aguarda!.... me le dí, doblándose mi tallo sobre el suyo.... y perfumándolo!....

D. ANDRÉS—(*fuera de sí, pugnando por levantarse*) Pero, ¿estás manchada, Blanca? ...

BLANCA—¿Manchada?.... ¡no!.... ¿por qué he de estar manchada?.... ¿qué es eso?.... Mírame tú, abuelito, tú regístrame.... más blanca que antes, más blanca que siempre!.... ¿no ves que ya amo? ...

D. ANDRÉS—(*trágicamente*) Ojalá y no lo viera!.... (*delirante, palpándola*) pero, contéstame, Blanca, mi Blanca, contéstame!.... (*para sí*) ¿cómo explicarle, Dios mío, cómo explicarle?....

Blanca! Blanca!.... entre Uds., entre él y tú ¿qué ha pasado.... qué ha pasado.... de malo.... cuando estaban juntos, cuando estaban solos, cuando nadie los veía?.... tu pudor, Blanca, tu pudor virginal nada ha sufrido?.... nunca sentiste vergüenza de besar á tu madre, de besar-me á mí después que se separaban.... volvías la misma siempre.... la misma que antes de amar?....

BLANCA—¿La misma? nó!.... Más contenta, más dichosa, queriéndolos igual, más tal vez....

D. ANDRÉS—¿Y tranquila? ¿sin remordimientos?....

BLANCA—¿Por qué remordimientos?..

D. ANDRÉS—Por.... por nada.... ¿sin remordimientos?....

BLANCA—¡Sin remordimientos! ®

D. ANDRÉS—¿Ni el más pequeño?....

BLANCA—¡Ni el más pequeño!....

D. ANDRÉS—¿Lo podrías jurar?....

BLANCA—Lo podría jurar!

D. ANDRÉS—¡Pues, júralo, Blanca, júralo, que hay ocasiones en que el jurar no es malo....

BLANCA—(solemne) ¡Te lo juro!!!

D. ANDRÉS—(apenas tranquilo) ¡Bendito sea Dios!.... Pero no me basta, nó, no me basta!.... ahora necesito que inmediatamente, Blanca, ¿me comprendes?.... ¡inmediatamente! necesito que inmediatamente me des su nombre.... necesito saber quién es!....

BLANCA—(que continúa sin penetrarse de la gravedad de la situación) Pues es muy pobre, muy pobre, abuelito....

D. ANDRÉS—Siendo dueño de tu cariño no puede ser pobre.... no, no puede!....

BLANCA—Pues lo es, abuelito, lo es, á pesar de mi cariño!.... es, además, muy humilde....

D. ANDRÉS—¿Humilde y ha osado levantar sus ojos hasta tí?....

BLANCA—Si nó los ha levantado, abuelito, ni tanto así!.... ¿no ves que soy yo la que ha puesto los míos en los suyos y para mirarme bien en ellos, como es más alto que yo, son los míos los que hasta él se alzan?....

D. ANDRÉS—(ansioso) Bueno, bueno... ¿quién es?.... pronto, Blanca, quién es?....?

BLANCA—¿Me casaré con él, abuelito? y en seguida te doy el nombre.... Prométemelo, prométeme que convencerás á mis padres y me harás feliz!.... prométemelo y te digo quién es!.... si no, nó!....

D. ANDRÉS—Pero comprende, Blanca, que estas cosas, tan trascendentes, no se prometen así, á ciegas, como tú quieres obligarme!....

BLANCA—Esa es la gracia, abuelito, esa es la gracia!.... de otro modo, no vas á querer.... te conozco!.... vas á empezar con que es pobre, y con que no



me merece, y con que no es de nuestra clase....

D. ANDRÉS—*(en el colmo del espanto)*  
Cómo que no es de nuestra clase?....  
Blanca, por Dios, que me vuelves loco!....  
¡Dime quién es!

BLANCA—Si no lo vas á creer, abuelito, no lo vas á creer cuando lo sepas!...

D. ANDRÉS—¡Su nombre, Blanca, su nombre!....

BLANCA—Adivínalo!....

D. ANDRÉS—¿Dónde lo conociste?....

BLANCA—*(risueña ante la sorpresa que de antemano calcula h̄r de causar á su abuelo el descubrimiento)*—Aquí....

D. ANDRÉS—¿En la hacienda?....

BLANCA—En la hacienda, abuelito....

D. ANDRÉS—Vino á ella ¿de dónde?...

BLANCA—*(siempre gozosa)* De ninguna parte vino, aquí vive!....

D. ANDRÉS—*(alarmadísimo)* ¿Aquí vive?.... *(para sí)* ¿quién puede ser, quién?....

BLANCA—Y tú lo quieres mucho.... lo distingues de los demás....

*(aparecen por el fondo D<sup>a</sup> Guadalupe, Beatriz y D. Francisco en tranquila charla)*  
....y mamá grande *(apuntando hacia donde viene el grupo)* también lo quiere mucho, y mi mamá chica, y mi papá y todos, todos.... *(aproximándosele)* y yo más que todos, más.... mucho más!....  
¿Ya adivinaste?.... ¿te digo su nombre?....  
anda, que ahí viene ya mamá grande, y me va á regañar si tú no me defiendes....  
¿te lo digo?.... *(arrodillándose á sus pies, mimosamente)*

D. ANDRÉS—*(en un paroxismo de terror, irá incorporándose con mil trabajos, á par que ahuyenta con la mano buena, de sus ojos saliéndosele de las órbitas y mirando hacia el castigo formidable que divisa, la visión espantosa. Roncamente)*  
Nó, no.... yo veo mal, no puede ser.... yo pienso horrores, nó, nó.... Dímelo, sí, dímelo Blanca, que pierdo la razón....

BLANCA—(atemorizada é incorporándose al igual suyo, sosteniéndolo, á punto de llorar) Pero, abuelito ¿qué tienes? por qué te pones así? . . . ¿no ves que es Damián? . . .

D. ANDRÉS—(enteramente en pie, rígido, quiere asirse del aire con su brazo bueno que tiembla como rama seca y nudosa de árbol centenario; describe una gran curva en el vacío, y dirigiéndose á D<sup>a</sup> Guadalupe, Beatriz y D. Francisco que lo rodean ya, suspensos,—dirigiéndose á todos y á nadie, ahogándose, cuando vence á la asfixia, entrecortadamente, con entonación tremenda) ¡Damián! . . . ¡Damián! . . . ¡ama á Damián! . . . ¡la tierra se ha vengado! . . . ¡es el castigo, el castigo! . . . ¡Blanca, ama á su hermano!!! . . .

(Se desploma en los brazos de sus deudos. Pausa trágica!)

BLANCA—(en su mirada y en su actitud retrátase un raptó de locura. Se ha retirado, hasta la columna del portal más en

primer término, y en él apoyada, cogiéndose las sienes, sólo murmura, repetidamente) ¡Mi hermano! . . . ¡mi hermano! . . . ¡mi hermano! . . .

D<sup>a</sup> GUADALUPE—(á D. Andrés) Andrés, Andrés. . . ¡háblame! ¡respóndeme! . . . ¿me oyes, de veras me oyes? . . .

(Aparece, derecha, segundo término, Joaquín, de regreso de la estación, con un telegrama en las manos. De la tienda, acuden Fructuoso y algunos compradores, peones, que llaman á otros, en el fondo. Corre el rumor siniestro, entre ellos: « ¡El amo, el amo, se muere el amo!! » que pronuncian en voz baja, arrodillándose y descubriéndose al decir esto, con respetos casi religiosos, sobre la tierra indiferente, eterna, grande!)

D. FRANCISCO—(que se adelanta á arrebatarse el telegrama) ¿Del niño Javier, no es cierto?

JOAQUÍN—(impresionado) Sí, acaba de llegar!



D. FRANCISCO—*(leyéndolo)* «Imposible ir hoy. ¿Cómo sigues? Nos veremos mañana. Yo triunfante, haciéndole honor al apellido; el *Gavilan* ganó la principal carrera.» *(estruja el papel mirando á los amos y luego al Cielo, y á su vez se arrodilla, con Joaquín. Oyense sollozos muy tenues de D<sup>a</sup> Gradalupe y de Beatriz. Blanca sigue contemplando entre lágrimas que no enjuga, allá, al vacío, donde yacen palpitantes los pedazos de su idilio mutilado.)*

TELÓN LENTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN<sup>®</sup>  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Washington, D. C.: 23 de Mayo á 28 de Junio de 1904.

